



VERA RAVEN

UNA HISTORIA DE PODER, AMOR Y VENGANZA

EL
Secreto
DEL
CAPO

El Secreto Del Capo

VERA RAVEN

Copyright © 2025 Vera Raven
Todos los derechos reservados.

Para esas lectoras que llevan una jefa dentro.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

MARCO

El silencio del aeropuerto me ponía nervioso. No era un silencio real, claro; estaban las maletas rodando, los altavoces anunciando vuelos, los pasos rápidos de los que iban con prisa. Pero para mí, sonaba como la calma previa a un tiroteo.

Caminaba con paso firme, hombros rectos, la chaqueta de cuero abierta sobre la camiseta negra, que dejaba asomar el tatuaje en mi clavícula: un cuervo con las alas extendidas. Muchos en Nápoles lo reconocían, aunque no lo dijeran en voz alta. El cuervo de Rosetti. El perro más leal del lobo. O eso creían todos.

La gorra calada me cubría los ojos, pero seguía alerta. Siempre. Nadie lo sospechaba, pero esa noche yo huía.

Mi vuelo a Roma salía a las 3:45 de la mañana con un billete sin regreso. Cargaba con una maleta ligera y el peso de la nota que había dejado sobre el escritorio de Alessandro:

"Razones personales me obligan a partir. Mi lealtad hacia usted y la familia permanece intacta. Gracias por todo. Que Dios lo proteja, jefe."

La había leído cinco veces antes de salir. Cinco. Y aún así me dolía el pecho al recordarlo. Tenía la mandíbula tan rígida que pensé que se me iba a romper.

No me llevé nada salvo lo esencial: mi pistola, la medalla de San Miguel que siempre colgaba de mi cuello... y la esperanza de dejar atrás un conflicto que me atormentaba.

Joder, Rosetti... ¿por qué carajo tienes que mirarme así?

Al principio nuestra relación era simple. Él era el jefe: estratega y frío, cuyo único pecado era ser demasiado delicado para un capo.

Para eso estaba yo, su sombra, el músculo que a él le faltaba y que cumplía sus órdenes sin pestañear. Todo estaba claro. Hasta que empezaron las miradas demasiado largas.

Entonces las noches se hicieron eternas. Las duchas, más frías. Y mis sueños, un campo de batalla donde siempre aparecía su cara. Mandando. Sonriendo. Rozándome los labios.

Un puto infierno.

El problema no era que Alessandro fuese mi jefe. Era que yo quería cosas que ningún hombre católico y criado en las calles de Nápoles debía desear jamás.

Y aun así, ahí estaba: cada vez que cerraba los ojos, lo veía. Esos ojos verdes, que parecían cuchillos y promesas al mismo tiempo. Esa boca que hablaba de guerra, pero que en silencio parecían pedir otras cosas. Algo que yo no debía desear darle.

Aceleré el paso hacia la puerta de embarque, pero el ruido de mi cabeza era más fuerte que el murmullo de los viajeros.

El cura de San Giuseppe me había dicho que la tentación es parte de la condición humana. Lo importante era resistir. Y yo había resistido dos años. Dos años mordiéndome la lengua y apagando incendios por dentro. Ya era hora de largarse.

—Señor Santangelo —me llamó una voz femenina en el control de pasaportes.

Levanté la vista yforcé una sonrisa vacía.

—¿Algún problema? —pregunté, notando la tensión subirme por los hombros.

La mujer negó, con un brillo de admiración en los ojos, y me devolvió el pasaporte.

—Buen viaje.

Asentí y caminé hacia la última sala de embarque. Mi destino me esperaba. O eso creía.

Giré la esquina y me quedé congelado.

No sé qué reconocí primero, si la chaqueta de cuero o las botas negras. Lo que sí sé es que fueron los ojos verdes, que brillaban bajo la luz blanca, lo que me paró el corazón.

Alessandro Rosetti, mi jefe, me había encontrado.

No supe si quería matarlo o abrazarlo.

—¿Pensabas irte sin decir adiós? —su voz fue baja y cortante, como un disparo con silenciador.

Rico y Salvatore lo flanqueaban desde atrás, guardando la distancia justa: cerca para protegerlo, lejos para no interrumpir.

Tragué saliva.

—Jefe —dije, la palabra raspándome la garganta—. Debí imaginar que me seguirías.

Alessandro avanzó hacia mí con su andar felino. Cada paso suyo era un recordatorio del poder que tenía sobre Nápoles... y, maldita sea, sobre mí.

—No te seguí, Marco. Te cazé. Es distinto.

Se plantó a menos de un metro. Tan cerca que vi el brillo de sudor en su cuello, el olor de su piel, esa mezcla de colonia discreta y pólvora que me volvía loco. Tuve que contenerme para no retroceder... o para no acercarme más.

Le sacaba más de veinte centímetros de altura y era mucho más fornido. Podía defenderme sin problemas, podía tumbarlo de un puñetazo o empujarlo contra la pared si quisiera. Podía besarle hasta arrancarnos la respiración.

Las manos me temblaron. Y claro, él lo notó. Alessandro siempre notaba todo.

—Dos años, Marco —gruñó, con una intensidad que me apretó el estómago—. Dos años de lealtad, de confianza, de... —se detuvo, buscándome el alma en la cara— ¿y me abandonas con una simple nota?

Apreté la mandíbula.

—Era necesario.

—¿Necesario para quién? ¿Para ti? ¿Para mí? ¿Para la *famiglia*?

Famiglia. En su boca sonaba íntimo. Como una trampa o una jodida promesa.

—Para todos —mentí.

Él negó despacio, acercándose más. Vi cada línea de su rostro, la sombra de la barba, ese leve temblor en su respiración que traicionaba su control.

—¿Sabes cuántas veces he leído tu nota? —susurró—. Doce. Buscando una razón de verdad. Una que tenga sentido.

El aire se espesó entre nosotros. Respirar costaba.

—Ya te la di. Razones personales.

—¿Y después de dos años eso es lo que me das? ¿"Razones personales"?

No podía darle detalles: que soñaba con él. Que lo deseaba hasta enfermar. Que la idea de verlo con otra me arrancaba la piel.

—Mírame a los ojos —ordenó Alessandro en un susurro—. Dime que yo no... que la *famiglia* no significa nada. Dímelo y te dejaré ir.

Lo miré. Y vi algo que nunca había visto en él: fragilidad. Una grieta en su máscara de capo.

—Tú... tú lo eres todo. Por eso tengo que largarme.

El silencio me destrozó los tímpanos.

—No lo entiendo —dijo, con una voz joven, como si no fuera el hombre que gobernaba la ciudad—. Si significa algo para ti... ¿por qué huyes?

Porque no puedo amarte. Porque no es quién soy. Porque me enseñaron que esto es pecado.

Pero no dije nada. Solo susurré:

—Es complicado.

Él levantó la mano, casi rozándome el brazo, y se detuvo en el último segundo. Ese gesto me rompió más que cualquier golpe.

—Entonces explícamelo. Dime cómo puedo arreglarlo.

No puedes.

Miré la puerta de embarque. Última llamada. Última oportunidad.

—Tengo que irme.

—No. —Su voz fue una orden que no admitía réplica—. Nada mejora si te vas. Esta ciudad se me cae encima sin ti.

Lo miré. De cerca era peor. La curva de sus labios, la tristeza en sus ojos.

—No es mi problema —gruñí, notando que se me desgarraba el corazón con la mentira.

—Sí lo es. —Alessandro me sostuvo la mirada—. No pienso dejar que te vayas. Si tienes cojones, desafíame ahora.

Y por un instante creí que podía hacerlo. Podía aplastarlo contra la pared y robarle todo el aire. Podía. Pero no lo hice.

—No me necesitas.

La máscara volvió a su rostro, pero los ojos... los ojos seguían suplicando.

—Rico, cancela el vuelo del señor Santangelo.

—Sí, jefe.

—No puedes hacer eso —apreté los puños.

—Puedo hacer cualquier cosa que mantenga a mi familia unida. Y tú, Marco, eres más que *famiglia*. Eres indispensable.

Esa palabra me golpeó en el pecho.

Me incliné sobre él, amenazante y enorme a su lado. Rico y Salvatore ya tenían las manos en las armas.

—Basta —Alessandro los detuvo con un gesto—. Vienes conmigo. Ahora.

—¿Y si me niego?

Sonrió con tristeza.

—No lo harás. Porque no huyes de mí, huyes de ti mismo.

El mundo se tambaleó. Tenía razón, el cabrón.

—Está bien. —Dejé caer la bolsa al suelo y pasé delante de él—. Pero con condiciones.

—¿Condiciones? ¿A mí? —me agarró del brazo y arqueó una ceja.

La presión de su mano, incluso por encima de la chaqueta, me quemaba.

—Nada de interrogatorios hasta mañana. Nada de guardias siguiéndome. Y quiero... distancia.

Alessandro parpadeó como si la palabra le ofendiera de la peor manera.

—¿Distancia? ¿De mí?

—De todo.

Retrocedió un paso. La falta de su cercanía me dejó vacío.

—Vale. Te daré espacio. Pero no te equivoques, Marco. Esto no ha terminado ni de coña.

Rico volvió con mi equipaje y le susurró algo a Alessandro al oído. Lo miré de reojo, notando el amargor de los celos. Rico era el único que entraba en la casita de Alessandro, junto a su hermana Elena. La pequeña vivienda que el jefe tenía en el patio de la mansión Rosetti. Yo nunca había sido invitado. Ni siquiera cuando me nombró su segundo. Y me carcomía pensar qué secretos guardaban tras

esas paredes. Qué cosas compartían que a mí me estaban prohibidas.

Camino hacia la salida, el rugido de un avión despegando detrás de nosotros. Mi última oportunidad de huir se alejaba en el cielo. Y delante de mí, Alessandro caminaba como si hubiese ganado.

Pero lo sabía: aquí no había ganadores. Solo dos hombres atrapados entre lo que querían y lo que el mundo esperaba de ellos.

Y en menos de cuarenta y ocho horas, en la mansión Rosetti, tendría que enfrentar la verdad, los sentimientos que había jurado llevarme a la tumba.

En el coche, Alessandro me miró por última vez. Sus ojos verdes se clavaron en los míos.

—Marco —susurró, tan bajo que solo yo lo oí—. Sea lo que sea que te carcome por dentro... no lo cargas solo.

Y con esas palabras y su expresión cargada lo entendí: él también tenía un secreto. Y quizá, solo quizá, su secreto no era tan distinto del mío.

Capítulo 2

VALENTINA

El zumbido de la alarma no me despertó. Ya estaba despierta, como siempre, antes del amanecer.

Me levanté despacio, con los pies descalzos sobre el mármol frío de mi casita en el corazón de la mansión Rosetti. Ese lugar era mi prisión y mi fortaleza. El camisón de seda me rozaba las piernas mientras cruzaba al baño. Todo lo que hacía después no era vida: era un ritual para traicionarme a mi misma. Un ritual pulido a lo largo de los años, tan automático como respirar.

Me miré en el espejo y vi lo que nunca podía permitir que el mundo viera. Los pechos firmes. La cintura estrecha. Las curvas de mi madre, la mandíbula de mi abuela. Yo. Valentina Rosetti. Todo eso debía desaparecer.

Primero me ponía el binder para aplanar mi torso. Molestaba, me faltaba el aire, pero era el precio de ser Alessandro Rosetti.

Después el maquillaje. Sombras bajo los pómulos, base más oscura en la mandíbula, cejas que proyectaban autoridad. Mis propios ojos verdes me devolvían la mirada como si me juzgaran.

Luego la barba: prótesis capilar, pelo humano pegado con adhesivo médico. Veinte minutos de pulso firme, cada borde difuminado con látex, cada pelo alineado. No podía parecer un hombre. Tenía que ser el hombre. El capo que Nápoles temía.

Finalmente, la voz.

—Buenos días, Marco —dije, modulando el tono hasta encontrar la gravedad exacta.

Sí. Ya sonaba como él. Como Alessandro.

Pero la noche anterior había llorado. No por debilidad, sino por rabia.

El muy cabrón me había dejado una nota. Nada más. Ninguna pelea, ninguna explicación. Solo ese “Gracias por todo” que aún me quemaba.

Lo leí como si fueran cuchilladas en mitad del pecho. Y no rompí nada, no grité. Solo abrí el cajón del escritorio y saqué la botella de whisky que solía esconder tras los informes. Ahora estaba vacía. Como yo.

Marco era mi segundo. Mi sombra. Mi lealtad más sólida. Y también mi debilidad.

—Maldito cobarde —masculé, acariciando el cristal vacío.

Aún podía oír su voz grave. Esa forma de pronunciar mi nombre falso como si tuviera que morderlo para no jadearlo. Marco era fuego contenido. Y yo había jugado con la llama demasiado tiempo.

Lo peor no era que se hubiera largado.

Lo peor fue sentir que me había arrancado el corazón y se lo había llevado con él.

Como de costumbre, Elena entró sin llamar. No corría riesgo de encontrarme con un amante: nadie tocaba a Alessandro Rosetti. Aunque una vez me sorprendió jadeando en mi cama, con la mano enterrada bajo las sábanas mientras soñaba que era otro el que me tocaba. Se lo tomó a risa y me compró un vibrador con el nombre de Marco grabado. Así de retorcido era el sentido del humor de mi querida hermana.

—Te dije que lo notaba raro —soltó de golpe, cruzando el cuarto. Llevaba un vestido gris de oficina que le sentaba de fábula—. No me hiciste caso.

No me giré.

—Quiere distancia. Le he agobiado.

—No le has “agobiado”. Es Marco. Tu Marco. El que te sigue como una sombra desde hace dos años, y que parece que tiene un velcro contigo.

Cerré los ojos.

—No digas eso.

—Es la verdad, hermanita. Os gustáis.

—No pretendas saber lo que siento.

Elena suspiró y dejó caer una carpeta sobre la cama. El sobre llevaba manchas de tinta y el sello de los Torette.

—Nos han declarado la guerra. —Elena vació el sobre y de este salió una rosa marchita.

Giré la cabeza y esboqué una sonrisa sarcástica.

—Perfecto. Alguien quiere quedarse a mi lado, aunque sea para destruirme.

Media hora después estaba en el campo de tiro.

Me había puesto pantalones militares y una camiseta negra gruesa y holgada para ocultar el vendaje.

Levanté el arma y disparé. Una, dos, tres veces. Todas al centro. Tiré la pistola al suelo, furiosa. En cada silueta aparecía la cara del viejo Giovanni Torette. Le temía de pequeña y le odiaba de adulta.

—¿Qué quieres ahora viejo baboso? —murmuré, agachándome para recogerla.

El miedo de que Giovanni Torette sospechara que yo no era mi hermano Alessandro se instaló en el fondo de mi cabeza. Traté de desecharlo. Si no me había reconocido hasta ahora... ¿por qué iba a hacerlo de repente?

Seguí disparando. Mis pensamientos se movieron hacia Marco y su intento de huida. El aire olía a pólvora y humedad. El sol apenas se levantaba sobre los muros del patio de entrenamiento. Mis muñecas ardían, pero no me detuve. Tenía que vaciarme. De rabia, de miedo... Y joder, sobre todo de deseo.

Entonces, una sombra tapó el sol.

Me giré instintivamente, la Glock en alto.

Marco.

Llevaba una camiseta blanca que delineaba el relieve de sus músculos y resaltaban su moreno. Los pantalones oscuros se ceñían a las partes más interesantes de su anatomía y los antebrazos tatuados se tensaron al cruzarse de brazos. Me observó con ojos oscuros, mandíbula apretada y el pelo desordenado. Un pecado con piernas. Y yo estaba harta de fingir que no me consumía.

—¿Vienes a entrenar o a darme explicaciones? —pregunté, apuntándole.

—Dijiste que esperarías hasta después del encuentro con los Martinelli —contestó, avanzando sin miedo.

—He cambiado de idea. Estoy de mala hostia y quiero resolver esto ya.

—¿Disparándome? —no sonrió.

Suspiré, volví hacia la diana y descargué el cargador con rabia. Cuando me giré, dejé el arma sobre la mesa metálica.

—¿Por qué te quieres largar?

Silencio. Un segundo que me pareció eterno.

—Porque no puedo más —dijo al fin.

Levanté una ceja.

—¿No puedes con qué? ¿Con este trabajo? ¿Con la *familia Rosetti*? ¿O conmigo?

—Con lo que siento —escupió.

El mundo se quedó quieto. Solo zumbaban los insectos.

Avancé dos pasos.

—Explícate.

—¿Quieres la verdad? —me desafió.

—No me van los cobardes.

Se acercó, caminando como si el mundo le debiera espacio. Cuando el calor de su cuerpo me rozó, me lo soltó, ronco:

—Porque no puedo seguir junto a ti sin romperme por dentro. Porque contigo me olvido de todo: de lo correcto, de mi fe, de lo que soy. Porque esto... —señaló el aire entre nosotros— me está matando.

Tragué saliva. El corazón me martilleaba. Aun así, meforcé a mantener la voz firme.

—¿Entonces huyes porque de pronto tienes conciencia?

—Huyo porque si me quedo, voy a hacer algo por lo que vas a tener que pegarme un tiro.

Me acerqué tanto que un suspiro nos separaba. Toqué la pistola.

—¿Y si eso es lo que quiero?

Su mano atrapó mi muñeca como un hierro caliente.

—No juegues conmigo, Alessandro.

—¿Estoy jugando? —levanté el arma y se la puse en la sien.

Él ni parpadeó.

—Ayer te comportaste como un traídor —escupí—. Irte de esa forma...

—¿Me vas a disparar? Deberías. Joder... si supieras lo que pienso, lo harías sin dudar.

Sentí que me ardía la piel. Bajé el arma, despacio, sin dejar de mirarlo. Lo empujé contra el muro y nuestros rostros quedaron a centímetros. Lo quise besar más de lo que he querido nada en mi vida. Pero yo no podía permitirme debilidad.

—Esos pensamientos son peligrosos, Marco —jadeé.

Apoyó su frente en la mía. Su respiración era fuego.

—Mátame, entonces. O deja que me vaya.

—No. —Me aparté, ahogándome—. Estamos en guerra con los Torette. Te necesito con la cabeza fría.

Él tragó saliva.

—No me necesitas, Alessandro.

Ojalá fuera cierto. Le necesitaba de tantas formas que daba miedo.

—He dicho que no te vas a ninguna parte —repetí tajante.

Me observó durante un silencio tenso mientras parecía considerar internamente sus opciones.

—Lucharé tu guerra, jefe —aseguró al fin—. Pero también te juro que vas a arrepentirte de no haberme disparado.

Esa expresión en su rostro... casi amenazante, pero de una forma que me hacía sentir en llamas por dentro. Algo había cambiado. La línea que habíamos respetado durante dos años había desaparecido.

—Márchate —le dije, apenas un hilo de voz.

Me miró, con esa fiereza salvaje que me estaba poniendo nerviosa.

—Como quieras, Alessandro.

Se fue, elegante y peligroso, pero se detuvo en el portón.

—Una cosa más, jefe. Asegúrate de tener un arma contigo siempre que nos quedemos a solas.

Y desapareció.

Me dejé caer contra el muro. Las piernas me temblaban. Las vendas me apretaban el pecho hasta quitarme el aire.

Por primera vez en cinco años, mis atributos femeninos parecían clamar por salir a la superficie. Y eso me asustaba más que cualquier amenaza de Marco.

Capítulo 3

Tenía ganas de dispararle a alguien.

El puerto de Civitavecchia bullía incluso a esa hora de la madrugada: estibadores que fingían no ver nada, barcos que descargaban más que simple mercancía, motores que rugían en la distancia. El sudor me chorreaba entre los pechos aplastados por las vendas, pero no era eso lo que me incomodaba. Era la carpeta que traía Rico entre las manos, la palidez en su rostro.

—Jefe —me saludó, sin atreverse a mirarme a los ojos—. Esto llegó con los contenedores. Uno de los Torretti lo trajo en persona.

Cogí el sobre sin decir palabra. La esquina me arañó el dedo, como un mal presagio. Lo abrí. Una sola frase.

"Dale mis saludos a la pequeña Valentina. Dile que su tío nunca olvidó lo dulce que era a los doce años. Qué lástima que se marchara tan pronto... o tal vez no tanto como creemos."

No firmaba con nombre completo. Solo una inicial.

G.

La hoja tembló entre mis dedos por rabia pura. Giovanni me perseguía con fantasmas que llevaba años enterrando bajo vendas e inyecciones de testosterona.

—¿Todo bien? —Marco apareció a mi lado silencio, tan cerca que su voz grave me rozó la piel.

Asentí, plegando la nota con demasiado cuidado.

—Basura de Giovanni Torretti. Quiere hacerme la guerra psicológica. —Me la guardé en el bolsillo interior, aunque las manos

me temblaban un poco.

—¿Puedo verla?

—No hace falta. —Negué con la cabeza—. No dice nada que valga la pena repetir.

Pero Marco no se movió. Me miró con esa intensidad suya, como si pudiera ver a través del maquillaje, de las vendas, del disfraz entero. Como si intuyera que mi jodido teatro estaba a punto de venirse abajo.

Al final, me abrió la chaqueta y sacó el sobre del bolsillo él mismo con un atrevimiento que me dejó helada. No lo detuve porque estaba demasiado sorprendida.

Sus ojos recorrieron la frase, y después me atravesaron como cuchillos.

—“La pequeña Valentina”... ¿De quién habla?

Contuve el aliento y arranqué calma de donde ya no quedaba.

—Mi hermana menor. Murió hace años. Torretti solo busca reabrir heridas. No le des más poder del que ya tiene.

No respondió. Pero lo sentí. Sentí sus ojos sobre mí durante todo el camino de regreso, como si me estuviera descifrando. Su silencio era peor que cualquier pregunta.

En el despacho, apoyé los codos en la mesa de madera oscura y encendí el mechero. Vi cómo las llamas devoraban el mensaje. Pero ni el fuego podía borrar el miedo sembrado en esas palabras. Giovanni sabía que yo era Valentina, no me quedaba duda.

Marco permaneció quieto frente a mí hasta que se apagó la última llama.

—Los contenedores estaban limpios. Ningún explosivo —informó, entonces, en lugar de interrogarme sobre la nota.

—¿Y los códigos de tránsito?

—Legítimos. Pero los revisé yo mismo. No me fío de nadie.

—Haces bien —le concedí. Y me traicioné: mis ojos se suavizaron. Una grieta en mi armadura que él notó de inmediato. Me había prometido ser más fría e indiferente con él, pero era casi imposible mantenerlo todo el tiempo.

Nos quedamos en silencio. Marco parecía debatirse contra algo invisible. Yo también. Porque él me miraba como si yo fuera un pecado, y él estuviera dispuesto a arder en él. Y yo... aún sentía el tacto de su cuerpo contra el mío en el campo de tiro esa mañana.

Tenía que evitar quedarnos a solas.

—¿Algo más que deba saber? —pregunté, arqueando una ceja.

—Sí. —Su voz era grave, densa—. Que, si sigues mirándome así, voy a hacer algo imprudente.

El aire se volvió pesado. Crucé las piernas, recostándome en la silla. Vi cómo cerraba los puños.

—¿Eso es una amenaza, Santangelo?

—No, jefe. Es una advertencia. Me has obligado a quedarme, así que ya no pienso callarme lo que pienso. Y lo que pienso... —dio un paso más, apoyó las manos en mi escritorio, inclinado hacia mí como si fuera a saltar—. Es que me estoy hartando de tus medias verdades.

El corazón me latía en la garganta. Quise romper la tensión, pero la tensión era todo lo que había. Me incliné hacia él, apoyando mis manos también sobre la mesa, frente a su rostro. Su colonia, su aliento a café. Casi podía saborearlo.

—Si no puedes controlar tus impulsos...

—No, no puedo. —Me interrumpió, directo, brutal. Sus ojos ardían—. Y menos si me miras como si quisieras las mismas jodidas cosas que yo.

Por un instante, dejé de ser Alessandro. Dejé de ser el capo y fui solo Valentina. Un mujer ardiendo.

—No puedes hacer esto ahora —murmuré—. No, justo ahora que ese cabrón cree que puede sacarme del tablero.

—Nadie te va a sacar de nada —dijo feroz—. Le meto un tiro en la cabeza antes.

Me derretí por dentro, a la vez que me congelaba por la preocupación.

—La seguridad de los Torretti es infranqueable. No hagas locuras, Marco.

—Me da igual morir. Mientras respire, nadie va a tocarte.

Su devoción me dejó sin aire.

—No pensabas eso anoche, cuando intentabas huir en ese vuelo —susurré. La voz me tembló.

Él soltó una risa seca, amarga.

—No tienes ni puta idea del infierno que estoy viviendo, Ale. Mi cabeza es una olla a presión. Fantasías que me vuelven loco. No es normal. Tú... —su respiración se quebró—. Eres el único hombre que me ha hecho dudar de mí... ¡joder! Ni siquiera puedo decirlo.

Se echó atrás, se frotó la frente como si quisiera arrancarse los pensamientos.

Una marea de emociones me arrastró: mariposas, miedo, dolor. Y con Giovanni respirándome en la nuca, era lo último que necesitaba. Mi secreto estaba demasiado cerca de salir a la luz.

—Marco... dale tiempo. —Extendí la mano y la posé en su hombro. La tela de su camisa no me protegió del calor de su piel, ni de la dureza de su músculo. Ese músculo que había usado como escudo... y que ahora deseaba por razones muy distintas.

Él arqueó las cejas, sorprendido. Miró mi mano como si no entendiera por qué me atrevía. La química entre nuestros cuerpos era poderosa. Me tembló la mano y quise retirarla, pero él la atrapó en el aire, ciñéndola con fuerza. Me arrastró hacia él. La mesa entre nosotros fue lo único que impidió un desastre.

—Si quieres que me quede, sabiendo lo que siento —su voz me quemó la piel—. Entonces vas a sufrir conmigo.

Nuestros rostros estaban a un suspiro. Podía contarle las pestañas, ver las motas doradas en sus ojos oscuros. El aire nos envolvía pesado y caliente.

—Marco...

—No sabes lo que me haces. —Su pulgar dibujó círculos en mi muñeca, lento, posesivo—. No sabes las veces que he imaginado...

No lo terminó. No hacía falta. Lo vi en sus ojos. Lo sentí en la presión de sus dedos. En su respiración irregular.

Me soltó de golpe. Se dio media vuelta y salió del despacho como si huyera del demonio. Me dejó allí, temblando, el corazón golpeando como un martillo.

Me dejé caer en la silla, llevándome una mano al pecho. Justo cuando Giovanni insinuaba saber que Alessandro era una mujer, yo deseaba serlo más que nunca.

Capítulo 4

El restaurante Le Sirene estaba de moda en Nápoles. Lámparas de arañas de cristal, manteles de lino blanco, jazz en directo. El aire estaba impregnado de trufa negra y vino caro, pero lo único que me llegaba era el hedor de la hipocresía de los monstruos que se sentaban a negociar entre copas.

Entré con paso firme. El traje negro suelto sobre mi cuerpo vendado, la corbata perfecta y la barba postiza revisada. A mi lado, Marco rastreaban cada rincón como si esperara que saltaran las balas en cualquier momento. Las reuniones con los Lazzari siempre le ponían nervioso.

Ahora que me había confesado sus sentimientos, por fin entendía que era por Luca Lazzari: cada mirada desafiante, cada comentario mordaz... era celos.

Y esa certeza me provocó cosquilleos en el pecho que no debería sentir en medio de una negociación.

Los Lazzari ya esperaban en la mesa de honor: hombres con caras marcadas por cicatrices y excesos. Pero fue Luca, el hijo del capo, quien capturó la sala entera. Veinticinco años, ojos verde jade, sonrisa de demonio. Cuando estrechó mi mano, demoró el contacto más de lo necesario. Me rozó los dedos en una invitación a algo más que negocios.

—Alessandro Rosetti —degustó mi nombre—. El jefe más guapo de Nápoles.

Sentí cómo Marco se tensaba a mi lado. Su mirada asesina clavada en Luca.

La cena fue una coreografía entre amenazas y promesas. Yo mantenía la compostura, pero Luca no quitaba los ojos de mí. Todo

sonrisas mientras dejaba que sus dedos me tocaran con cualquier excusa.

—¿Sabes, Alessandro? —susurró Luca, inclinándose tanto que su aliento me rozó la oreja—. Tengo una colección de arte en el Excelsior que te dejaría impresionado. Podrías venir a verla.

Los nudillos de Marco crujieron.

—No —gruñó.

Luca rio, disfrutando de la provocación.

—Tan protector, Santangelo. No sabía que los segundos al mando decidían por sus jefes... ¿o es que hay algo más entre vosotros?

Iba a explotar. Lo vi en sus ojos. Pero una de las ventanas estalló antes que él.

El mundo se convirtió en un huracán de cristales y plomo.

Los gritos desgarraron el jazz. El vino y la sangre se mezclaron sobre los manteles.

Me moví sin pensar. Volqué la mesa para usarla de escudo, saqué la pistola del tobillo y disparé hacia las sombras. Marco me cubrió con su cuerpo; una bala me rozó la oreja, quemándome la piel.

—¡Los Toretta! —rugió Marco—. Sabían que estaríamos aquí.

¿Una emboscada?

Podía ser. Nos habían declarado la guerra y la paranoia no era un lujo, sino supervivencia.

—¡A la cocina! —ordené, arrastrándome entre mesas volcadas y disparando cuando podía. Un grito confirmó que una de mis balas había encontrado carne.

Corrimos entre gente que gateaba, escondida y cuerpos desmallados hasta la cocina. Los cocineros aterrados se apartaron de nuestro camino. Salimos por la puerta trasera a un callejón húmedo y oscuro, que apestaba a basura.

Los pasos resonaron detrás confirmando que nos seguían.

Marco me empujó contra la pared y se pegó a mi, fundiéndonos con las sombras de un contenedor.

Su cuerpo me envolvió. Su corazón golpeaba contra mi palma, su respiración mezclada con la mía. La pistola me temblaba

en la mano, no por miedo, sino por él.

Sus manos bajaron a mi cintura, firme y posesivo.

—No te muevas —susurró en mi oído. Su voz me atravesó como un ronroneo eléctrico.

—No puedo —jadeé—. Estás demasiado cerca.

—No tanto como querría.

El mundo desapareció. Ni balas, ni Toretta, ni máscaras. Solo nosotros, ardiendo en un callejón oscuro.

La pistola rozaba su muslo, pero mis manos querían otra cosa: su piel. Su maldita piel.

—Te gusta que te deseen, ¿verdad? —acusó, enfadado—. Ahí dentro estabas disfrutando de que esa rata tonteara contigo.

Tragué saliva. Quise negarlo, empujarlo... pero mi cuerpo me traicionó. Mis labios, a un suspiro de los suyos, hormigueaban. El calor era insoportable.

—Eres un jodido inconveniente, Marco.

—¿Yo? —soltó una risa seca e indignada—. Tú eres el que me está jodiendo la vida.

Se inclinó hasta que nuestras frentes casi se tocaron

—Ya te lo he dicho. No voy a sufrir solo. Quiero que cada una de mis miradas te rompa hasta que estés tan rajado como yo. Quiero arrastrarte al infierno conmigo.

Un chasquido en el extremo del callejón me hizo reaccionar y disparar. Un cuerpo cayó con un golpe seco y manchó el pavimento de sangre.

—Uno menos —murmuró Marco. Pero sus ojos seguían en mí. Como si el peligro no importara.

—Muévete —ordené, ronca por la adrenalina y el deseo—. Antes de que vengan más.

Marco asintió, pero no se apartó del todo. Me rozó la mano provocando un incendio fugaz.

Las sirenas aullaron en la distancia. Marco señaló un callejón lateral.

—Conozco una salida. Sígueme.

Lo dudé. Su mano extendida significaba más que escapar. Era admitir que no podía huir de él ni de lo que sentía.

La tomé y corrimos juntos, sombras fundidas en la noche.
Perseguidos por balas... y por un deseo que podía matarnos
más rápido que cualquier enemigo.

Capítulo 5

Cuando crucé la puerta del piso franco de Quartieri Spagnoli y me relajé, el costado me ardió tanto que casi me doblé en dos.

Tenía la mano pegada a la herida, un corte abierto por metralla. No era mortal, pero dolía lo bastante como para recordarme que había estado a un parpadeo de no salir viva de ese puto callejón.

Marco cerró la puerta de un portazo. La camiseta blanca hecha jirones, manchada de sangre que no era suya, pegada a los músculos tensos.

—Estás sangrando. —gruñó, recorriéndome con los ojos. Señaló una silla coja en el centro de la habitación—. Siéntate y déjame ver eso.

No era una petición. Era una orden, seca y feroz, cargada de preocupación.

Solté una risa rota.

—No soy de cristal, Marco. Solo es un arañazo. He tenido cosas peores.

—Y una mierda. —Cruzó la habitación en dos pasos. Las paredes sudaban moho, las baldosas crujían como huesos rotos bajo sus botas. Arrancó un botiquín polvoriento de la estantería y lo abrió con las manos firmes—. Si no te curas, te desangrarás. Siéntate.

Me fulminó con la mirada. Yo quise resistirme, pero el dolor pudo más que el orgullo. Me dejé caer en la silla.

—Hazlo rápido.

Marco negó, serio. No me contestó. Se arrodilló frente a mí, las manos morenas y curtidas abriendo vendas y gasas con una

calma que no pegaba con él. Era como si la violencia hubiera abandonado su cuerpo.

El calor de su presencia me envolvió. Olía a cuero y a peligro. Yo intentaba ignorar lo cerca que estaba, pero cuando levantó la cabeza y me miró, el pulso se me desbocó.

—Quítate la camisa. —ordenó con aspereza, irritado porque yo no lo hubiera hecho ya—. No puedo curarte a través de la tela.

Un nudo me cerró la garganta.

Me levanté con dificultad.

—Dame un momento.

Me refugié en el baño, un cubículo apretado con un espejo roto que devolvía mi cara maquillada en pedazos. Me reí por la ironía, hasta ese espejo sabía que mi disfraz se estaba fracturando.

Me quité la chaqueta. Desabroché la parte de abajo de la camisa, lo suficiente para que se viera el binder negro pegado a mi pecho. Empapado en sudor, opresivo como una cárcel. La herida del costado sangraba, mezclándose con cicatrices viejas que contaban historias que nadie conocía.

Un golpe en la puerta me hizo dar un salto sobre mí misma.

—Alessandro. Voy a entrar.

—No. —La palabra me salió débil, sin fuerza.

La puerta se abrió. Marco llenó el espacio. Sus ojos bajaron directo a la herida, a los moratones y la sangre. No vio nada más. Solo daño. Solo a mí, más pálida de lo que debía estar.

—Joder, jefe —murmuró, conteniendo la rabia—. Esto no es ningún arañazo. ¿Por qué coño no dijiste nada?

Quise reír, pero me salió un jadeo.

—Porque no tengo tiempo para quejarme.

No me contestó. Empapó una gasa en desinfectante y se acercó. Sus manos, hechas para matar, fueron delicadas sobre mi piel. Cada roce era una chispa. Cada presión, un recordatorio de que estábamos demasiado cerca.

El silencio entre nosotros se volvió espeso. Pude ver las gotas de sudor resbalándole por la frente, el pulso en su cuello, la respiración que casi rozaba mi cara. Cuando levantó los ojos y me sostuvo la mirada, el aire se quedó atrapado en mis pulmones.

—Lo que pasó en el callejón... —comenzó, mientras me vendaba con movimientos que parecían caricias.

—Nada. —Mentí, tajante.

Marco tiró la gasa al suelo. Colocó las manos sobre el lavatorio, a ambos lados de mi cuerpo, atrapándome. Su rostro quedó a centímetros del mío. Sus ojos eran un precipicio que me invitaba a caer.

—Mentira. —Su voz era un gruñido bajo—. Podíamos haber muerto esta noche, Ale. Podíamos no estar aquí mañana...

No acabó la frase. Su respiración me envolvió. Yo quería empujarlo, mantener la distancia. Pero mis manos no se movieron. Lo deseaba. Maldita sea, lo deseaba.

Sus dedos rozaron mi cintura. Demasiado cerca del binder. Mi cuerpo se tensó como si me hubiera puesto una pistola en la cabeza. Fuego, pero del peligroso.

—No sabes de qué hablas —susurré, la mentira frágil en mi boca.

—Sé exactamente de qué hablo. —Se inclinó más, hasta que sus labios casi rozaron los míos—. Sé que me estás volviendo loco. Sé que escondes algo. Y sé que quiero descubrirlo, aunque me cueste todo.

Su pulgar acarició mi mejilla, abrasando mi piel.

—Marco... —murmuré, sin saber si era una advertencia o una súplica.

Entonces sentí sus dedos subiendo por mis costados, demasiado cerca del binder. La realidad me golpeó. Lo empujé con violencia, contra la puerta.

—No vuelvas a tocarme. —El pánico me hizo salvaje.

Él retrocedió, respirando agitado. Sus ojos inundados de confusión y frustración.

—No te entiendo, Alessandro. Sé que sientes lo mismo que yo.

Me abotoné la camisa con manos temblorosas, reconstruyendo la armadura. No lo miré. No podía. Crucé la puerta sin una palabra.

Marco se dejó caer en el sofá, las manos en el pelo, enfadado. El silencio pesaba como plomo hasta que su móvil vibró. Lo miró y su rostro se endureció.

—Jefe. —usó un tono distinto, lejano.

Me giré desde la ventana. El brillo en sus ojos me heló.

—¿Qué pasa?

Me mostró la pantalla. Un mensaje breve y letal.

"¿Sabes cómo duermen los que no pueden confiar en nadie? Con un ojo abierto. Alessandro te miente.

—G."

El suelo desapareció bajo mis pies. Me aferré al marco de la ventana para no caer. Marco me miraba, buscándome la verdad en la cara.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Cerré los ojos. Necesitaba un relato a medias. Algo que no derrumbara todo.

—Vamos. Dímelo —insistió Marco, perdiendo la paciencia.

—Giovanni intenta desestabilizarme. Embaucó a los Lazzari y ahora va a por ti. Quiere que dudes de mí.

Pero Marco no se rindió.

—¿Qué pasó entre vosotros? ¿Qué es lo que no me cuentas?

El peso de los secretos me aplastaba.

—Giovanni estaba obsesionado con mi hermana pequeña. Intentó violarla. Yo se lo impedí. Desde entonces me odia.

—Hijo de puta.

Recordé el día que reventó a golpes a uno de sus hombres por intentar violar a una dependienta. Quizá ahí empezó todo. Mi amor por él.

—Es un sádico —dije—. Y ahora viene a vengarse.

Marco se levantó como un resorte, los puños blancos de furia.

—Tendrá que pasar por encima de mi cadáver primero.

Lo miré fascinada. Era el hombre que me protegía sin saber quién era. Y aún así... me amaba.

—¿Estás conmigo en esta guerra, Marco?

Clavó sus ojos en los míos para que no dudara de sus siguientes palabras.

—Destruiría este país entero por ti, jefe.

Capítulo 6

La mesa de roble de mi salón principal parecía un campo de batalla en miniatura. No había mapas ni planes de ataque sobre ella, sino fichas hexagonales, cartas estratégicas y botellas de cerveza apoyadas en posavasos grabados con nuestro escudo familiar: el lobo napolitano que, desde hacía generaciones, había protegido y devorado en la misma medida. En el centro, el tablero de Catán convertía a mis soldados en granjeros luchando por trigo, arcilla y ovejas como si de territorios rivales se tratara.

Una tradición absurda que había nacido para fingir normalidad en un mundo donde la única certeza era la muerte. Pero precisamente por eso la mantenía: porque nos permitía recordar que aún éramos humanos, que podíamos reírnos, discutir por recursos inventados y competir sin balas de por medio.

Me recliné en mi silla con una cerveza helada en la mano. La espuma me cosquilleaba el labio superior al primer sorbo, mientras mi cuerpo agradecía el frescor que contrastaba con el dolor de mis músculos. Debajo de la camiseta negra holgada seguía latiendo la herida, un recordatorio punzante de que la vida pendía de un hilo en cada movimiento. Los pantalones militares completaban mi look, cómoda en mi trono, en el corazón de la casa Rosetti, como si fuera intocable.

—Mi imperio va a destrozarnos —declaró Rico, lanzando los dados contra la mesa—. Soy el señor de la paja.

Elena se carcajeó.

—Triste, tenemos que buscarte una novia —replicó, burlona.

Rico frunció el ceño.

—No me refería a eso —protestó, haciendonos reír aun más—. Mi mujer se encarga de mí. Y vas a arrepentirte de ese comentario cuando necesites mi paja.

Elena sonrió inclinada hacia adelante con los codos sobre la mesa. Su trenza se deslizó sobre la sudadera ancha con un logo pixelado

—Tu "imperio" es una aldea con dos ovejas mal folladas y un camino a ninguna parte.

Todos rieron, menos Salvatore, que contó sus tarjetas de recursos con la concentración de un francotirador.

Rico sacudió la cabeza como si diera a la juventud por perdida. El veterano, con su pelo gris perfectamente peinado hacia atrás, era la memoria viva de mi familia. Había servido a mi padre y seguía ahí, un roble viejo imposible de derribar.

—Los que hablan mucho suelen perder primero —dijo Salvatore, sin molestarse en alzar la vista del tablero.

Enzo, una de nuestras últimas incorporaciones, estaba apoyado contra el respaldo con una pose estudiada. Sonrió al ojear las fichas de Salvatore.

—Ahora te arrepientes de rechazar mi arcilla, ¿verdad, Sal? —bromeó, sonando seductor incluso cuando insultaba.

Joder. El primo de Marco, recién llegado de Roma, era puro carisma peligroso. Alto, con unos rasgos afilados que parecían tallados por un escultor renacentista y unos brazos musculosos bajo la camiseta blanca que hacían de la prenda algo casi obsceno. Tenía algo de estrella de cine, encasillado en papeles de acción.

—Lo tenéis jodido para construir algo si no negociáis conmigo —añadió, guiñándome un ojo—. Menos tú, jefe.

Fingí concentrarme en el tablero, moviendo fichas, calculando rutas, pero la verdad es que apenas veía nada. Sentía la mirada enfadada de Marco como una quemadura en la piel.

Estaba sentado en el extremo opuesto, pero su tensión llenaba la sala. Tenía la cerveza en la mano, los nudillos blancos de apretar con tanta fuerza que parecía que iba a hacerla estallar. Enzo seguía desplegando su encanto, ajeno, o fingiendo estar ajeno, al peligro que corría, provocando a un depredador enjaulado.

La tensión entre los tres era casi tangible, como un cable eléctrico que recorría la mesa de un extremo a otro. Elena, desde su silla, lo percibía y sus sonrisas cómplices confirmaban que estaba jugando un juego paralelo al de Catán.

—Voy por más cervezas —anuncié, levantándome con un gesto calculado, disimulando el tirón de la herida.

—Te acompaño —saltó Enzo al instante, poniéndose en pie con la ligereza de un gato. Era nuevo en mi familia y tenía ganas de agradar al jefe, pero la expresión asesina de Marco dejaba claro, que él creía que su primo tenía otras motivaciones. Lo que no tenía sentido porque en el corto tiempo que llevaba con ellos, había levantado más faldas que ninguno en la mansión.

Elena le puso una mano en el brazo, sus ojos brillando con malicia.

—Deja que vaya Marco. Es tu turno después de Rico —dijo con voz aparentemente inocente.

Jugaba a casamentera, como siempre, empujando las piezas de un tablero invisible mucho más peligroso que el de Catán.

Arqueeé una ceja, pero no protesté. Marco se levantó sin esperar confirmación, como si hubiera estado esperando esa oportunidad desde hacía rato.

En la cocina, el aire era otro mundo. Frío, con olor a limón y detergente, un contraste brutal con el calor sudoroso del salón impregnado de cerveza y pizza.

Abrí la nevera y el vapor helado me golpeó la cara. Pero ni siquiera eso bastó para calmar la tormenta que sentía con Marco detrás de mí, demasiado cerca.

Se apoyó en la encimera con los brazos cruzados, los músculos marcando la tela oscura de su camiseta. Tenía la mandíbula apretada, los ojos fijos en mí.

—¿Te diviertes? —preguntó, con una calma que no engañaba a nadie.

Mantuve la vista en las botellas, sacándolas con movimientos deliberadamente lentos.

—Tengo la sensación de que tu pregunta viene con trampa incorporada.

—No es una trampa. Es una gilipollez. Como todo lo que digo cuando te veo sonreírle a otro tío.

Su descaro me desarmó. Me giré despacio, enfrentándome a esa mirada oscura que parecía querer devorarme y protegerme al mismo tiempo.

—Es tu primo, Marco.

—Peor —gruñó, dando un paso que redujo la distancia entre nosotros a la mitad—. Sé exactamente qué piensa cuando te mira. Porque yo pienso lo mismo.

El calor de su proximidad me envolvió como un incendio. Su colonia, mezclada con el amargor de la cerveza y algo puramente masculino, era una droga que se colaba en mi sistema.

—He visto a Enzo follarse a mujeres con tetas enormes en reservados de discoteca —repliqué, intentando sonar firme.

—Ese es el problema, Ale —susurró, enojado—. No somos nosotros: eres tú.

Otro paso, y quedé acorralada contra la nevera, con su pecho apenas rozando el mío.

—Es tu maldita culpa. Hay algo en ti que nos hace perder la cordura —continuó Marco, cada palabra más baja, más peligrosa—. No soy solo yo. Giuseppe te mira el culo cuando sales de la sala, Francesco se sonroja cuando sonríes... incluso Mattia, borracho, bromeó sobre que sin la barba y con una peluca le valdrías mejor que su mano.

Me reí, un sonido quebrado que murió en mi garganta, cuando él se acercó un poco más.

—Esa jodida barba... —susurró, alzando la mano hasta casi rozarme—. Nunca la he visto crecer, siempre está igual. Y no recuerdo haberte visto recién afeitado. Quiero hacerlo ahora. Quiero ver el rostro más bonito que he visto en mi puta vida sin nada que lo esconda.

Mi corazón se desbocó.

—Marco, has bebido demasiado.

—Sí. Porque esto es una tortura de la hostia —gruñó—. Aprovechate, jefe. Estoy lo suficientemente borracho como para no impedírtelo.

Tragué saliva, sintiendo que el aire se volvía más espeso con cada palabra.

—¿Te has vuelto loco?

—Tú me has vuelto loco, tonteando con mi primo —rugió—. Era tragar cerveza o arrancarle la cabeza a Enzo y echarte en mi hombro para alejarte de él y de todos.

Su cuerpo irradiaba calor, y podía sentirlo a través de cada capa de ropa.

—Él te mira como si pudiera conquistarte con una sonrisa. Y tú... lo dejas.

Quise contestar, pero la voz me tembló.

—No soy de nadie. Ni de él ni de ti.

Marco se inclinó, sus labios a un suspiro de los míos, el pulso latiendo como un tambor de guerra en nuestras gargantas.

—No te quiero como mío —dijo, su voz rota—. Te quiero como una maldita obsesión. Como algo que me destruye y me mantiene vivo. Como si no pudiera respirar sin ti.

Una de las cervezas se resbaló en mis manos sudorosas, estrellándose contra el suelo. Pero ninguno de los dos le prestó atención. Mi mano subió por su pecho, para apartarle, pero sin prisa por que le gustaba demasiado el tacto.

—Esto no puede seguir —susurré.

—Demasiado tarde. Estamos atrapados, jefe.

Una tos exagerada rompió el momento. Enzo estaba en la puerta, apoyado con una sonrisa demasiado casual.

—¿Interrumpo algo? Rico va a volcar el tablero. Y alguien me ha robado una oveja.

Me recompuse al instante, lanzándole una cerveza que atrapó con facilidad insultante.

—Somos la puta mafia, Enzo, ¿qué esperabas?

Se rio, pero sus ojos se deslizaron hacia Marco con un brillo de desafío.

Volvimos al salón. La partida continuó, pero el aire estaba cargado de electricidad. Marco bloqueaba cada jugada de Enzo con una saña apenas disimulada. Yo negociaba con Salvatore para

mantener un equilibrio ficticio. Y Elena observaba el teatro con una sonrisa, feliz de haber soltado una cerilla en un bidón de gasolina.

—He visto reuniones con los Torretti más amistosas que esto —murmuró mi hermana, moviendo una ficha.

—Marco está celoso... de mi pericia —bromeó Enzo, guiñándome un ojo.

El crujido de los dientes de Marco fue audible.

Salvatore, con voz de oráculo, sentenció:

—Los juegos más peligrosos llevan años en marcha.

La partida acabó con una victoria inesperada de Salvatore.

Cuando todos se retiraron, Enzo se llevó a un Marco muy borracho medio auestas.

En el silencio posterior, Elena y yo recogimos el tablero. Nuestras manos se rozaron al alcanzar una ficha, y la chispa fue un relámpago.

—¿Por qué no se lo dices? —me preguntó, al quedarnos a solas.

—Voy a hacerlo, pero ahora, con lo de Giovanni, no es el mejor momento.

—Se está volviendo loco, Val.

—No me pongas más presión —protesté, agobiada con todo. Llevaba un tiempo sin tomar las hormonas y mi cerebro aun estaba tratando de adaptarse al cambio.

—¿Estás segura de que es Giovanni lo que te asusta?

Suspiré y me dejé caer en el silló, ocultando mi rostro con un brazo.

—Te dejo en paz, por hoy —concedió mi hermana, con actitud de estar haciéndome un favor—. Descansa, mañana volvemos a la guerra.

Y no supe si se refería a la de los Torette o a la que estaba librando en esa misma casa.

Capítulo 7

El espejo del vestidor me devolvía un reflejo que no era Alessandro Rosetti, sino alguien mucho más peligroso: yo, Valentina, desnuda de mi máscara. Sin la barba postiza, mis facciones resultaban demasiado finas para el personaje que llevaba interpretando años; mis pómulos parecían más altos, la mandíbula era firme pero no tan marcada, y los labios demasiado llenos y suaves.

Me toqué la cara con dedos temblorosos, como quien palpa la superficie de una herida. Era una locura, lo sabía. En mi mundo, un error mínimo podía costarme la vida, y quitarme la máscara, aunque fuera un momento, era un error monumental. Pero la frase de Marco de la noche anterior me había perseguido en sueños:

"Quiero ver el rostro más bonito que he visto en mi puta vida sin nada que lo esconda."

¿Bonito? La palabra aún me quemaba. Bonito era un adjetivo que no pertenecía a un jefe de clan. Bonito era un recordatorio de que Valentina seguía viva. Y esa mañana, aunque solo fuese un instante, me permití ser ella.

Me vestí con cuidado: pantalones de traje negro, rectos, lo bastante anchos para disimular las caderas. Una camisa blanca metida por dentro que insinuaba cintura sin subrayarla. Los hombros rectos, el gesto contenido. El resultado era ambiguo, a medio camino entre los dos mundos que habitaba.

Cuando entré en la sala de reuniones, el aire se congeló.

Elena fue la primera en notarlo. Alzó una ceja, sorprendida, aunque en sus ojos brillaba una chispa de aprobación. Mi hermana siempre había querido que dejara de esconderme, y esa era la

prueba más clara de que la armadura de Alessandro empezaba a resquebrajarse.

Salvatore levantó apenas la vista de los papeles, me saludó con un gesto breve y volvió a hundirse en sus números.

Enzo, en cambio, me clavó una mirada desconcertada. Me recorrió como si intentara resolver un enigma imposible.

Y Marco... Marco se quedó paralizado. La taza de café se le resbaló en la mano, derramando un hilo marrón sobre la mesa de caoba. Sus ojos oscuros me devoraron con tal intensidad que sentí que el calor me trepaba desde el cuello hasta las mejillas. Me estaba mirando como si viera un milagro, y al mismo tiempo una maldición que lo iba a destruir.

Evité sostenerle la mirada. Me senté con calma estudiada, aunque la sacudida en mi estómago me recordaba que estaba jugando con fuego.

—Elena, empieza —ordené. La voz me salió más temblorosa de lo que esperaba, y eso me cabreó conmigo misma.

Elena conectó su portátil a la pantalla. En segundos, apareció un enjambre de líneas y datos encriptados.

—Intercepté una comunicación de Giovanni Torretti a las cinco y diecisiete de la madrugada —explicó, los dedos bailando sobre el teclado—. Planea atacar el almacén de los Chen en Via del Porto esta misma noche. Quiere las rutas de distribución y dejarnos mal, claro.

Una imagen de satélite llenó la pantalla, mostrando el puerto como un organismo vivo: muelles, grúas, barcos atracados. Las rutas marcadas en rojo parecían arterias fáciles de cortar.

Salvatore golpeó la mesa con los nudillos.

—Ese almacén es nuestro desde hace dos años. Conecta la droga de los Chen con media Europa. Ese hijo de puta de Torretti ha apuntado directo a la yugular.

Elena amplió el mapa, señalando puntos débiles.

—No quiere solo el puerto. Quiere humillarnos. Mandar un mensaje a nuestros socios de que los Rosetti ya no pueden proteger ni su propia casa.

Me irguí, helada por dentro.

—Sabe demasiado —dije, cada palabra afilada como un puñal—. Horarios, rutas, contraseñas, puntos de vigilancia. Alguien le está filtrando información desde dentro.

Un silencio pesado se asentó sobre la sala. En la mafia, la sospecha de traición era como un veneno que todos tarde o temprano bebían. Las miradas se cruzaron, rápidas, desconfiadas.

Respiré hondo y dicté sentencia:

—Cambiadlo todo. Códigos, horarios, comunicaciones, registros. Quiero nombres. Y reforzad el almacén: si Giovanni quiere guerra, se la daremos.

La reunión terminó. Los demás se fueron, pero Marco se quedó. Me esperó junto a la ventana, donde el sol proyectaba tonos dorados sobre mi rostro recién expuesto.

Él alzó una mano y, sin pedir permiso, me rozó la mejilla.

—Tu rostro es aún mejor de lo que imaginaba —murmuró.

Me tensé, pero no me aparté. El contacto era electricidad pura, un cable pelado recorriéndome el cuerpo. Podía sentir el calor de su palma, la rugosidad de sus dedos contra mi piel desnuda de barba.

—No digas esas cosas —susurré, con el corazón martilleándome las costillas.

Elena irrumpió con un carraspeo exagerado.

—Giovanni estará en la fiesta de los Benedetti esta noche —anunció—. Supongo que quiere una coartada.

Sonreí con frialdad y tomé a mi hermana de los hombros.

—Pues le haremos pagar su propio teatro. Porque tengo a la mejor hacker de Italia.

La villa Benedetti era un palacio de mármol con columnas dóricas que custodiaban la entrada, mientras querubines de piedra escupían agua en fuentes que habían visto más sangre que vino. Allí se reunían las familias de Nápoles disfrazadas de aristocracia, ocultando pistolas bajo smokings y cuchillos entre vestidos de seda.

Llegué puntual. Traje gris oscuro y la barba postiza de nuevo en su sitio. La decisión me había costado horas frente al espejo,

pero la prudencia ganó sobre la tentación. Alessandro Rosetti tenía que seguir vivo, al menos por ahora.

Marco apareció minutos después, un guerrero vestido de smoking. La camisa abierta un botón de más mostraba el principio de su pecho marcado, detalle que provocó suspiros entre varias mujeres. Pero la peor de todas estaba colgada del brazo de Marco: Tatiana Benedetti, la rubia letal, piernas largas, sonrisa de víbora y un escote que parecía un acantilado.

Sentí que el estómago se me cerraba. Qué injusto que yo tuviera que esconder mi cuerpo bajo camisas masculinas mientras otras desplegaban toda su artillería de forma obscena hacia el hombre al que amaba.

Tatiana le sirvió champán a Marco. Él sonrió, pero sus ojos me buscaron entre la multitud y me lanzó un guiño descarado.

La copa me tembló en la mano. Bebí de un trago para que no se notara. El alcohol me quemó la garganta, pero no tanto como los celos que me carcomían por dentro.

Por si mi humor no fuera lo suficientemente malo ya, Giovanni Torretti entró en la sala con una expresión repugnante de arrogancia.

Sus ojos me encontraron de inmediato con la precisión de un depredador oliendo sangre.

—Alessandro —dijo, alzando su copa—. Qué placer verte.

Apreté los dientes.

—¿Qué pasa? —insistió Giovanni, con esa voz aceitosa que odiaba de niña—. Te noto tenso.

El brillo en sus ojos era puro veneno: creía que no sabía lo del ataque al puerto. ¿Significaba que el topo no le había informado? ¿O que lo estaba usando como carnada?

—Me cuesta relajarme cuando nado entre pirañas —repliqué, chocando mi copa contra la suya.

—Yo me veo más como un tiburón —contestó Giovanni con una sonrisa cruel. Se inclinó hacia mí para susurrarme el resto al oído—. Incluso así, todavía podemos oler la sangre a kilómetros.

Me tensé y mi estómago se encogió de asco. Tenía la regla esa noche y por un instante de paranoia creí que ese hijo de puta

perverso se refería a eso. Que lo sabía de algún modo.

Tras otra carcajada para celebrar mi reacción visceral, Giovanni se alejó para estrechar la mano del jefe de los Bianchi.

Me tragué el resto de mi copa de golpe, e inmediatamente cogí otra de la bandeja de un camarero que pasaba por allí. Aun sentía la mano de Giovanni en mi hombro, como un fantasma maligno.

Cuando me llevé una tercera copa a los labios, el sabor del vino se transformó de pronto en otro. En sol. En polvo de tierra toscana. En miedo y recuerdos enterrados.

Un viñedo, un vestido blanco, yo con ocho años corriendo junto a mi hermano. Giovanni apoyado en un pilar, su mano soltando el lazo de mi falda, esa mirada sucia que aún hoy me perseguía. Y mi padre, apareciendo a tiempo, como un dios furioso, salvándome de algo que nunca llegó a nombrar.

El sabor del vino se me volvió polvo cuando bebí más para intentar ahogar el recuerdo.

Desde el otro extremo del salón, vi a Tatiana acariciarle el pecho a Marco, pegándose como una garrapata. Y él lo permitía. Peor aún: la rodeó con un brazo, sabiendo que estaba mirando.

La furia me atravesó como un rayo. Caminé hasta ellos.

—Tatiana —dije con voz helada—. Tienes algo en la oreja.

La rubia parpadeó.

—¿Qué?

En un movimiento fluido, saqué la pistola y disparé. El pendiente de Tatiana voló en pedazos, diamantes cayendo como lluvia sobre el mármol. El salón se congeló, los gritos de Tatiana rompiendo el silencio. Marco la sujetó antes de que cayera, pero sus ojos estaban fijos en mí, con una mezcla de shock y fascinación brillando en ellos.

—Se te iba a caer —expliqué con calma helada—. Ya sabes, con tanto movimiento de cabeza.

Tatiana, blanca como la porcelana, se llevó la mano a la oreja.

—¿Estás loco?

—Parecía pesado —respondí, encogiéndome de hombros.

Después me giré y me encaminé a la terraza, dejando un murmullo de asombro y miedo a mi paso.

Marco soltó a Tatiana y me siguió, abriéndose paso entre los invitados.

—¿Te has vuelto loco? —siseó cuando estuvimos solos, la música de la fiesta amortiguada por las cortinas de la terraza—. ¡Podrías haberla matado!

Me giré hacia él, mis ojos verdes debían arder bajo la luz de la luna.

—Oh, lo siento... ¿Te he jodido el polvo de esta noche? —espeté.

Marco echó una breve mirada hacia las puertas que comunicaban con la casa para ver si había alguien. Después me agarró por la cintura y me empujó hacia las sombras de los árboles.

—Estás celoso, Ale —gruñó, su voz cargada de triunfo—. Jodidamente celoso.

Intenté empujarlo, pero él me sostuvo con fuerza, sin lastimar pero sin ceder.

—Eres un idiota. Tatiana está comprometida con Vincenzo Ferrari. Vas a meternos en una maldita disputa con ellos.

Marco soltó una risa seca.

—¿Por hablar con ella? —se indignó—. Es mucho mejor dispararle a la cabeza, ¿verdad, Ale? Más diplomático.

Cerré la boca porque se me habían acabado las excusas.

—Estabais haciendo algo más que hablar, ¿no crees? —gruñí, apartando las manos de Marco con brusquedad—. Ferrari no está aquí esta noche, pero algún amigo suyo probablemente sí.

—Admite por qué disparaste —exigió él, dando otro paso hasta que nuestras narices prácticamente se tocaban.

—Porque esa zorra estaba a punto de follarte en mitad del salón—chillé, mi respiración agitada—. Iba a meternos en un lío y ya tenemos suficientes.

—No. Disparaste porque me quieres para ti —dijo él, en un ronroneo—. Igual que yo te quiero para mí.

El silencio entre nosotros vibró, cargado de emociones contenidas por demasiado tiempo. Pero el olor del perfume de

Tatiana en la ropa de Marco me devolvió el cabreo.

Le empujé con rabia

—La próxima vez dejaré que te ahoguen entre tetas falsas y que luego te meta un tiro entre las cejas el que las ha pagado.

Me dirigí hacia la casa mientras Marco se carcajeaba a mi espalda.

—Tengo otra pregunta, jefe —le escuché decir desde las sombras de los árboles— ¿Puedes explicarme cómo te ha vuelto a crecer la barba desde esta mañana?

Capítulo 8

El olor de la consulta de la doctora Carmen Castellano se me quedaba pegado en la garganta cada vez que cruzaba esa puerta: una mezcla imposible de lavanda y antiséptico. Me hacía consciente de algo que en la calle podía ignorar: lo frágil que era mi existencia y lo precario de ese disfraz que llevaba pegado a la piel.

Las paredes estaban forradas de diplomas y certificados, enmarcados. Medicina interna, cirugía menor, endocrinología. Reconocimientos que proclaman una vida dedicada a coser heridas, detener hemorragias y guardar secretos. Porque eso era Carmen: un refugio silencioso para los que, como yo, no podían arriesgarse a pisar un hospital sin quedar fichados o expuestos.

La luz blanca de la lámpara del techo me arañaba los ojos. Sentada en la camilla con la camisa medio desabotonada, me dejaba manipular como un muñeco. El binder negro me comprimía el pecho, elástico y cruel, una prisión que había aprendido a soportar. El frío metálico de los electrodos me erizaba la piel cuando Carmen los colocaba con movimientos rápidos y expertos.

—No me mires así, Carmen —intenté bromear, aunque la sonrisa apenas me tocaba los labios—. Sigo respirando. Eso tiene que contar para algo, ¿no?

—Apenas —replicó la doctora sin levantar la vista, ajustando la vía en mi brazo con un gesto automático. Sus dedos eran firmes, seguros, nunca dudando de nada.

Aparté la mirada hacia el cuadro de la pared: un paisaje de Sierra Nevada cubierta de nieve, su lugar de origen.

—Tus análisis no mienten —continuó Carmen, sin darme respiro—. La testosterona está cayendo en picado. Tus niveles de estrógeno se disparan.

Me removí incómoda en la camilla.

—¿Y qué significa eso?

Carmen levantó la vista un segundo, con la expresión de quien ya sabe que el paciente no quería escuchar la respuesta.

—Significa que tu cuerpo está reclamando lo que le quitaste. Y eso tiene consecuencias.

—¿Como qué? —pregunté, aunque ya intuía la dirección de la conversación.

La doctora enarcó una ceja, divertida por mi resistencia.

—Como que estás más sensible. Irritable. Vulnerable. Y sí, más... —se detuvo, calibrando las palabras—. Alterada.

Solté una carcajada amarga.

—¿Alterada? Suena a diagnóstico psiquiátrico.

—O a algo más básico: tus hormonas están tomando las riendas.

Apreté los labios. No quería admitir lo que rondaba en mi cabeza, pero las palabras se me escaparon.

—¿Eso puede hacer que esté...? —me interrumpí, tragando saliva. Era ridículo. Una jefa de clan incapaz de formular una pregunta sobre sexo.

Carmen se cruzó de brazos, paciente.

—¿Que estés qué?

Inspiré hondo, y bajé la voz.

—Más interesada en el sexo opuesto.

Lo solté de golpe. Y para mi horror, noté que me sonrojaba como una colegiala.

Carmen arqueó una ceja, y en la comisura de sus labios apareció una sonrisa que no llegó a florecer del todo.

—Tu cuerpo está en guerra contigo, querida. Las hormonas no entienden de planes, de identidades ni de supervivencia.

Ladeé la cabeza y suelté una risa ronca, amarga.

—Perfecto. Se lo diré a Marco la próxima vez que intente arrancarle la cabeza a alguien. Seguro que le tranquiliza pensar que son solo mis hormonas.

Su nombre cayó en la sala como una piedra en un estanque en calma.

Carmen giró la silla y se dejó caer sobre ella. La hizo girar lentamente, calibrando sus palabras con cuidado. Finalmente se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas.

—¿Quieres hablar de él? ¿O seguimos fingiendo que esto es solo un chequeo rutinario? —preguntó, analizándose con detenimiento—. Porque tengo tiempo, Valentina. Y créeme: he escuchado historias más jodidas que la tuya.

El silencio que siguió se llenó con el zumbido del fluorescente. Apoyé la cabeza contra la pared fría. Cerré los ojos, intentando contener la marea que siempre amenazaba con desbordarme cuando Marco entraba en la ecuación.

—No puedo permitirme decirle la verdad ahora —murmuré finalmente—. Pero es lo único que deseo. Es una tortura estar tan cerca de él y no poder...

La frase se ahogó en mi propia garganta.

Carmen inclinó la cabeza, los ojos oscuros fijos en mí con compasión dura.

—Tal vez él ya lo sabe.

Abrí los ojos, fulminándola con la mirada.

—No lo sabe.

—¿Por qué no? —insistió la doctora, sin apartarse—. Tal vez decírselo no te vuelva tan vulnerable como crees.

—No me hagas esto —susurré, con un temblor que no me gustaba reconocer en mi voz—. No me des esperanza. Es un lujo que no puedo permitirme.

Carmen no parpadeó.

—¿Por qué no puedes permitirte? —su tono firme subió—. Llevas años interpretando a Alessandro, negándote a ti misma. ¿Cuánto más crees que puedes aguantar antes de romperte del todo?

Las palabras atravesaron mi coraza. Sentí que el binder me apretaba más fuerte, como si también él se rebelara, como si mi propio cuerpo quisiera sacudirse la prisión que le había impuesto.

Me incorporé, abotonándome la camisa con manos torpes. Cada botón cerrado era como un muro, un ladrillo en la muralla que construía a mi alrededor.

—Envía los resultados cuando estén listos —ordené, buscando en mi voz la firmeza que se me escapaba—. Y no me hagas más preguntas que no puedo contestar.

Carmen suspiró, cansada, pero asintió.

—Una semana. Eso tardarán.

Se inclinó hacia atrás en la silla, sus ojos aún fijos en mí.

—Pero piénsalo, Valentina. No puedes huir de ti misma para siempre.

La frase me acompañó mientras salía al pasillo, más pesada que cualquier herida y más peligrosa que cualquier enemigo.

Capítulo 9

El sol me golpeó como un puñetazo cuando salí de la clínica. Pero no es la luz lo que me cortó el aliento, sino él.

Marco estaba apoyado contra su Ducati Panigale negra, una visión de peligro envuelta en elegancia brutal. Su camiseta azul marino se ajustaba a sus hombros anchos como una segunda piel, los vaqueros oscuros marcaban cada línea de su cuerpo escultural, y las botas de combate le daban un aire irresistible de soldado urbano. El viento le revolvía el pelo oscuro, y esa sonrisa ladeada era más de lo que podía resistir sin hacer el ridículo.

—¿Vas a secuestrarme en plena luz del día? —bromeé, intentando ocultar el vuelco en mi estómago—. Audaz, incluso para ti.

—Algo así —respondió él, lanzándome un casco negro mate que atrapé por instinto—. Sube. Tenemos que hablar.

—¿No podías esperar a que llegara a casa?

—No.

Dudé, buscando trampas en su expresión, pero solo encontré una determinación que me intrigó y me excitó a partes iguales. Me puse el casco y me subí detrás de él, rodeando su cintura con los brazos. El calor de su cuerpo bajo la camiseta era sólido, real, y el corazón me traicionó, destrozando mi fachada de calma con un latido desbocado.

Me mantuve lo suficientemente erguida para no presionar mis pechos contra su espalda, aunque mi cuerpo me gritaba que me pegase más, que aprovecharse cada segundo de contacto.

La Ducati rugió, llevándonos por la preciosa costa amalfitana y sus curvas. El viento arrancó mis tensiones, reemplazándolas por

una libertad que no recordaba haber sentido en años. Marco conducía como si hubiera nacido sobre una moto, inclinándose en las curvas para desafiar a la gravedad con una elegancia letal. Era una danza, y me dejé llevar por primera vez en mucho tiempo.

Tras media hora, Marco tomó un sendero oculto entre pinos y arbustos, apenas visible. El camino desembocaba en una cala pequeña, un milagro de arena dorada y agua turquesa encerrado entre acantilados blancos. No había turistas, ni hoteles, solo el Mediterráneo en su forma más pura.

—¿Cómo encontraste este lugar? —pregunté, quitándome el casco, el viento marino alborotándome el cabello.

—Mi madre —dijo Marco, su voz suave cargada de nostalgia—. Me traía aquí de crío. Decía que era nuestro refugio, donde podíamos ser quien nos diera la gana.

Se bajó de la moto y se detuvo frente a mí. Ladeó la cabeza, estudiándome con una intensidad que me desnudaba.

—¿Estás enfermo?

—No, era un chequeo rutinario.

Asintió, sin parecer tragárselo del todo.

—Anoche te hice una pregunta —soltó de golpe.

Me quedé muy quieta, casi petrificada.

—No me mires así, lo he pillado. No soy tan idiota como parezco.

Mi corazón se disparó. No estaba preparada para eso.

Inspiré hondo y respondí con toda la calma que pude reunir:

—Tengo un problema hormonal. —Las palabras eran verdad, aunque no toda la verdad—. Me cuesta producir ciertos andrógenos, así que la barba... es postiza. Me ayuda a mantener cierta imagen. Evita que la gente se haga preguntas. Tú incluido.

Marco me miró en silencio durante unos segundos que parecieron eternos.

—¿Y por qué te la quitaste por la mañana? —preguntó con suavidad, sin juicio.

Sostuve su mirada sin parpadear.

—Porque tú la odias. Y por un momento... quise que me vieras como soy de verdad.

Marco bajó la vista, exhaló despacio y negó con la cabeza. Luego se acercó un paso, los dedos rozándome el mentón con una caricia que me electrificó.

—No me gusta la barba, es verdad. Pero me gustas tú. Con ella. Sin ella. Me gustarías incluso con una puta bolsa en la cabeza.

Me quedé boquiabierta, el corazón latiéndome más rápido de lo que había ido la moto.

—Sabía que había algo —murmuró Marco, pensativo—. Tu feminidad es... exuberante. Se te escapa por los poros.

Aparté la mirada, tragando el nudo que me subía por la garganta. No podía permitirme el lujo de decirle toda la verdad. Aún no.

—Gracias —dije simplemente.

Marco sonrió de medio lado, esa sonrisa que derretía acero y hacía que las bragas se volvieran un estorbo.

—Cualquier otro hombre me hubiera dado un puñetazo por llamarlo femenino —comentó divertido, observándome con curiosidad.

Sin ceremonia, se quitó la camiseta. Su torso era una escultura de fuerza y supervivencia: hombros anchos, abdominales definidos, cicatrices que narraban una vida de violencia. Una línea de navaja en las costillas, quemaduras en el hombro, marcas de bala como constelaciones, y tatuajes que tenían la suerte de lamer su piel por zonas donde mis manos soñaban con perderse.

Luego dejó caer los vaqueros. Se quedó en bóxers negros que no dejan absolutamente nada a la imaginación. Su cuerpo era un equilibrio perfecto de poder y gracia, una invitación al pecado.

—Yo también he fantaseado con que me veas —dijo, la voz ronca—. Pero ni en mis fantasías más retorcidas me mirabas con esa cara.

Tuve que girarme hacia el mar porque las mejillas me ardieron como brasas.

—Demasiado tarde —le escuché reír a mi espalda—. Ya he visto lo que piensas de mi cuerpo.

—Tu ego no cabe en esta cala —gruñí, aún dándole la espalda.

Marco se carcajeó y corrió hacia la orilla como un dios pagano.

—Ven —me llamó desde el agua, sumergido hasta la cintura, el sol creando un halo dorado a su alrededor—. Te hará bien.

—No me gusta el agua —mentí, sentándome en la arena caliente—. Siempre me ha dado miedo.

Marco nadó hasta la orilla, emergiendo como un puto dios marino, el agua goteando por su piel bronceada. Se agachó frente a mí, los ojos oscuros brillando.

—No tendrás miedo conmigo, Ale —dijo, pronunciando mi nombre prestado con una ternura que me deshizo por dentro—. Te lo prometo.

Lo miré, el corazón latiéndome más fuerte que las olas.

—No es solo el agua —confesé, en un murmullo—. Mi cuerpo... no me gusta mostrarlo.

Era lo más cerca que había estado de la verdad sin revelarla del todo. Marco se sentó a mi lado, el agua salada goteando sobre la arena.

—Mírame —ordenó, la voz suave pero firme.

Obedecí, perdiéndome en el abismo de sus ojos.

—Eres perfecto —aseguró él, cada palabra un misil directo a mi corazón—. Eres jodidamente perfecto para mí.

Sentí el mundo detenerse. Por un instante, no era Alessandro, ni el capo, ni la superviviente. Solo era yo, y él me veía de verdad.

Entonces Marco se inclinó.

No dijo nada. No pidió permiso. Solo acercó su rostro al mío, despacio, como si esperara que me apartase.

Pero no lo hice.

Nuestros labios se rozaron, primero como una duda, luego como una afirmación salvaje. Un beso cálido y exigente, sin dulzura ni delicadeza. Era deseo puro, tensión acumulada rompiéndose en un punto exacto de calor y vértigo. La mano de Marco se deslizó por mi cintura, firme, atrayéndome con su fuerza desmesurada que tantas veces me había salvado.

Respondí con la misma hambre, con años de necesidad concentrados en mis labios.

Durante unos segundos benditos no existió la duda, el género o la guerra. Solo nuestras bocas, nuestro aliento compartido, el pulso desbocado y la arena colándose entre mis dedos como el tiempo que se nos escapaba.

Cuando nos separamos, estábamos jadeando como si hubiéramos corrido una maratón.

Bajé la vista al instante, el pelo desordenado ocultando parte de mi rostro.

—Esto ha sido una mala idea —murmuré, sin nada de convicción.

Marco se pasó la mano por la nuca, intentando recomponer su respiración.

—Sí —coincidió con la voz ronca.

Se levantó de golpe y fue hacia el agua para hundirse en las olas como si no planeara volver a tierra nunca más.

Me recosté en la arena, tratando de recuperar el control de mi cuerpo que se había vuelto loco. Le observé nadar con una gracia que contrasta con su envergadura.

Permaneció en el agua casi veinte minutos. Cuando al fin volvió, evitó mi mirada concienzudamente.

—El golpe frustrado al almacén —dijo, sentándose a mi lado, pero manteniendo distancia—. Giovanni debe estar cabreado. Eso lo hace impredecible.

Asentí, la realidad se coló en nuestro refugio como agua helada.

—Y confirma que hay un topo. Alguien muy cercano.

Marco me estudió, el rostro endureciéndose.

—¿Qué relación tenías con Giovanni de niño? —preguntó.

Tragué saliva, los recuerdos destruyendo todo lo que el beso me había hecho sentir.

—Era un monstruo disfrazado de amigo —dije, la voz temblando—. Venía a casa, traía regalos, actuaba como un tío. Pero su mirada... Valentina le tenía miedo. Una vez, cuando tenía ocho años, le deshizo el lazo del vestido. Mi padre lo vio, la sacó de allí y nos dijo que nunca estuviéramos a solas con él. Creo que sabía lo que era, pero no podía probarlo sin desatar una guerra.

Marco apretó los puños y los nudillos se le pusieron blancos.

—Hijo de la gran puta —masculló—. Debería estar muerto y enterrado.

—Y lo estará —aseguré con convicción—. Tenemos que hacerlo de una forma que no nos meta en líos con las otras familias y nuestros socios, pero Giovanni tiene que morir.

Marco asintió y con nuestras miradas firmamos un pacto de sangre.

—¿Y tú? —pregunté tras cinco minutos observando el oleaje juntos. Nunca me había atrevido a indagar mucho en su vida porque trataba de mantener mis sentimientos a raya—. ¿Qué te metió en este mundo?

Marco suspiró, mirando el horizonte.

—Mi madre era lavandera en los barrios bajos. Me crió sola, trabajando hasta reventarse. Nunca conocí a mi padre. A los catorce, una banda quiso reclutarme. Me negué, y ellos... la mataron. La dejaron en un callejón como si no valiera una mierda —la voz se le volvió acero templado—. Juré que nunca más sería víctima. Me hice fuerte, frío, letal.

—No eres frío, Marco —susurré. Eso trajo el recuerdo del beso a la memoria de ambos como una bofetada.

Marco apartó la mirada.

—Me temo que no —murmuró, pareciendo lamentarse de algo.

Tal vez un beso con esa estúpida barba rozándole la piel había sido suficiente para devolverle la cordura y enfriar su pasión.

No podía culparle, pero eso no hacía que me doliera menos la idea de repugnarle, aunque fuera por mi disfraz.

El silencio nos envolvió, roto solo por las olas. Por un instante, no éramos jefe y soldado, sino dos almas jodidas que se reconocían.

—Seamos gente normal, solo por hoy —propuse—. Hablemos de gilipolleces, como si no tuviéramos enemigos esperando para cortarnos el cuello.

Y lo hicimos. Durante dos horas hablamos de sueños imposibles: Marco confesó su amor por los documentales de vida

salvaje; yo, mi deseo de tocar el piano, hablamos de manías y miedos. Pequeños placeres que nos hacían felices. Nuestras películas favoritas. El sol se hundió, pintando el cielo de naranja y rosa, y nuestro refugio comenzó a desvanecerse como un espejismo.

—Tenemos que volver —dije, sacudiéndome la arena.

—Lo sé —respondió él, pero no se movió de primeras.

El viaje de regreso fue silencioso pero cómodo, cargado de una nueva comprensión. Pero al llegar a la mansión, Elena nos esperaba con una expresión grave que no presagiaba nada bueno.

—Tenemos un problema gordo —dijo, tendiéndonos un teléfono.

Lo tomé con el ceño fruncido. En la pantalla aparecía un grupo de mensajes en el chat cifrado de uno de los círculos cercanos de los Benedetti, reenviado a Elena por un contacto de confianza. Todos hablan de lo mismo:

"¿Habéis visto cómo Rosetti le voló el pendiente a Tatiana? Dicen que fue por celos."

"¿Marco Santangelo y Alessandro? Tiene sentido. Siempre tan cerca."

"Rosetti se lo tira, seguro. Nunca ha tenido novia."

"Ahora todo encaja. Marco rechazó a dos strippers en la fiesta de Navidad. Está ocupado con su jefe..."

Sentí una punzada de vértigo, como si me hubieran vaciado el estómago con una excavadora.

—Mierda —susurré, pasando el dedo por los mensajes—. Es peor de lo que pensaba.

—Amelia me ha dicho que uno de los Torette fue el que inició el rumor. Ella misma le escuchó hablar de ello en la fiesta —explicó Elena.

Marco, que se había asomado por encima de mi hombro para leer, soltó un bufido.

—Que les jodan, que digan lo que les salga de los cojones.

Elena alzó una ceja.

—No subestimes el poder de los rumores, Marco. En nuestro mundo, la percepción lo es todo. Si creen que estáis liados, se abre

una grieta de debilidad en la familia Rosetti. Y Giovanni lo va a explotar. Te lo garantizo.

Tragué saliva, mi mente funcionando a mil por hora.

—Tenemos que cortar esto antes de que se extienda más.

Elena asiente.

—¿Y cómo propones hacerlo? ¿Negarlo públicamente? ¿Mandar un comunicado de prensa? —El tono era mitad burla, mitad preocupación sincera.

Cerré los ojos un segundo. Todavía sentía el sabor de los labios de Marco en los míos, el calor de su cuerpo. Negarlo sería otra mentira más en mi colección.

—No lo sé —dije al fin, con un tono mucho más humano que el de Alessandro Rosetti—. Pero si no lo paramos, nos costará más que reputación. Puede costarnos aliados.

Elena guardó silencio, pero su mirada lo decía todo.

Marco, en cambio, sonrió, ladeando la cabeza con esa expresión peligrosa que tanto me excitaba.

—¿Y si dejamos que piensen lo que quieran? —propuso, el tono cargado de intención mientras se acercaba a mí—. Si van a hablar, que tengan algo de lo que hablar de verdad.

Lo fulminé con la mirada, pero no pude evitar que el estremecimiento me recorriera la columna como una descarga eléctrica.

Porque una parte de mí, la parte que ardía por él... no estaba del todo en contra.

—Esto va en serio, Santángelo —le advertí, cabreada. Si Marco hubiera tenido un poco más de paciencia—. Esto era justo lo que quería evitar.

Marco frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—No fui yo el que disparó a alguien en una fiesta por acercarse demasiado —gruñió.

—Sí, Ale, la verdad es que eso se te fue de las manos —concordó Elena, aunque una parte de ella parecía divertida con mi locura pasional.

Suspiré, derrotada.

—Teneis razón, es culpa mía —murmuré a regañadientes—. Y ahora vamos a tener que hacer algo más que acercarnos a otros en una fiesta.

La expresión de Marco se endureció como granito.

—¿Qué coño quieres decir?

—No nos queda otra que calmar estos rumores de alguna forma —razoné. Después me giré hacia Elena—. Para empezar, difundamos algún otro motivo por el que yo podría haber disparado a Tatiana que no sean los celos, obviamente.

—Claro... —murmuró Marco con un tono marcado de sarcasmo.

—En realidad, los celos están bien —intervino Elena, pensativa—. Podemos decir que siempre te ha gustado Tatiana y que te jodió verla con tu segundo.

Marco soltó una risa seca y sacudió la cabeza.

—No es mala idea —admití—. Me traerá problemas con Ferrari, pero supongo que un enemigo es mejor que la etiqueta de "maricón" para un capo de la mafia.

—Esto es ridículo —se quejó Marco.

—Y no acaba aquí. Vamos a tener que mostrarnos en público con otros... intereses amorosos —proseguí, observando su reacción de cerca.

—Ale... —Marco dió un paso hacia mí con una expresión de súplica que me derriñó.

Di dos pasos hacia atrás.

—Y trata de mantener una distancia profesional a partir de ahora, Santángelo —le ordené, usando el tono autoritario que conocían bien mis hombres.

Marco apretó tanto los dientes que me pareció escucharlos rechinar, pero acabó por bajar la cabeza. Al fin y al cabo, era un buen soldado.

—Lo que tú digas, jefe.

Pero había algo en su voz, una promesa oscura, que me decía que esa conversación estaba muy lejos de haber terminado.

Capítulo 10

Tatiana Benedetti era una bomba de relojería vestida de Gucci. Su fascinación por Alessandro Rosetti no nacía del amor, sino de una atracción magnética hacia el peligro y las personalidades volátiles. El cóctel de poder y locura la había cautivado desde que le volara el pendiente en la fiesta de los Benedetti. Sobre todo, cuando se corrió el rumor de que lo había hecho porque me gustaba Tatiana desde hacía tiempo.

Así que fue fácil que aceptara la cita que le había propuesto en la romántica ciudad de Venecia.

Me tuve que tragar el orgullo y la incomodidad que me quema el pecho. Una vez más dejé de lado mi verdadera naturaleza por el bien de la familia. La maniobra estratégica de mantener a Tatiana cerca podía desviar sospechas y fortalecer alianzas. Pero cada paso hacia Venecia se sentía como una traición a mí misma.

Elena tampoco ayudaba.

—Voy por protocolo, obviamente —había dicho, cerrando su maleta con una sonrisa desafiante—. Para asegurarme de que Marco no estrangule a Tatiana con su propio tanga cuando te ponga la mano encima.

Marco, en cambio, no dijo ni una sola palabra. Subió al jet privado con su chaqueta de cuero y una expresión de funeral, los ojos oscuros clavados en un punto invisible. Su silencio era más elocuente que cualquier puto grito.

—¿Por qué esa cara? —pregunté, ajustándome la barba postiza mientras el jet despegaba—. Pareces un guardaespaldas cabreado.

—Eso es exactamente lo que soy —respondió él, sin mirarme.

El viaje en el taxi acuático por el Gran Canal fue un ejercicio de tensión contenida. Tatiana, estaba sentada junto a mí, y no paraba de hablar, cada frase cargada de insinuaciones que habrían hecho sonrojar a una prostituta. Marco, en el asiento trasero, mascullaba respuestas sarcásticas que solo Elena captaba, aunque podía escuchar la risa de mi hermana.

Tatiana se inclinó hacia mí, su vestido negro dejando poco a la imaginación.

—Venecia es tan... romántica —ronroneó, rozando el borde de su copa de prosecco—. Es como una mujer que ha vivido demasiado, pero sigue siendo irresistible.

Sus ojos se clavaron en mí, y la mano que me rozó el muslo bajo la mesa es cualquier cosa menos sutil.

Marco, desde el fondo, suelta un bufido.

—En realidad, apesta a mierda —murmuró lo suficientemente alto como para que todos en el barco lo escucharan.

Después de pasar por el hotel brevemente, cenamos con vistas al canal donde las luces de Venecia danzaban sobre el agua como diamantes.

Tatiana llegó con un vestido rojo y escotado. Yo, como Alessandro, llevaba un traje negro, la camisa abierta hasta el tercer botón, el cabello peinado hacia atrás y la barba postiza perfectamente colocada. La imagen de un capo sofisticado, peligroso e inalcanzable.

—Nunca he salido con alguien como tú, Alessandro —dijo Tatiana, la pierna rozándome por debajo de la mesa—. Me haces sentir como si fuera la única mujer en el mundo.

Sus dedos subieron por mi muslo, un movimiento audaz que me obligó a cogerle la mano antes de que llegara a territorio peligroso.

Elena alzó su copa en un brindis improvisado para disimular.

—Por los amores que no matan... pero joden vivo —dijo, burlona.

Tatiana rio, segura de que se refería al disparo al pendiente motivado por los celos.

—¿Vosotros dos estáis liados? —preguntó, mientras cortaba un trozo de ternera de su plato de saltimbocca, mirando a Marco y Elena.

Marco se atragantó con el vino, tosiendo con una incomodidad que apenas disimula.

—Nos han pillado, amor —sonrió Elena, dándole una palmada en la espalda.

—Bueno, no era muy difícil de suponer —respondió Tatiana con una sonrisilla de autosuficiencia—. Un hombre atractivo, una mujer bella, trabajando juntos día a día. Además, la haces reír, Marco. Eso es tan importante.

Elena se carcajeó, sabiendo que se reía más de la situación que de las bromas de Marco. No obstante, intercambié la mirada entre ambos. Esa duda me había jodido durante mucho tiempo. Marco y Elena trabajaban juntos, a solas, en ocasiones. Los dos eran ridículamente atractivos y Elena era libre de mostrar su feminidad y ponerse guapa a todas horas. Me enfermaba la idea de que surgiera algo entre ellos.

—Cuando Stefan Torette dijo que había algo entre Alessandro y Marco me reí de él —continuó Tatiana, colocando su mano sobre la mía—. Es evidente que ambos sois machos de los de toda la vida.

Fuerzo una sonrisa. Eso confirmaba que el rumor lo habían iniciado los Torette a propósito para hacerme parecer más débil.

Intercambié una mirada con Elena, tomando nota de esa información. Los ojos de Marco, sin embargo, oscuros como la noche veneciana, estaban clavados en la mano de Tatiana. Y por la forma en la que apretaba los dientes parecía contenerse para no clavarle un tenedor.

—Los Torette van a por nosotros —comenté para reforzar mi coartada—. Están detrás de nuestra zona del puerto.

—Pero esa zona ha sido de los Rosetti desde los tiempos de tu padre —protestó Tatiana.

Me encogí de hombros.

—Voy a decirle a papá que no invite a los Torette a nuestras fiestas nunca más.

Ese comentario me ganó una sonrisa genuina por parte de Tatiana y le tomé la mano para besarle los dedos.

—Cuando te he visto con ese vestido esta noche, casi llamo a un médico —murmuré—. Creí que me estaba dando un infarto.

Tatiana, encantada con el cumplido, rio más alto que el resoplido de Marco.

—Es Venecia —ronroneó Tatiana, inclinándose hacia mí hasta que su aliento me rozó la oreja—. Todo aquí respira química.

Le guiñé un ojo, pero de pronto noté algo que me dejó sin aliento. Una mano, por debajo de la mesa, del lado de Marco. Por el tamaño y el calor que desprende no me quedaban dudas de que era la suya.

Marco deslizó la mano por mi muslo, ocasionando que el corazón me diera tal vuelco que creí que tendría que llamar a un médico de verdad.

Un calor intenso me subió por el pecho y tuve que carraspear y concentrarme en mantener un rostro impassible mientras Tatiana parlotea sobre sus lugares favoritos de la ciudad.

Cuando la mano de mi segundo al mando ascendió tanto que llegó cerca de un punto muy peligroso, tuve que apartársela, ocasionando un golpe bajo la mesa que hizo tintinear la vajilla como campanas.

Tatiana alzó las cejas extrañada y Elena se apresuró a distraernos a todos.

—¿Más vino? —ofreció Elena, llenando las copas con desesperación.

El punto de quiebre llegó cuando Tatiana susurró con los labios rozándome el oído:

—Saltemos el postre y vayamos a tu suite.

Marco se levantó de golpe, derribando su silla. La copa de Tatiana cayó, el vino tinto manchando su vestido como sangre.

—Perdón —dijo él, sin una pizca de arrepentimiento—. Me ha parecido ver a alguien con una pistola.

—¡Este vestido cuesta más que tu puta vida! —chilló Tatiana, el restaurante entero girándose a mirar.

Elena se carcajeó sin disimulo. Yo, atrapada entre la vergüenza y una chispa de diversión, intenté recuperarme del incendio que la mano de Marco había provocado entre mis piernas. Y eso que no me había llegado a tocar allí. Pero ahora que sentía el fantasma de su tacto cálido, no podía dejar de imaginar cómo sería notarlo en esa parte de mi cuerpo.

—Estoy seguro de que Alessandro te comprará otro —la calmó Marco—. Es muy... generoso con sus conquistas. Y por lo que he escuchado... un amante muy satisfactorio.

Abrí la boca para responder, pero Marco ya se alejaba.

—Voy por servilletas —masculló, la espalda tensa como un arco.

Tatiana, limpiándose el vestido, sonrió con malicia.

—Tu guardaespaldas está celoso, Alessandro. Al final va a resultar que Torette tenía razón...

Contuve las ganas de abofetear a la mujer. En lugar de eso, me incliné hacia su silla.

—Deja que te demuestre lo equivocado que estaba —ronroneé, antes de atraer su cara hacia mí y besarla con todo el ahínco que pude reunir.

Cuando me aparté, Tatiana tenía la expresión de alguien que había sido golpeada por un rayo y le había gustado la experiencia.

—Alessandro —gimió con los labios hinchados—. Nadie jamás me había besado así.

No me sorprendía el buen resultado. Una no engañaba a toda una ciudad durante años sin ser una actriz excelente.

Fascinada por el beso, Tatiana prácticamente se colgó de mi brazo y después levantó la mirada hacia Marco, que tenía el respaldo de su silla tan apretado que se le pusieron blancos los nudillos.

—Tranquilo, soldado, no me importa compartir —le sugirió, provocativa. Incluso tuvo la audacia de echarle un vistazo a Elena—. Y por supuesto, no vamos a dejar a una belleza como tú fuera. Podemos divertirnos mucho los cuatro.

—Elena es mi hermana —traté de mantener el tono ligero y no mostrar lo asqueada que estaba con toda esa situación.

—De acuerdo, entonces solo tú, yo y tu perro —susurró Tatiana contra el lóbulo de mi oreja—. No me importa que juguéis entre vosotros también. Soy una tumba.

Me estremecí, deseando que esa última afirmación fuera verdad en un sentido más literal.

Capítulo 11

El ambiente cambió cuando salimos del restaurante. Los callejones de Venecia eran estrechos y húmedos, y de noche daban una impresión totalmente diferente. Mágica y peligrosa.

Caminé de la mano de Tatiana, tratando de prestar atención a su incesante charla, o al menos fingir que lo hacía. Había urdido un plan con Elena, que me seguía de cerca unos cuantos pasos por detrás con Marco, para evitar llegar a la parte en la que... bueno, mis atributos femeninos quedarían expuestos. Se suponía que íbamos a fingir algún tipo de emergencia.

No hizo falta.

Vincenzo Ferrari solucionó el problema sin saberlo. Era un capo menor con fama de ser muy volátil y bastante idiota. Nos esperaba borracho y furioso, flanqueado por tres matones en una esquina que conectaba dos calles.

—¡Rosetti, cabrón! —rugió, levantando un revólver tembloroso—. ¡Creíste que podías joderme y salirte con la tuya!

Marco actuó por instinto, empujándome al suelo justo cuando una bala silbaba sobre nuestras cabezas, incrustándose en el ladrillo. Elena sacó su pistola, y el callejón estalló en un caos de disparos y gritos. Los transeúntes huyeron, las ventanas se iluminaron, y la noche se volvió un campo de batalla.

Marco y yo aprovechamos un hueco en el tiroteo, corriendo por un callejón lateral. Nuestros pasos resonaban en la piedra mojada, el aire frío quemándonos los pulmones. Esquivamos góndolas amarradas, saltamos escalones resbaladizos, hasta que encontramos una sin gondolero, meciéndose en el canal como un refugio.

—¡Por aquí! —gritó Marco, tirando de mi brazo.

Subimos a la góndola y el bote se balanceó bajo nuestro peso.

—Tú rema —ordené, sacando mi pistola para cubrirnos. Él era más fuerte, yo tenía mejor puntería.

Marco agarró el remo largo y la góndola se deslizó por el canal, la luna reflejándose en el agua como un camino de plata.

El silencio nos envolvió, roto solo por el chapoteo del remo y nuestras respiraciones agitadas.

—Los hemos perdido —comenté.

—Sabía que ese capullo de Ferrari vendría a por ti —masculó Marco, sin dejar de remar.

—¿Sabes adónde vas? —pregunté, con una expresión divertida.

Marco sonrió también.

—No, pero siempre he querido hacer esto.

—¿Robar una góndola?

—Navegar por los canales a mi aire —concretó él—. Supongo que robarla era una parte inevitable.

Reí y me recosté en el asiento, disfrutando de las vistas. Las paredes derruidas, adornadas por las luces cálidas de las farolas. La belleza de una ciudad única en su especie. Pero sobre todo él. Marco se había quitado la chaqueta de cuero. La camiseta dejaba a la vista sus magníficos brazos, los músculos bajo la fina tela resaltando con la fuerza de remar.

Nuestros ojos conectaron y un cosquilleo cálido me recorrió el vientre extendiéndose por todos los puntos de mi cuerpo.

Estábamos solos, en uno de los lugares más románticos del mundo. El peligro nos había unido, pero ahora, en la intimidad de la góndola, la tensión entre nosotros era una corriente eléctrica que podría electrocutarnos.

—¿Crees que Elena está bien? —pregunté, la voz temblándome.

—Elena puede manejar a cualquiera —respondió él, los ojos fijos en mí, oscuros y ardientes—. Y Ferrari nos seguía a nosotros.

El silencio se volvió, denso, cargado de deseo.

—¿Te gusta? —no puede evitarlo. Llevaba años queriendo preguntárselo. Sabía por mi hermana que nada había ocurrido entre ellos, pero también sabía que era Elena la que mantenía la distancia, intuyendo que me gustaba.

Marco paró de remar, dejando que la góndola flotara.

—¿El qué?

—Mi hermana —respondí sin rodeos.

Marco abrió los ojos un poco más, sorprendido.

—Lo he deseado muchas veces —acabó por confesar en un tono más íntimo.

—¿A Elena? —inquierí sin aliento.

—No, que fuera ella la que me gustara —explicó él—. Hubiera sido lo lógico. Es guapa e inteligente. Digna de admirar.

—¿Pero...? —lo incité desesperada por escuchar un "pero".

—Pero el universo es cruel y ha decidido joderme de la peor manera —gruñó él—. Es el hermano de la chica que debería gustarme el que me tiene dando vueltas en la cama por las noches, el que hace que mi piel reaccione con su sola proximidad, el que atormenta mis pensamientos con sus labios. Y lo más jodido de todo es que ni siquiera me gustan los hombres.

Tragué saliva embelesada por la intensidad de su mirada.

—Te lo juro por mi madre muerta. Nunca jamás he tenido ni un mínimo interés en ningún hombre. Eres tú.

Su mano rozó mi mejilla, los dedos cálidos contra la barba postiza.

—Estás haciendo locuras últimamente —le dije sin aliento.

—Deberías haber dejado que me largara, si no te gusta.

—Y tú no deberías haberte lanzado cuando Ferrari me ha disparado. No eres mi puto guardaespaldas. Te has jugado la vida, pero ese no es tu trabajo.

—Esto no es por el trabajo, Ale. Y lo sabes —declaró él, sacudiendo mi mundo—. Te amo con toda mi alma. Si tú no estuvieras, yo estaría perdido.

Sentí mi corazón latir con fuerza, el deseo y la ternura quemándome como una fiebre.

—Marco... —empecé, pero él me interrumpió, acercándose hasta que nuestros alientos se mezclaron.

—No necesito que me ames igual —susurró—. Pero no me mientas y me digas que no me deseas.

Cerré los ojos, abrumada por la intensidad de su mirada. Los volví a abrir justo cuando la góndola entraba por debajo de un puente.

—Detente aquí —ordené, arrancándome la barba postiza sin cuidado alguno. Me daba igual que el adhesivo me hiera la piel. Me daban igual muchas cosas en esos instantes.

Marco me miró expectante y en seguida utilizó la fórcola del barco para detenerlo bajo la generosa sombra del puente.

—Parece que has hecho eso muchas veces —comenté con una sonrisa, mientras me levantaba de mi asiento para acercarme a él.

—He llevado barcos en Nápoles —respondió él sin aliento—. No es mi primera vez.

Asiento, colocando ambas manos a los lados de las caderas de Marco y acercando mucho nuestros rostros.

—Me temo que esto sí que es mi primera vez —murmuré despacio, deslizando mis ojos por su bellissimo rostro.

—¿A qué te refieres? —inquirió él, observándome con los ojos muy abiertos.

El aire entre nosotros vibró, cargado de promesas peligrosas.

Me derretí contra él, mis manos aferrándose a sus bíceps. Nuestras lenguas se entrelazaron, un duelo de deseo que robaba el aliento, nuestros cuerpos buscando más cercanía en el espacio reducido de la góndola.

Cuando nos separamos, jadeando, Marco apoyó su frente contra la mía.

—Joder —murmuró, la voz temblando—. Nunca te he visto con nadie, pero besas como si practicaras a diario.

—Talento natural —respondí, con una sonrisa satisfecha. Le besé el cuello, saboreando su piel.

Marco gruñó, un sonido gutural salido de su garganta que vibró en todo mi cuerpo como una descarga.

—Tu talento natural va a matarme, Ale —le escuché murmurar.

—No me llames así —susurré—. No esta noche.

Él asintió, los ojos buscando los míos en la penumbra.

—¿Cómo, entonces?

Dudé, al borde de confesar mi verdad. Pero en lugar de palabras, elegí acción. Mis manos, temblorosas pero decididas, bajaron por el pecho de Marco, sintiendo los músculos tensos bajo la camiseta.

—Solo bésame otra vez —susurré.

Marco obedeció, los labios reclamándome con una urgencia que me hizo derretir. Sus manos exploraron mi espalda baja, memorizando cada curva a través del traje, mientras me perdía en el calor de su cuerpo. La góndola se meció suavemente, el agua lamiendo los costados como un cómplice silencioso.

Sentí el deseo crecer, una marea que no podía contener. Mis dedos encontraron el cinturón de Marco, desabrochándolo con una mezcla de torpeza y determinación. Él se tensó, la respiración entrecortada, pero no me detuvo. Sus ojos, oscuros como el canal bajo la luna, me miraron con una mezcla de asombro y hambre.

—Jefe... —murmuró, usando el título en vista de que le había prohibido mi nombre.

No dije nada. En cambio, le empujé el pecho para que se pusiera cómodo. Después me incliné, mis labios rozando el borde de su cintura, el aroma de su piel embriagándome.

Con un movimiento lento, deliberado, bajé los bóxers de Marco, revelando la evidencia de su deseo, dura y palpitante. El aire fresco de la noche contrastaba con el calor de su cuerpo, y noté un estremecimiento recorrerme.

Mis labios encontraron su piel, un roce suave al principio, explorando con una reverencia que contrastaba con la urgencia que nos consumía. Marco dejó escapar un gemido bajo, las manos enredándose en mi cabello, cuidadoso de no presionar, dejándome liderar. Lo tomé en mi boca, la lengua trazando caminos que lo hicieron temblar, cada movimiento un acto de posesión y entrega.

El sabor de él, salado y cálido, fue una droga que me envolvió, borrando el mundo más allá de la góndola.

Marco jadeó con la voz rota por el placer.

—Joder... no hagas esto si no... si no lo sientes. —Pero sus palabras se perdieron en un gemido cuando intensifiqué el ritmo y puse las manos firmes en sus muslos, guiándolo hacia un borde que ninguno quería evitar.

La góndola se meció con más fuerza, el agua susurrando secretos que Venecia guardaría para siempre. Me perdí en la sensación, en el poder de tenerlo a mi merced, en la conexión que iba más allá de lo físico. Cada movimiento era una declaración, una promesa de que, al menos esta noche, no había máscaras entre nosotros.

Cuando Marco alcanzó el clímax, su cuerpo se tensó, un gruñido profundo escapando de su garganta mientras sus manos se aferraban a los bordes de la góndola. Lo acompañé hasta el final, la respiración agitada mezclándose con la suya, el mundo reducido a ese momento de vulnerabilidad compartida.

Me aparté lentamente, limpiándome los labios con el dorso de la mano y mis ojos encontraron los suyos en la penumbra.

Marco me miró como si fuera una diosa, el pecho subiendo y bajando con fuerza.

—Eres... —empiezó, pero las palabras le fallaron. En cambio, me atrajo hacia él, besándome con una ternura que contrastó con la intensidad de lo que acabamos de compartir.

—No digas nada —susurré contra sus labios—. Solo... disfrutemos de este momento de libertad.

La góndola siguió su curso, deslizándose por los canales silenciosos, mientras la luna nos observa desde arriba. Pero ambos sabíamos que ese momento, esa conexión, era un lujo robado.

La mañana traería de vuelta a Alessandro, a la guerra, a los secretos que aún no había confesado. Pero esa noche, en la góndola, Marco y yo fuimos intocables, dos almas perdidas en un mar de deseo, reclamándonos mutuamente en un mundo que no nos permitía amar.

Cuando finalmente regresamos al hotel, Elena nos esperaba en el vestíbulo con una expresión que mezclaba alivio y diversión.

—Ferrari está en el hospital —informó—. Tatiana está en su habitación, borracha y furiosa.

Marco y yo intercambiamos una mirada cómplice.

—Perfecto —murmuré.

La noche había salido mucho mejor de lo que esperaba.



Capítulo 12

La mansión Rosetti se había convertido en mi particular campo de minas emocional. Después de aquella noche en Venecia, me había vuelto una experta en el arte de esquivar a Marco. Lo evitaba en la cocina inventándome reuniones urgentes, en el gimnasio fingiendo emergencias, en la biblioteca escondida tras tratados militares que jamás pensaba leer. Mis hombres empezaban a sospechar que su capo había desarrollado una fobia social repentina.

Ahora, refugiada en los establos, cepillaba a Gladiatore, el semental negro de papá. El caballo, con su respiración profunda, calmaba la tormenta que llevaba dentro. Su pelaje brillaba bajo el sol que se colaba por las ventanas, y su olor me transportaba lejos de los recuerdos que me atormentaban.

—Eres el único que no me jode la vida —murmuré, pasando el cepillo por su cuello musculoso.

Gladiatore resopló, como si me llevara la contraria.

—¿Así que aquí está el capo perdido?

Esa voz grave a mis espaldas me hizo cerrar los ojos, maldiciendo para mis adentros.

Marco.

Su presencia llenó el establo como una descarga eléctrica. Sin girarme, supe que estaba apoyado en el marco de la puerta, seguramente con esa sonrisa perezosa que me provocaba cortocircuitos.

—¿Estamos en guerra o jugando al escondite? —continuó, su voz cargada de diversión y algo de mosqueo—. Llevas tres días esquivándome como si tuviera la peste.

—No es verdad, es que he estado liado —respondí, concentrándome en el cepillo como si fuera una operación a corazón abierto.

—Ya veo lo ocupado que estás ahora mismo —replicó con un sarcasmo que cortaba.

—Es importante revisar que cuidan bien de los caballos. Son patrimonio de la familia.

Marco se rio, un sonido grave que me resonó en el pecho.

—¿Patrimonio? Le hablas a Gladiatore como si fuera tu psicólogo y a mí me evitas desde Venecia. Creí que después de... lo que pasó, dejarías de huir.

Se me tensaron los hombros. Los recuerdos de la góndola, sus labios, su piel, el calor de su cuerpo, me quemaban por dentro.

—No estoy huyendo —mentí, con la voz más aguda de lo normal—. Mantengo la distancia profesional. La jerarquía importa.

—¿Jerarquía? —repitió, acercándose.

En dos pasos silenciosos estuvo detrás de mí, sus manos apoyándose en la pared de madera a ambos lados, atrapándome contra la cuadra. Su calor era abrumador y su aroma, cuero, colonia y puro Marco, una droga que me nublaba los sentidos.

—Lo que quiero es darte un jodido beso de buenos días sin tener que perseguir al capo por toda Nápoles.

Cerré los ojos, luchando contra las ganas de girarme. Si lo hacía, nuestros cuerpos se rozarían, y sabía que no podría resistirme.

—Marco, no...

—¿No qué? —susurró, su aliento rozándome el cuello y mandando escalofríos por mi columna—. ¿No puedo tocarte? ¿No puedo admitir que desde Venecia no pienso en otra cosa que no seas tú?

Sus palabras fueron un golpe directo que deshizo toda mi armadura. El establo, con su olor a heno y tierra húmeda, se redujo al espacio entre nosotros, al latido desbocado de mi corazón.

—Eres una distracción —murmuré de forma apenas audible—. Un riesgo.

—Todo lo es en nuestro mundo —dijo, su nariz rozando la piel bajo mi oreja, un gesto tan íntimo que me hizo temblar—. Pero esto... esto es simple. No puedes besar a un hombre así, hacerle tocar el cielo y luego pretender que se olvide.

Antes de que pudiera responder, pasos apresurados crujieron en la gravilla.

—¡Jefe! ¡Alessandro! —gritó Elena—. Rico y Salvatore te necesitan en el despacho. ¡Ahora! ¡Es urgente!

Marco se apartó a regañadientes, pero no sin antes rozar mi mejilla con los labios, un roce que prometía continuación.

—Luego seguimos con esta conversación —murmuró, sus ojos oscuros brillando con desafío antes de salir.

Colgué el cepillo, disimulando el temblor de mis manos.

—Gracias por el rescate —le dije a Elena, que alzó una ceja con sonrisa cómplice.

—De nada —respondió mi hermana, analizando mi cara—. La reunión puede esperar cinco minutos si necesitas... calmarte.

Me miré en el reflejo de la ventana del establo. Mi barba postiza seguía intacta, pero tenía las mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos.

—Perfecto —mascullé sarcástica, ajustándome la camisa.

Salvatore, Rico, Enzo y Marco nos esperaban en mi despacho. El mapa sobre la mesa mostraba el imperio Rosetti, con puntos rojos señalando las zonas bajo amenaza.

—Giovanni está perdiendo terreno —dijo Salvatore, su voz grave señalando el mapa—. Tras el desastre en el almacén de los Chen, tres de sus lugartenientes han desertado. Los Torretti del distrito financiero, los Marchetti del puerto este y, por sorprendente que parezca, los Valdez quieren negociar con nosotros.

—¿Los Valdez? —pregunté, sorprendida—. Son fieles a Giovanni desde siempre.

—El miedo cambia las lealtades —dijo Rico, serio—. Giovanni es un lastre ahora.

Me fijé en que Enzo no miraba el mapa. Tenía los ojos perdidos, tamborileando nervioso con los dedos.

—Enzo, ¿qué opinas de los muelles del sur? —le pregunté, probándolo.

—¿Eh? —balbuceó, parpadeando—. Sí, bien. Lo que tú decidas, jefe.

Rico frunció el ceño.

—¿Estás bien, chaval? —preguntó—. Pareces a punto de saltar por la ventana.

—Perfecto —dijo Enzo, demasiado rápido—. Mala noche, solo eso.

—Rico, coordina con los Valdez —ordené—. Salvatore y Marco, presionad las fronteras. Elena, revisa las comunicaciones. Quiero saber quién habla con quién.

—Alessandro —interrumpió Marco—. Necesito hablar contigo. A solas.

Lo miré, notando cómo se me aceleraba el corazón.

—Después —dije, manteniendo la fachada de jefe.

La reunión terminó, pero Marco, testarudo como una mula, se quedó. Su presencia llenaba el despacho. Elena se apoyó en la ventana fingiendo interés en las vistas, pero tenía las orejas puestas en nosotros.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —gruñó Marco a mi hermana, al ver que no se marchaba como los demás.

—Este despacho tiene unas vistas estupendas —respondió ella con sonrisa irónica.

Marco bufó y se giró hacia mí.

—Dile a tu hermana que se largue —me ronroneó al oído—. Te juro que te lo voy a compensar.

—Ah... —musité, sintiendo cómo se me derretían las entrañas.

Marco rozó su nariz por el lóbulo de la oreja y descendió por mi cuello. Atrapó la piel suave entre sus labios ejerciendo la presión justa para que se me escapara un jadeo.

—Sigo aquí —comentó Elena, aún sin volverse.

—Ya sabes dónde está la puerta —gruñó Marco.

Sus dedos se deslizaron por la parte trasera de mi muslo hasta agarrarme el culo con ambas manos. Solté un respingo muy poco masculino.

—Joder, me vuelves loco —su voz ronca, sus caricias, su aroma... me estaban matando.

—¿No crees que deberías tener una conversación antes de seguir con eso? —sugirió Elena con voz calmada.

Carraspé, logrando salir del hechizo con ese recordatorio.

—Necesito que acompañes a Salvatore —jadeé, poniendo las manos en su pecho. Se suponía que era para apartarlo, pero solo conseguí manosearle los pectorales duros.

—Lo que necesitas es que te quite toda esta ropa —gruñó él, deshaciendo un par de botones de mi camisa.

Elena se rio y Marco se detuvo, tensándose al girar la cabeza hacia ella.

—¿En serio sigues aquí? —le espetó más cabreado de lo que le había visto nunca—. ¿Cuál es tu jodido problema?

—Que esto es demasiado divertido para perdérmele —respondió ella sin una pizca de arrepentimiento.

Aproveché la pausa para dar un paso atrás y alejarme de él.

Marco me miró desesperado y dolido. Si no sintiera la misma desesperación, me habría dado pena.

—Marco, esto es serio —rogué, aclarándome la voz—. Giovanni está ahí fuera, recuperándose, planeando algo más. Tenemos que actuar ya.

Marco suspiró y me echó una última mirada de perro abandonado antes de salir del despacho a regañadientes.

Una vez nos quedamos solas, Elena suspiró dramáticamente.

—Me debes una, en serio —se quejó—. Espero que aclares todo esto antes de que Marco me meta un tiro por culparme de su dolor de huevos.

Me dejé caer en la silla de mi padre, cubriéndome la cara y sintiéndome un desastre.

—Voy a contarle la verdad, Elena.

—¿Cuándo? —Mi hermana se sentó en el escritorio.

—En cuanto Giovanni esté muerto —dije, con voz dura.

Elena iba a responder, pero un disparo seco cortó el aire, seguido de gritos y el rugido de neumáticos.

Corrimos a la ventana, viendo tres coches negros irrumpir en la entrada. Doce hombres armados con rifles de asalto se desplegaron como una plaga. En el centro, Giovanni Toretto, alto y encorvado, salió del coche principal con chaleco antibalas y un rifle en mano.

—¿Qué coño hace? —gritó Elena—. ¿Se ha vuelto loco?

Desenfundé mi pistola, transformándome en una Rosetti lista para la guerra.

—Ese cabrón viene a mi casa... Pues me acaba de dar la excusa perfecta para matarlo —bramé.

Las alarmas resonaron, pasos y órdenes llenando la mansión.

—Elena, defiende el ala este —ordené—. Salvatore, el norte. Rico, el jardín. Yo voy a por Giovanni.

—¿Y Marco? —preguntó Elena, con la pistola lista.

Sonreí, una chispa letal en los ojos.

—Marco viene conmigo. Que vea de qué está hecho su jefe.

Fui directa al patio donde resonaba un caos de disparos. El humo de las armas llenaba el aire, y los hombres de Giovanni avanzaban imparables.

Marco y yo nos movimos como una unidad, cubriéndonos mutuamente con una sincronía nacida de la confianza y la costumbre. Disparé con precisión, derribando a un matón que apuntaba a Marco. Él respondió desviando una granada que rodó hacia nosotros, cubriéndome con su cuerpo por instinto.

—¡Quédate detrás de mí! —gruñó cabezota, disparando a un tipo que intentaba flanquearnos.

—¡Ni hablar! Recuerda que soy tu jefe —repliqué, aunque mi voz tenía un deje de diversión.

Encontramos a Giovanni en el centro del patio, protegido por dos guardaespaldas. Su sonrisa fue pura provocación cuando fijó los ojos sobre mí.

—Alessandro —dijo, su voz cargada de veneno—. ¿O debería decir... Valentina?

El mundo se detuvo. Marco se congeló, con el arma aún levantada, pero me miró con los ojos llenos de confusión.

—¿Qué? —murmuró.

Giovanni se carcajeó.

—¿No se lo has contado, querida? Qué descuido. Tu fiel soldado no sabe que su jefe es una mujer. Qué poético.

Sentí cómo se desvanecía el suelo bajo mis pies.

—Cállate —siseé, apuntándole al pecho.

Pero Giovanni no se detuvo.

—¿No es irónico? El hombre que te ama, que arriesga su vida por ti, no sabe quién eres. ¿Cómo crees que reaccionará ahora que sabe que todo ha sido mentira? ¿Que te has estado riendo de él?

Marco dio un paso hacia mí, con el rostro convertido en una máscara de dolor y traición.

—¿Es verdad? —preguntó, con la voz quebrada.

No podía mirarlo.

—Marco, ahora no.

—¡Dímelo! —exigió, bajando ligeramente el arma.

Giovanni aprovechó la distracción, señalando a sus hombres.

—¡Ahora! ¡Encontrad a Lucía!

Una ráfaga de disparos nos obligó a cubrirnos tras una fuente de mármol. Disparé, derribando a uno de los guardaespaldas, pero Giovanni escapó, subiendo a un coche que aceleró hacia la salida.

—¡Maldita sea! —grité, corriendo detrás él, pero el vehículo ya se perdía en la distancia.

El patio quedó en silencio, solo el eco de los disparos y el olor a pólvora.

Marco me agarró del brazo y me giró hacia él.

—Dime la puta verdad —exigió y sus ojos buscaron dentro de los míos—. ¿Quién eres?

Tragué saliva, el peso de dos años de mentiras aplastándome.

—Soy Valentina Rosetti —confesé, con la voz temblando—. Alessandro era mi hermano y tomé su lugar cuando murió. Lo hice para mantener unida la *famiglia*. Para sobrevivir. Y no me arrepiento.

Marco me miró, su rostro una tormenta de emociones: furia, dolor, amor.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurró.

—Era demasiado arriesgado —dije, con los ojos brillando por las lágrimas que me negaba a derramar en público.

Dio un paso atrás, como si mis palabras fueran un golpe físico.

—Todo este tiempo... —murmuró—. He estado a punto de volverme loco por tu culpa.

Antes de que pudiera responder, Elena apareció jadeando, seguida de Salvatore.

—La casa está a salvo —anunció—. ¿Y Giovanni?

—Ha escapado —dije.

Después miré a Marco, el abismo entre nosotros más ancho que nunca. Giovanni había jugado su carta más letal, y ahora la verdad amenazaba con destruir lo único que me importaba.

—Tenemos que encontrarlo —dije, endureciendo la voz—. Y terminar esto.

Marco asintió, pero su mirada era distante.

—Sí, jefe —dijo, la palabra cargada de un dolor que dolía más que cualquier balazo.

Quería hablar con él, pero el tiempo apremiaba y tenía que mantener la cabeza fría.

—Giovanni dijo algo extraño —comenté a mis hombres de confianza—. Dijo: "Encontrad a Lucía".

—¿Lucía? —dudó Elena.

—Lucía Torette —aclaró Rico—. Debe referirse a su sobrina.

—¿Por qué vendría Giovanni a buscar a su sobrina en mi casa? —Sabía que se me estaba escapando algo. Por muy excéntrico que fuera Giovanni, no se habría atrevido a atacarme en casa sin un motivo.

—Investígalo —le dije a mi hermana. Después me giré hacia Rico y Salvatore—. Quiero ojos en las calles.

Asintieron y se dirigieron hacia la casa.

Cuando me giré para mirar a Marco, ya había desaparecido.

Capítulo 13

El olor a café y bollería recién horneada hizo que mi estómago rugiera, pero no me devolvió el apetito.

—Lucía Toretta ha desaparecido —anunció Elena, bajando la tablet con un gesto que hizo tintinear las tazas—. Hace setenta y dos horas. Sin rastro.

Enzo derramó café hirviendo sobre su mano. El líquido oscuro manchó su manga, y soltó un "¡Mierda!" tan vehemente que todas las miradas se volvieron hacia él.

Estábamos todo el equipo en el Café Il Mare, encaramado en lo alto de Posillipo como un faro de elegancia. La vista de la bahía de Nápoles podría haber apaciguado cualquier alma, pero no la mía.

La terraza, bañada por la luz dorada del amanecer, estaba adornada con bugambilias púrpuras y manteles de lino blanco que ondeaban suavemente con la brisa marina. Pero la tensión en nuestra mesa era una tormenta que ningún paisaje podía disipar.

—¿Te has quemado? —pregunté, alzando una ceja por encima de mis gafas de sol.

—Estoy bien —balbuceó Enzo, soplándose la mano.

Un camarero joven trajo más espressos y cornetti recién horneados. Su sonrisa temblorosa pasó desapercibida para nosotros seis.

Vestidos de negro, con posturas rígidas y armas ocultas bajo chaquetas perfectamente cortadas, los Rosetti no inspirábamos precisamente tranquilidad.

Yo tenía la espalda contra la pared y una vista clara de todas las salidas. Las gafas de sol Persol ocultaban el cansancio de una

noche con apenas noventa minutos de sueño tras el ataque de Giovanni. Mi mente era un puto torbellino.

—El caso es —continuó Elena cuando el camarero se alejó— que Giovanni la busca como loco. Ha puesto precio a cualquier pista. Cree que la tenemos nosotros.

Rico apagó el cigarro, el humo dibujando espirales en el aire.

—Por eso el ataque a la mansión fue tan desesperado. Diez hombres contra nuestras defensas.

—La mansión Rosetti es inexpugnable y él lo sabe —dijo Salvatore—. Giovanni no es idiota, pero actúa como si tuviera motivos para asaltar nuestra casa.

Busqué a Marco con la mirada. Mi segundo al mando se había convertido en una estatua de disciplina militar. Su rostro impassible, sus ojos grises fijos en el mar, no me habían buscado desde la confesión en el patio. El muro entre nosotros, construido con orgullo herido y deseo reprimido, era casi tangible.

Y hacía que me doliera el alma.

—La pregunta es: ¿quién coño tiene a Lucía? —señaló Rico, que compartía un cigarro toscano con Salvatore.

Asentí, con la mente dividida entre la estrategia y el dolor sordo que me provocaba la frialdad de Marco.

La llegada de Tatiana Benedetti rompió el silencio. Subió las escaleras de mármol muy estirada, su conjunto de lino crema abrazando sus curvas con descaro. Ignorando a los demás, se acercó a mí, apoyando una mano manicurada en mi hombro.

—Alessandro, mi amor —ronroneó coqueta—. No me llamaste después de Venecia. Estaba preocupada.

Me quité las gafas y solté un suspiro cargado de agotamiento.

—Tatiana, hemos tenido... complicaciones. Ataques, balas, lo de siempre.

Tatiana sonrió, sus dedos deslizándose por mi brazo en una caricia.

—Podríamos escaparnos —susurró, inclinándose hasta que su perfume invadió mi espacio—. Mi yate en Capri, o esa biblioteca tuya... tan masculina, tan... tuya.

Por primera vez, Marco desvió la mirada del mar y la posó sobre la mano que Tatiana tenía en mi brazo. El aire se espesó.

—Bella Tatiana —dije, apartando su mano con cortesía forzada—, hasta que resuelvas lo de Vincenzo, esto no puede seguir. Tu ex está chalado.

Tatiana frunció los labios, pero acabó por suspirar y despedirse con un beso en mis labios.

Marco volvió a mirar el mar, o eso creí hasta que se escuché el quejido de Tatiana flotar desde abajo. Vi que Marco había vaciado el cenicero de Rico y Salvatore por la barandilla que daba a la escalera.

Elena y yo intercambiamos una sonrisa. Marco podía estar cabreado, pero no había dejado de sentir celos, y me lo tomé como una buena señal.

—Deberíamos volver —dijo Elena, guardando la tablet tras cinco minutos de silencio—. Tengo informantes que contactar.

Al llegar a la mansión, suspiré aliviada de ver que en tan solo unas horas se había convertido en un fuerte en alerta máxima: guardias con chalecos antibalas, rifles visibles, jardines convertidos en zonas de guerra.

—Jefe, ha llegado algo para usted —me informó Riccardo, señalando el recibidor.

Un paquete envuelto en papel marrón esperaba sobre una de las mesas. Intuyendo que podría tratarse de una amenaza, lo llevamos a mi despacho y Elena lo abrió con guantes de látex, revelando unas bragas de encaje blanco manchadas de sangre y una nota en caligrafía elegante:

"Suelta a Lucía Torette o le cuento a Nápoles por dónde sangras realmente, Alessandro."

El silencio fue absoluto, el tic-tac del reloj resonando como un latido. Marco arrancó la nota de las manos de Elena, leyéndola tres veces, sus ojos buscándome con una intensidad que quemaba.

Miré las bragas ensangrentadas, sintiendo cómo mi furia se cristalizaba en hielo.

—Ese hijo de puta se lo va a contar a todo el mundo —murmuré, con los nudillos blancos.

—Tenemos que encontrar a Lucía nosotros mismos —propuso Marco—. Si no la tenemos, alguien más la tiene.

—O tal vez no —dudó Elena, pensativa—. ¿Y si solo están usando su supuesta desaparición para tener una excusa para atacarnos?

Tal vez era una posibilidad de hacernos la guerra directa sin cabrear a las demás familias y sin colgarse la etiqueta de traidor.

—Elena, investiga todo sobre Lucía: rutinas, contactos, amantes. Tiene que estar en alguna parte y la vamos a encontrar —le ordené a mi hermana.

—¿Y si Giovanni aun así revela que eres una mujer? —preguntó Marco, sus ojos buscando los míos.

Por un instante, vi miedo genuino en él. No por la guerra, sino por mí. Ese destello de preocupación me atravesó como una bala.

—Entonces estaremos preparados —dije, aparentando más seguridad de la que sentía realmente—. Prefiero morir luchando que vivir más tiempo escondida.

Marco me sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario, y en ese momento pude ver todo lo que no me había dicho: que le daba igual quien fuera, que seguiría protegiéndome, que esta guerra la íbamos a ganar juntos. Pero también vi el dolor y el sentimiento de traición que aún lo carcomía por dentro.

Y joder si no me dolió más que las propias amenazas de Giovanni.

Capítulo 14

Crucé el patio hacia mi refugio secreto, notando el escozor en el costado por una de las heridas que había sufrido durante el asalto de Giovanni.

Marco me seguía, su presencia en esa parte de la casa era un desafío silencioso. No hablaba, pero no necesitaba hacerlo. Su cuerpo estaba tenso como un arco.

Desde que Giovanni reveló mi secreto la noche anterior, Marco no había dicho ni una palabra sobre mi confesión, pero sus ojos, nublados por una tormenta densa, lo decían todo.

No me giré. No le daría el poder de ver el miedo que se filtraba por las grietas de mi fachada.

Llegué a la puerta de madera camuflada por enredaderas de hiedra, un santuario que nadie había violado. Tecleé un código en un panel oculto, el pitido y el clic del mecanismo rompieron el silencio. Abrí la puerta apenas, deteniéndome en seco.

—¿Adónde vas? —le pregunté, con el tono cargado de autoridad, sin mirarlo.

—A donde vayas tú —respondió Marco, seco.

Giré la cabeza, mi perfil iluminado por el sol del medio día.

—Esto es zona prohibida —le advertí, por si el golpe de la noticia le había ocasionado una amnesia.

—Y ahora, por fin, sé por qué —replicó él, sus ojos oscuros analizando la fachada de la casita con una curiosidad renovada, como si viera por primera vez el lugar que había sido un misterio para todos—. Siempre me he preguntado qué escondías aquí.

—Los cadáveres de los curiosos —respondí, una amenaza disfrazada de broma. Marco, lejos de amilanarse, contuvo una

sonrisa, un destello fugaz que desapareció tan rápido como llegó.

—Márchate —ordené, endureciendo la voz—. Sabes que nadie entra en mi casa.

—Elena, Carmen y Rico lo hacen —protestó, dando un paso hacia la puerta, su postura desafiante con los brazos cruzados sobre el pecho.

Alcé una ceja, sorprendida por su insistencia.

—Los tres saben que soy una mujer.

—Igual que yo —replicó, adelantándose una audacia. Empujó la puerta él mismo y el metal chirrió bajo su fuerza.

Lo observé boquiabierta, incapaz de creer su descaro, y lo seguí al interior, sintiendo una mezcla extraña de emoción, desconfianza y una vulnerabilidad que me ponía en alerta.

La primera zona de la casa era una fachada falsa, un espacio decorado con frialdad funcional, diseñado para dar la impresión de ser la vivienda de un soltero más del mundo criminal. Sillones oscuros, cuadros impersonales, un bar de cristal impecable, todo tan vacío que parecía gritar la mentira de Alessandro. Marco miró alrededor, el ceño fruncido, sus ojos recorriendo cada detalle con una intensidad que me hizo estremecer.

Me reí, un sonido bajo y amargo, al ver su confusión.

—¿Qué esperabas? ¿Sujetadores colgados en los pomos? ¿Pósters de chicos guapos?

—No sabía qué esperar —admitió, dando un par de pasos más, su voz más suave, casi introspectiva—. Pero siempre intuí que escondías un secreto aquí dentro.

Sin decir una palabra, me acerqué a la chimenea de piedra, mis dedos rozando una loseta casi invisible. Presioné, y una palanca se activó con un chasquido sordo, el muro abriéndose para revelar un pasaje oculto.

Marco alzó una ceja, claramente sorprendido, y un destello de curiosidad cruzó su rostro.

Lo miré por encima del hombro, mi corazón latiendo con fuerza.

Cruzamos un pasillo oscuro y abrí la puerta a mi verdadero refugio. El único lugar donde me permitía ser yo misma. Libros

apilados como torres, velas consumidas, una manta de cachemira sobre un sillón gastado, una guitarra vieja pero afinada. El aire llevaba jazmín, tinta, y mi perfume sutil, no el de Alessandro. Fotografías en marcos de plata, vinilos de jazz, cojines bordados a mano, huellas de una vida que había escondido durante años.

Marco entró con reverencia, como si pisara un templo. Sus ojos de soldado registraron todo: el cuaderno de cuero en el escritorio, la caja tallada con iniciales, los poemas que hablaban de soledad y máscaras.

—¿Puedo? —preguntó, su voz un susurro.

Asentí, rendida. Ocultar algo ahora era inútil.

Marco hojeó el cuaderno, mi caligrafía femenina revelando tácticas de guerra y versos de dolor.

—Rico lo sabía, ¿verdad? —preguntó—. Solo Elena y él entran aquí.

Tragué saliva, expuesta.

—Sí.

—¿Te acuestas con él? —gruñó, su tono áspero.

Solté una carcajada incrédula.

—¿En serio? Rico es como un padre para mí. Me crió, me protegió, me enseñó a sobrevivir cuando encontraron a papá muerto en el puerto. No hay nada más que lealtad.

Marco bajó la mirada, avergonzado, pero el alivio suavizó sus rasgos. El silencio se volvió espeso, cargado de emociones crudas.

Me senté en la cama de hierro forjado, notando de nuevo ese escozor que llevaba todo el día tratando de ignorar. Si no lo atendía acabaría por infectarse.

Desabroché mi camisa con dedos precisos, dejando caer la fachada de Alessandro. Uno. Dos. Tres botones. La tela cayó, liberando el binder que llevaba debajo.

Marco se tensó, sus ojos atrapados en la piel a la vista, mis hombros fuertes pero delicados, clavículas marcadas, cicatrices que nunca se irían.

—No deberías... —empezó, pero le falló la voz y tuvo que carraspear.

—No voy a desmayarme si me ves —dije, mi voz cargada de desafío—. ¿Tú sí?

Tomé una de mis camisetas de algodón y la coloqué sobre el respaldo de la silla, preparada para quitarme el binder.

Él se giró, dándome la espalda, como si mirarme fuera a destruir su control.

Respiré hondo, libre por primera vez en años, mi cuerpo revelando la mujer que había negado siempre delante del hombre que lo despertaba, que hacía que me latiera todo en sitios que nunca había podido mostrarle. Empecé a desvestirme lentamente, cada movimiento una danza deliberada, para seducirlo y que sufriera del mismo modo que estaba sufriendo yo. Me puse la camiseta de algodón y unos leggings que abrazaban mis curvas, mi vulnerabilidad expuesta como una ofrenda.

Pero Marco seguía de espaldas y con los puños blancos de tensión.

—Ya estoy vestida, aunque me sorprende que apartes la vista —le dije, tratando de sonar tranquila y confiada, cuando en realidad estaba temblando—. Pensé que querías comprobarlo por ti mismo.

Marco se dio la vuelta entonces y la intensidad de su mirada me borró la sonrisa de la cara.

—No he mirado porque eres mi jefe... jefa ahora, supongo —se corrigió antes de continuar—. Y si te veo sin tu armadura, voy a hacer cosas que se merecen un tiro entre las cejas.

Un cosquilleo acuciante se extendió por mis entrañas. Su mirada era un incendio de llamas blancas, y yo estaba deseando quemarme.

—Y si prometo no dispararte —susurré, acercándome hasta que el calor de nuestros cuerpos chocó— ¿querías hacer esas cosas entonces?

—Querer no significa que vaya a hacerlo —gruñó, y se apartó para ir hacia el pasadizo secreto—. Buenas noches, jefa.

Se me hundieron los hombros mientras lo veía alejarse, sintiendo que el mismo sol me estaba abandonando cuando más frío tenía.

Pero antes de alcanzar la puerta, Marco se detuvo.

—¿Dónde está el botiquín? —preguntó sin volverse.

Fruncí el ceño, desconcertada por el cambio de tono.

—Segundo cajón, bajo el lavabo del baño. A la derecha del vestidor.

Marco asintió una sola vez y desapareció por el pasillo. Volvió minutos después con vendas limpias, gasas y un frasco de antiséptico. No dijo nada. Se limitó a dejarlos con cuidado sobre la mesilla junto a la cama, como si tuviera miedo de tocarme.

Lo observé, entrecerrando los ojos al ver que estaba dejando esas cosas para mí.

—No he mencionado que estoy herida... —dije, cruzando los brazos con lentitud—. ¿Cómo sabías que me molestaba?

Marco me miró por primera vez en varios minutos. Su voz, cuando respondió, fue baja, grave, de esas que se quedan resonando en el pecho.

—Porque resoplas cada vez que respiras hondo, no te has apoyado ese lado del cuerpo desde que nos sentamos a desayunar, y hoy no has tocado tu arma con la izquierda.

Abrí la boca sorprendida.

—¿Cómo puedes saberlo? No me has mirado en todo el día...

—Siempre te estoy mirando —me contradijo.

Sentí que se deshacía el suelo bajo mis pies.

Joder.

La herida dolía, pero él me estaba matando cada vez que abría la boca.

La puerta se cerró detrás de Marco, y me dejé caer en la cama, vibrando como una puta torre de tensión, y jodidamente frustrada.

Capítulo 15

El rugido metálico del jet privado resonaba en mi pecho dentro de la cabina de cuero beige y acero pulido. La tablet en mi regazo destellaba con planos encriptados del puerto de Messina y fragmentos de comunicaciones de los Toretto, obtenidos a costa de dos vidas.

Marco apareció en la puerta del avión con una carpeta militar bajo el brazo. Las ojeras bajo sus ojos oscuros se notaban a pesar del bronceado de su piel. Se detuvo al verme, congelado por un instante de pura electricidad. Porque yo no era Alessandro Rosetti. No había barba postiza, ni vendas conteniendo mi pecho, ni trajes que ocultaran mis caderas. Era yo, devastadoramente yo.

Llevaba un vestido negro de seda italiana que parecía tejido por demonios para tentar a los santos. Se ajustaba a mis curvas como una caricia, hombros desnudos y escote pronunciado. Tenía los labios pintados de rojo y el cabello suelto, en ondas que enmarcaban mi rostro con una feminidad que cortaba el aliento. Era Valentina, sin máscaras, sin armaduras, una reina letal en un mundo de lobos.

Los ojos de Marco recorrieron cada centímetro de mi cuerpo, deteniéndose en el cuello, el escote, las piernas cruzadas. Tragó saliva y apretó la carpeta hasta que se le blanquearon los nudillos.

—¿Vamos a Roma? —preguntó con la voz ronca.

Alcé una ceja.

—Vamos a ver a Gina Morelli —expliqué, sin saber si le había dado tiempo a leer todo el plan—. Paranoica por instinto, rica por herencia y brillante por naturaleza. Dueña de la capital y controla las rutas del Tirreno. Si la convencemos, Giovanni estará jodido.

Mis dedos danzaron sobre la tablet, mostrando imágenes de Gina: una mujer de cincuenta años con ojos de halcón y una sonrisa que había enterrado ejércitos.

—Sin ella, Giovanni no mueve ni un fósforo al norte.

Marco se sentó frente a mí y el jet privado despegó.

—¿Cómo convences a alguien que no se fía ni de su sombra?
—gruñó, haciendo su papel de guardaespaldas escéptico.

Cerré la tablet con un clic.

—Con la verdad —declaré, decidida—. Le diré que he vivido como Alessandro para sobrevivir. Que el perverso de Giovanni amenaza con exponerme. Que, si caigo, damos un paso atrás en la historia.

Tamborileó la carpeta, un tic nervioso que traicionaba su calma.

—¿Y lo de fingir que estamos casados? —espetó—. ¿También es parte de tu verdad? Porque no recuerdo que me hayas pedido la mano.

Le dediqué una sonrisa felina.

—Gina es maniática —expliqué con calma, ocultando lo mucho que necesitaba que él estuviera al cien por cien conmigo—. No se fía de las alianzas... incompletas. Cree que un hombre no muere por su jefe sino por su familia.

Marco procesó mis palabras, una chispa de diversión suavizando su rostro.

—No sé si es ridículo o brillante —murmuró.

—Ambos —sentencié, lanzándole una bolsa de Emporio Armani—. Cámbiate. Necesito un marido convincente, no un soldado gruñón con olor a pólvora.

Marco abrió la bolsa, revelando un traje de diseñador, una alianza de oro blanco, una camisa de seda y un frasco de perfume francés.

—¿Insinúas que no estoy a la altura? —preguntó, fingiendo indignación—. ¿Y que no huelo bien?

—Hueles a ego —dije, guardándome cuánto me gustaba eso de él—. Funciona en Nápoles, pero en Roma necesitamos seducción. Gina debe creer que estás loco por mí.

Marco se levantó y comenzó a desvestirse sin quitarme la vista de encima, en un desafío deliberado.

Intenté concentrarme en los planos, pero mis ojos traicionaron mi voluntad. La chaqueta de cuero cayó, seguida por la camiseta. Cada capa revelaba un cuerpo esculpido: músculos definidos adornados por cicatrices y tatuajes. Un cuervo negro sobre su corazón, alas extendidas. La daga y la serpiente de los Rosetti en la cadera, un juramento de lealtad y venganza. Su abdomen era una obra de disciplina. Me pregunté cuánto tiempo dedicaría cada día a hacer abdominales para estar así.

Se giró y me pilló mirándolo. Nuestros ojos se encontraron, y Marco me dedicó una sonrisa lenta y peligrosa, cargada de triunfo y satisfacción.

—¿Te gusta lo que ves, Rosetti?

Alcé una ceja, fingiendo frialdad.

—Solo comprobaba que sabes abrocharte los pantalones. Sería un desastre llegar a Roma con un marido descuidado.

Marco se rio. Se vistió lentamente, cada movimiento un espectáculo para torturarme. El traje lo transformó en un dios oscuro: la seda resaltaba su piel bronceada, el perfume un velo de sofisticación que no ocultaba su peligro.

Se acercó a mí, tanto que podía oler su piel.

—¿Paso la inspección, señora Rosetti? —susurró, el título falso cargado de intimidación.

—Por los pelos —mentí, mi pulso traicionándome.

—¿Ya huelo mejor? —preguntó en un murmullo grave, mientras sus ojos recorrían mi rostro, deteniéndose en mis labios por una fracción de segundo.

Se me iba a salir el corazón del pecho, hasta él debió escuchar el alboroto, pero no podía admitirlo. Incliné la cabeza y curvé los labios en una sonrisa provocadora.

—No lo noto tan lejos —lo desafié—. Ven aquí.

Marco dudó un instante, un parpadeo en sus ojos que delató su sorpresa, pero luego dio un paso adelante, cerrando la distancia hasta que casi nos rozamos.

Sin romper el contacto visual, extendí una mano, mis dedos enganchando la solapa de su camisa nueva, tirando de él con suavidad pero con firmeza y obligándolo a inclinarse más cerca. Su rostro quedó a centímetros del mío, y me moví hacia adelante. Mi nariz rozó el borde de su cuello, donde el perfume se mezclaba con el calor de su piel, un aroma que era a la vez limpio y peligrosamente familiar. Inspiré lentamente, dejando que mi aliento acariciara su piel, notando cómo su respiración se entrecortó y tembló de forma apenas perceptible.

El silencio en la cabina era denso, roto solo por el rugido lejano de la hélice y el latido acelerado que podía jurar que sentía, aunque no sabía si era el mío o el suyo. Mis dedos seguían aferrando la camisa, el tejido crujiendo bajo mi agarre, y alcé la vista, mis ojos verdes encontrándose con los suyos, tan cerca que podía ver las motas doradas en sus iris. El deseo entre nosotros era un cable vivo, chispeando, listo para incendiarlo todo.

—Ahora hueles a autocontrol a punto de romperse —me burlé.

—Y tú a provocación —gruñó, sus ojos contando cada lunar en mi rostro, cada curva bajo el vestido. Estábamos tan cerca que el aire vibraba, cargado de un deseo que amenazaba con incendiar la cabina.

La voz del piloto rompió el hechizo.

—Abróchense los cinturones.

Marco se apartó de mala gana y colocó la carpeta estratégicamente sobre su entrepierna. Retomé la tablet, con las manos temblando apenas.

Cuarenta minutos más tarde, Roma se alzaba bajo nosotros, ruinas intercaladas con edificios modernos y el río Tíber brillando al amanecer.

Después de una vida actuando, fingiendo ser mi hermano, ser hombre, jefe indiscutible, fue la idea de representar ser la esposa de Marco, tan cercana a lo que deseaba de verdad, la que me parecía un reto.

Nos conocíamos lo suficientemente bien, las costumbres y las manías del otro, como para ser convincentes. Estábamos vestidos

para matar, en todos los sentidos. Pero el verdadero peligro era la tirantez entre nosotros. Y fingir ser marido y mujer por un día sonaba a receta para el caos.

El palazzo de Gina Morelli era una fortaleza de mármol y cristal, sus jardines un laberinto de rosas y fuentes.

—¿Tienes frío? —preguntó Marco, rompiendo el silencio cuando cruzamos las puertas principales.

—No —respondí, sin mirarlo, concentrada en el pasillo que se abría ante nosotros.

—¿Entonces por qué tienes la piel de gallina? —insistió.

Giré el rostro hacia él, sin dejar de caminar, mis ojos verdes encontrándose con los suyos.

—Porque sé que me estás mirando el culo desde hace diez minutos —me quejé—. ¿Quieres fotos?

Marco desvió la mirada y murmuró algo que sonó mucho a "No es mi culpa que ese vestido sea indecente".

Reprimí una sonrisa, pero el calor que inundó mi vientre fue más difícil de ignorar.

Gina nos recibió en un salón de techos altos, vestida de burdeos, su presencia tan imponente como la misma ciudad. Sus ojos nos escanearon, deteniéndose en las alianzas.

—Alessandro Rosetti —saludó Gina, mirando a Marco.

—Mejor llámame Valentina —la corregí de inmediato.

Las cejas de la mujer se alzaron en confusión y vi un brillo de curiosidad en sus ojos.

—Todos me conocen como Alessandro, pero esta es la verdad. Soy Valentina Rosetti, la heredera del imperio Rosetti.

—Esto es... inesperado.

—La verdad es mi oferta —respondí, con determinación—. He vivido como hombre para proteger a mi familia. Giovanni Toretto quiere exponerme. Destruir el imperio que me he ganado durante años solo por ser mujer. Pensé que tú, mejor que nadie, entenderías el reto que supone sobrevivir en un mundo de hombres como este.

Gina alzó una ceja, su mirada deslizándose hacia Marco.

—¿Y tú? —preguntó, ladeando la cabeza, un destello de diversión en sus ojos—. ¿Marido o juguete?

Marco no parpadeó, su postura rígida, los ojos oscuros clavados en Gina con una intensidad que hizo que el aire se volviera más denso.

—Marido —dijo, cada palabra un desafío—. Con licencia para matar a quien la toque.

Gina sonrió, un gesto lento, como si le hubieran contado un chiste particularmente obsceno.

—Me gusta —celebró, girándose hacia mí, su sonrisa ampliándose—. Vamos a ver si ese instinto protector funciona también cuando te vea bailar con otro.

Ladeé la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Qué?

Gina chasqueó los dedos, y un mayordomo elegante se acercó con una bandeja de plata: dos copas de vino tinto y una nota en papel pergamino sellado con cera dorada.

—Esta noche hay una fiesta —señaló—. El evento más elitista de la capital. Estarán todos. El lugar ideal para que consigas aliados nuevos. Si sabes bailar, sabrás negociar.

Tomé la copa, el cristal frío contra mis dedos, y desdoblé la nota, leyendo las instrucciones: una gala en un palacio veneciano, máscaras obligatorias, alianzas en juego. Marco se inclinó ligeramente hacia mí, su aliento rozándome el cuello mientras miraba por encima de mi hombro, la copa aún en su mano.

—¿Quieres que te diga ya que no sé bailar... o fingimos que esto va a salir bien? —murmuró, con un toque de humor seco que me hizo girar la cabeza.

—Tú solo intenta no pisarme —respondí, mis ojos encontrándose con los suyos—. O te disparo en el pie.

Gina rio y aplaudió lentamente.

—Oh, ya me gustáis —dijo, antes de girarse hacia sus guardaespaldas, despidiéndolos con un gesto—. ¿Estáis casados en secreto? Estoy muy interesada en vuestra historia. El capo y su perro, enamorados en secreto. ¡Qué emocionante!

Marco tomó mi mano y entrelazó sus dedos con una naturalidad que me dejó sin aliento.

—Me enamoré de ella incluso antes de saber la verdad. Imagina mi batalla.

Los ojos de Gina se abrieron mucho.

—Sentiste atracción y no entendías por qué —comprendió la mujer, intercambiando la mirada entre ambos. Casi parecía que iba a ir a por palomitas y a exigir todos los detalles.

Marco asintió.

—No creo que pueda explicarte el nivel de tormento que es para un hombre como yo descubrir que ama a su jefe. Un católico heterosexual. Las noches rodando entre mis sábanas, la confusión, los sentimientos contradictorios, la culpa y el miedo.

Contuve el aliento al escuchar de sus propios labios lo que había sufrido por mi causa.

—Supongo que trataste por todos los medios de sofocar esa llama... —entendió Gina.

Marco asintió.

—Pero no era solo atracción contra lo que luchaba. Si lo hubiera sido, tal vez habría vencido. Pero no tuve ni una sola oportunidad contra todas las otras cosas que mi "jefe" me hacía sentir. Admiración, cariño, compatibilidad... Nunca he estado tan a gusto con nadie en mi vida, nunca me ha fascinado tanto escuchar hablar a otra persona, nunca he sentido felicidad solo con ver un rostro por las mañanas.

Sentí mi corazón detenerse, la mentira sonando demasiado real. ¿Podía Marco ser tan buen actor? Nunca me lo había parecido, normalmente vestía sus emociones a flor de piel.

Gina cambió su mirada hacia mí.

—Cuidado, Rosetti. He tenido que trabajar más duro que ningún hombre, he tenido que demostrar el triple que los otros capos para llegar donde estoy, y esto es Roma. Nápoles es otra historia... Todos sabemos que el sur se mueve a su ritmo.

—Lo sé, sé que no será fácil, pero todos me conocen y ya saben de lo que soy capaz. Confío en que con eso y con ganar a

Giovanni sea suficiente.

Gina sonrió satisfecha con mi actitud.

—Entonces esta noche negociaremos.

Asentí y dejé salir todo el aire que llevaba unos instantes conteniendo. Había tomado la decisión correcta al confiar en mi instinto femenino.

Capítulo 16

Gina Morelli tenía negocios legales por toda Roma: restaurantes gourmet, galerías de arte, constructoras que construían poco y, por supuesto, un hotel cinco estrellas con vistas a la Piazza Spagna. Perfecto para justificar ante Hacienda su estilo de vida de emperatriz.

Lo que no había previsto era que nos invitara a hospedarnos allí... y que nos asignara una única habitación. Como buena anfitriona que no cuestiona la pasión de un matrimonio recién descubierto. Una sola cama, una sola llave, y ni una puta excusa para dormir separados.

Marco y yo tendríamos que compartir suite en el momento más jodidamente complicado de nuestra relación "laboral".

La habitación era amplia, pero no lo suficiente para huir del fuego que crepitaba entre nosotros. Una cama *king-size* cubierta de sábanas de seda burdeos dominaba el centro, desafiándonos a ignorar lo obvio. Me quité la daga del muslo y la metí debajo de la almohada, sintiendo su mirada clavada en mis movimientos.

Él hizo lo mismo con sus pistolas, la alianza falsa brillando bajo la luz ámbar. El silencio era una cuerda tensa, a punto de romperse.

—¿Qué lado quieres? —Mi voz sonó más ronca de lo que pretendía.

—No importa, mientras tracemos una frontera imaginaria —respondió seco, aunque sus ojos me devoraban.

—Te romperé la nariz si la cruzas —repliqué, ladeando la cabeza con mi mejor sonrisa peligrosa.

Marco dio un paso hacia mí. Solo uno. Suficiente para que su calor me envolviera como una manta en invierno. Su olor me mareaba: colonia cara mezclada con algo puramente suyo que me descontrolaba.

—Vas a soñar con que la cruzo —murmuró, y su voz grave me encendió por dentro.

Se me agitó el estómago. De la manera más deliciosa posible.

—No eres para tanto, Santangelo —mentí, fingiendo indiferencia mientras por dentro me derretía.

Sonrió de lado, esa sonrisa de cabrón que me ponía a cien, y su mirada se deslizó por mi cuerpo como una caricia.

—¿Eres virgen?

La pregunta me pilló desprevenida.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Se quitó la chaqueta y la tiró sobre la cama sin dejar de mirarme—. Si no te acostabas con Rico y nadie más sabía que eres una chica...

—No es asunto tuyo, pero... —Las mejillas me ardían—. He viajado con Elena a otras partes del mundo. En algunos de esos viajes he sido yo misma y...

—¿Y te tiraste a desconocidos en un hotel? —terminó por mí, frunciendo el ceño con una expresión que no supe descifrar.

—¡No! —protesté, recomponiéndome—. Podría haberlo hecho si hubiera querido, porque soy una mujer adulta y libre.

Marco apretó los dientes al oír eso.

Típico de hombres.

—Pero no fue así. En unas vacaciones en Indonesia conocimos a dos australianos y... bueno, acabamos viajando juntos. Una cosa llevó a la otra y perdí mi virginidad con Richard.

—¿Dónde puedo encontrar a Richard?

—¿Por qué? —pregunté confusa.

—Para pegarle un tiro.

Puse los ojos en blanco.

—Eso fue hace seis años. Ni siquiera nos conocíamos, así que no tienes derecho a ponerte celoso.

Se cruzó de brazos y sus fosas nasales se dilataron.

—¿Y después qué?

—Después vino Alistair. Elena y yo pasamos un mes en las Tierras Altas hace un par de años.

—Lo recuerdo —murmuró, clavándome esa mirada de acero que me desarmaba.

—Alistair era el hijo del dueño del hotel. Hicimos buenas migas.

—Buenas migas... —gruñó, frotándose la boca con los nudillos.

Era jodidamente sexy. Sobre todo, celoso.

—Ya sabes lo que quiero decir. Te he visto con la cara enterrada entre tetas —espeté, recordando aquella noche en el club de los Chen que tanto me había dolido—. Así que dudo que necesites que te lo explique.

No respondió al principio. Se quedó mirándome mientras parecía luchar por mantener la compostura.

—¿Eese cretino escocés fue el último? —exigió saber, como si le debiera algo. Como si estuviéramos casados de verdad.

Me mordí el labio, recordando mi momento de debilidad de hacía diez meses.

—En realidad, no. ¿Te acuerdas de aquel restaurante hindú de Via dei Tribunali?

—¿Al que íbamos cada semana durante meses y luego de repente te negaste a volver?

Asentí, sintiendo una punzada de culpa.

—Un día volví sola, vestida de mujer, y me tiré a nuestro camarero —confesé con las mejillas ardiendo.

Su rostro se petrificó. Vi cómo hacía memoria, cómo procesaba la información.

—¿Aquel niñato? —dijo al fin—. ¿Álvaro?

Asentí. La vena de su frente latía como loca.

—¿Tanto te gustaba como para salir vestida de mujer en tu propia ciudad?

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—No me gustaba tanto, pero tú me estabas volviendo loca con tus miradas largas, tus pestañas negras, tu olor... No podía más.

Álvaro usa tu misma fragancia y es guapo. Así que... Necesitaba una vía de escape, porque sabía que a ti no te podía tener.

—¿Por qué no, Valentina? —gritó, perdiendo los estribos—. ¿Por qué cojones no pudiste sacarme de mi sufrimiento cuando notaste que te miraba más tiempo del necesario, que me quedaba hasta tarde contigo...? ¡Joder, si hasta empecé a sonrojarme delante de ti!

Exhalé profundamente, viéndole quitarse los zapatos con movimientos bruscos.

—Noté que estabas raro, Marco, pero pensé que era porque intuías que estaba colada por ti y te sentías incómodo.

—Ya lo creo que estaba incómodo —murmuró—. Incómodo porque no sabía qué cojones me estaba pasando, porque ya no me quería tirar a nadie y solo soñaba con los malditos labios de mi jefe.

Me dejé caer en la cama a su lado, manteniendo las distancias.

—Lo siento. No creí que sintieras lo mismo hasta que trataste de marcharte, y para entonces la mierda con Giovanni había comenzado y tenía más miedo que nunca de ser descubierta.

Asintió, pero la contundencia del movimiento me dijo que seguía igual de cabreado.

—Voy a ducharme. —Se desabotonó la camisa mientras desaparecía tras la puerta del baño.

Me dejé caer hacia atrás, soltando un suspiro que me arrancó un pedazo de alma.

Saqué la tablet donde los mensajes de Elena destellaban: nombres, rostros, amenazas. Intenté concentrarme, pero el sonido del agua me traicionó. Me imaginé las gotas deslizándose por las cicatrices de Marco, por esos músculos que había admirado en varias ocasiones.

El vapor se filtraba por la rendija de la puerta como una invitación pecaminosa. Cerré los ojos, obligándome a leer.

“Concéntrate, Valentina. Tu vida depende de esto.”

Marco salió con el cabello húmedo pegado a la frente y una toalla colgando peligrosamente baja en las caderas. Nuestros ojos se

encontraron en el espejo. Me quedé sin aliento. Él se detuvo, su cuerpo una escultura viva de fuerza y deseo contenido.

—La información —dije, alzando la tablet como un escudo—. Elena nos ha enviado bastante sobre los asistentes a la fiesta. Es nuestra oportunidad de conseguir nuevas alianzas.

Se acercó y la toalla se movió peligrosamente. Tomó la tablet rozando mis dedos, y ese contacto me electrizó.

—Tenemos trabajo antes de la fiesta, entonces —dijo con esa voz grave que me ponía la piel de gallina.

Asentí, tratando de recomponer mi respiración.

—Pero joder, vístete o no voy a poder concentrarme en nada —rogué.

Al menos con esa confesión patética conseguí que sonriera. Y esa sonrisa me dijo que la noche iba a ser muy, muy larga.

Capítulo 17

El taxi nos dejó a las puertas del Palazzo a las nueve en punto con los deberes hechos.

Sabíamos con quién hablar y qué decir, gracias al informe de Elena. Si no salíamos de allí con al menos un aliado más aparte de Gina Morelli, sería una sorpresa y una decepción para ambos.

El salón donde se celebraba la fiesta estaba repleto de frescos renacentistas, cortinas de terciopelo rojo sangre y suelos de mármol que reflejaban los candelabros como un cielo roto.

Me deslicé entre las sombras, mi vestido verde jade un arma de transparencias calculadas, el cabello corto cayendo en ondas rebeldes. Marco caminaba a mi lado, su traje negro destacaba la línea fuerte de su mandíbula, su cuerpo de guerrero disfrazado de esposo. Nadie sospechaba que nuestro matrimonio era una mentira. Ni que yo deseaba que no lo fuera.

Un camarero me ofreció champán. Lo tomé y di un sorbo, sintiendo las burbujas explotar en mi lengua.

Estábamos en un campo de minas disfrazado de gala.

—Señora Rosetti —dijo una voz con acento coreano.

Gracias a la información de Elena, sabía que el hombre joven que me sonreía con descaro era Kim Jae-woon. El empresario que lavaba dinero para el cartel del Este me tendió una mano.

—¿Me concedería un baile?

Marco me apretó el brazo, un aviso silencioso que me erizó la piel. Me solté, le dediqué una sonrisa inocente a mi "marido" y acepté.

El vals era lento. Jae-woon me guiaba con confianza, hablando de negocios, de Asia, de mi belleza. Le expliqué mi parte

con la confianza de una reina, pero sentía los ojos de Marco clavados desde la barra, un incendio que atravesaba el salón y me quemaba por dentro.

—Tu esposo parece... posesivo —murmuró Jae-woon, acercándose más. Era evidente que le gustaba provocar.

—Mi marido sabe que no soy de nadie —respondí, alzando el mentón. Mi intención era mostrarme fuerte, como debía serlo una líder, pero él pareció interpretarlo de otra forma.

—Me alegra escucharlo —susurró, y sus dedos bajaron a mi espalda baja.

Marco apareció como un puto relámpago. Sin pedir permiso, su mano se deslizó por mi cintura, apartando a Jae-woon con una mezcla de autoridad y brusquedad que me aceleró el pulso.

—Ella no está disponible —gruñó como un perro luchando por su hueso.

Después se giró hacia mí, el brillo en sus ojos fue la única advertencia que me dio antes de besarme.

En realidad, no podía llamarlo beso. Era más una jodida colisión cósmica. Sus labios me reclamaron con una ferocidad que me mareó, su lengua abriéndose paso dentro de mi boca sin pedir permiso. Era como follar con la boca. Su enorme mano me atrajo contra él y frotó mis caderas hasta que pude notar el bulto caliente de su entrepierna endureciéndose contra mí.

Me perdí en él completamente. Mis defensas colapsaron bajo la tormenta de su boca, nuestros cuerpos fundiéndose en un instante que me sacó de la realidad. Cuando nos separamos, jadeando como animales, la gente a nuestro alrededor nos miraba, pero Jae-woon había desaparecido.

—¿Qué cojones ha sido eso? —jadeé, y la única razón por la que no me caí al suelo fue porque Marco me sostuvo de los hombros al verme tambalear.

—Te estaba manoseando —respondió a modo de explicación—. Nadie más te toca esta noche, Rosetti.

—¿No crees que exageras un poco el papel de marido celoso? —susurré, pero no me aparté. Mis ojos lo desafiaron incluso mientras mi cuerpo traicionaba el calor que había encendido.

—No estoy fingiendo —gruñó Marco, y me arrastró al otro lado de la sala.

Me llevó fuera de la pista, su mano firme en mi espalda, guiándome entre lujo y miradas curiosas, hasta uno de los balcones. Su toque me quemaba a través de la tela.

El aire nocturno del jardín olía a jazmín y piedra antigua. Gina Morelli, vestida de negro con una máscara de plumas rojas, sostenía una copa como un cetro.

—Valentina y Marco —nos saludó, alzando la bebida con ese brillo curioso en los ojos. Parecía querer experimentar el amor y la pasión a través de nosotros—. ¿Os ha gustado la suite?

—La cama es muy cómoda —declaró Marco, deliberadamente provocativo. Me dio un beso en el cuello que, a pesar de ser breve, me hizo estremecer hasta los huesos.

—Avisaré al botones esta noche, para que tenga un extintor cerca —bromeó Gina, interpretando la declaración de Marco justo como él había calculado.

—Un extintor no va a ser suficiente, mejor trae a todos los bomberos de Roma —propuso Marco, con una sonrisa traviesa. Se posicionó detrás de mí, como si estuviera allí solo para abrigarme, y su mano se deslizó descaradamente por mi escote.

Jadeé sin esperarme ese atrevimiento por parte de mi guardaespaldas. Una descarga eléctrica me recorrió entera.

Una carcajada baja salió de Gina, que no se había perdido mi reacción.

—Ay, el amor joven... —suspiró—. Me traéis buenos recuerdos.

Después chasqueó los dedos y un camarero apareció portando una bandeja de copas a medio llenar. Gina tomó dos y nos las ofreció.

—¿Cuál es el segundo paso de tu plan? —preguntó, volviendo al tono de los negocios.

Enderecé los hombros. El brazo de Marco rodeando mi cintura me daba fuerzas y me desestabilizaba al mismo tiempo.

—Giovanni va a desaparecer del mapa —aseguré, contundente—. Si me ofreces tus recursos, podrás quedarte con su

parte de Nápoles.

Gina sonrió.

—Déjanos solas un momento —le pidió a Marco.

Mi segundo frunció el ceño, pero asentí y él se alejó de vuelta al salón con pasos lentos, no muy conforme. Pude sentir su resistencia a apartarse de mí.

Una vez nos quedamos solas, Gina chocó su copa contra la mía.

—Querida, es hora de mostrarle al mundo que, aunque los hombres lo hacen girar, nosotras somos la jodida gravedad que lo mantiene todo en su sitio.

Asentí y sellamos el pacto con un apretón de manos suaves y anillos de diamantes.

—No me falles —me advirtió antes de soltarme—. Roma no perdona.

—Yo no fallo —le aseguré—. Puedo perder batallas, pero la guerra será mía.

Un murmullo rompió la tensión y ambas fuimos a ver qué ocurría.

En el patio interior de la planta baja, Marco estaba de rodillas, desarmado, rodeado por tres hombres con pistolas, sus máscaras ocultando sonrisas crueles.

Se me heló la sangre.

—Son de pintura, pero si no los desarmas en treinta segundos, sacarán una de verdad —dijo Gina, ofreciéndome un rifle de francotirador—. Salva a tu marido, *cara mia*, y muéstrame qué corre por esas venas.

El público se agolpó en los balcones, sediento de sangre. Ignoré sus risas, mi mirada fija en Marco.

Él no suplicaba. Confiaba en mí. Me había visto disparar miles de veces, pero lo que no sabía es que verlo en peligro me hacía temblar el pulso como una puta novata.

Tomé el rifle, el metal frío contra mis manos. Me arrodillé, el vestido jade derramándose a mi alrededor. Apunté, el mundo se redujo a la mira, a mi pulso descontrolado y al tiempo que se agotaba.

Bang.

El primero cayó, pintura roja explotando en su pecho.

Bang.

El segundo se tambaleó, azul manchando su muslo.

El tercero usaba a Marco como escudo.

Diez segundos.

Calculé el viento, la distancia, la vida de Marco en mis manos temblorosas.

Bang.

Amarillo floreció en el hombro del hombre justo al sonar el cronómetro. Marco se levantó, intacto, sus ojos fieros devorándome con un orgullo que me llegó hasta el alma. El público aplaudió y Gina alzó su copa.

Devolví el rifle con las manos firmes fruto del entrenamiento al que mi padre me había sometido desde pequeña, pero mi corazón temblaba como un flan.

—¿Y bien? —pregunté a Gina—. ¿Me queda alguna otra prueba por pasar?

—Tienes mi ejército —prometió, y las palabras me sonaron a gloria.

—Gracias —respondí con el mentón alzado.

—No me las des aún, *cara mia*. Aún tienes mucho trabajo por delante y, si fallas, Roma es una buena ciudad para descansar tu cadáver.

Exhalé solo cuando Gina se hubo alejado lo suficiente como para no escucharme.

Un camarero se acercó a mí con una bandeja vacía. Sobre ella, descansaba una tarjeta negra con tinta plateada:

Fontana di Trevi, mañana a la medianoche, o tu verdadero rostro estará en todo Nápoles al día siguiente.

Como única firma había un logo de un dragón azul.

Arrugué la tarjeta, la amenaza cristalizándose en mi pecho como hielo. Sabía que me había arriesgado al venir aquí vestida de

mujer, pero ya no importaba porque Giovanni me había dejado sin elección.

Capítulo 18

Marco cerró la puerta de la suite con un chasquido que resonó entre las paredes doradas. La cama con dosel estaba salpicada de pétalos de rosa, una sátira que parecía reírse de nosotros.

Marco se quitó la chaqueta con un movimiento brusco y la arrojó sobre un sillón. La camisa aún abierta por el beso público en el palazzo no ocultaba la forma en que cuadraba los hombros por la tensión.

Entré tras él, cerrando la puerta con una suavidad que contrastaba con mi tormenta interna. Me descalcé, dejando los tacones junto a la puerta, cada movimiento preciso, contenido, como si temiera que un paso en falso desatara el caos.

—¿Te he salvado el culo esta noche? —le recordé—. Podrías estar un poco menos cabreado a cambio.

Marco se giró hacia mí, sus ojos oscuros ardían y tenía los puños apretados.

—No estoy enfadado —gruñó, tan evidentemente enfadado que tuve que reírme.

La ceja alzada y la expresión de indignación que puso me dijeron que no le complacía mucho que me riera en esos momentos.

—¿Te hace gracia esta situación? —dijo ultrajado.

Asentí aún sonriendo, pero cuando comenzó a desabrocharse la camisa del todo y vi asomar la tersa piel morena sobre unos pectorales y abdominales de acero, se me borró la sonrisa.

Eso pareció apaciguarlo un poco, porque un brillo de satisfacción se instaló en sus ojos. Levantó el mentón, desafiándome a apartar la mirada mientras se desnudaba.

Sabía lo que estaba haciendo. Quería torturarme igual que yo había hecho con él durante tanto tiempo. Quería venganza.

Pues no pensaba ponérselo fácil. Me di media vuelta y caminé hacia el baño.

—Voy a ducharme.

—No he terminado de hablar, Rosetti.

Le ignoré y prácticamente corrí a esconderme, pero no pude cerrar la puerta porque él me siguió.

El baño no era una estancia pequeña, pero Marco era tan grande que lo llenó con su presencia, especialmente porque llevaba el torso al descubierto y tenía el aura peligrosa de una pantera.

—Pero yo sí —masculle, quitándome las joyas despacio y depositándolas encima del lavatorio de mármol. Nuestros ojos se encontraron a través del espejo y traté de sonar autoritaria, aunque temblara por dentro—. Y te sugiero que recuerdes quién es la jefa.

Lejos de amilanarse con mi advertencia, Marco dio un paso adelante y apartó mi mano que trataba de desabrochar una pulsera, para hacerlo él mismo.

Solté una exhalación vergonzosamente obvia en el silencio del baño cuando sus dedos calientes rozaron mi muñeca.

—Hasta los gánsteres tenemos horario laboral y yo ya he terminado mi jornada por hoy —tuvo la osadía de responderme. Alzó una mirada desafiante a mi rostro—. Así que no, ahora mismo no eres mi jefa. Eres la mujer que lleva toda la jodida noche provocándome.

—¿Sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto? —lo reté, porque no podía dejar que asumiera la posición de poder, aun si nos tomábamos este momento como un paréntesis.

Algo peligroso asomó en la mirada de mi segundo al mando. O de mi marido falso. Ya empezaba a confundir las cosas.

—Lo que me merezco hacer es doblarte sobre ese lavabo y follarte hasta que te desmayes —rugió, haciendo que toda mi sangre se me agolpara en la cabeza y me mareara—. Pero no te mereces que te dé tanto placer, así que no voy a hacerlo.

Dicho eso, se dio la vuelta, salió del baño y cerró la puerta tras él.

Me quedé quieta, mirando la superficie y jadeando. Me ardían las mejillas, me temblaban las piernas y tuve que apoyarme en el lavabo cuando una imagen de lo que había sugerido me cruzó por la mente.

Me quité el vestido, que cayó a mis pies como un charco de seda.

La puerta volvió a abrirse de golpe.

—Y por cierto, deja de follarme con la mira... —Marco no terminó. Porque cuando vio que me había quitado el vestido y que solo llevaba bragas de encaje negro, sus ojos se deslizaron lentamente por mi piel expuesta, bebiendo cada detalle de mi columna vertebral, las curvas de mis caderas, la cicatriz en mi muslo que solo él conocía, hasta detenerse en el movimiento de mis pechos desnudos con cada respiración bajo la luz tenue.

El silencio era espeso, cortante. La ducha aún no estaba encendida pero el baño comenzaba a condensarse solo con el calor que emanaba de nosotros.

—Di lo que ibas a decir —susurré, entre el desafío y la súplica.

Marco no pudo hablar. Dio dos zancadas, sus manos atrapando mi rostro con una urgencia que había contenido demasiado tiempo. Me besó como si fuera su última oportunidad, no con rabia, sino con una necesidad que lo consumía. Su boca se estrelló contra la mía, reclamándome, devorándome, su mano en mi nuca manteniéndome cerca, la otra en la curva de mi espalda, atrayéndome hasta que no quedó espacio entre nosotros.

Cuando mis pezones rozaron sus pectorales duros, me volví igual de salvaje. Mis dedos se hundieron en su cabello, mis uñas raspando su cuero cabelludo. No era un beso; era una guerra, una rendición, un incendio que nos consumía.

Cuando nuestras caderas se unieron, Marco gruñó contra mi boca, un sonido primitivo que vibró en su pecho, y yo lo correspondí, frotándome contra él, buscando más y exigiendo todo.

El beso se rompió solo para respirar, nuestras frentes pegadas, nuestros alientos mezclándose en un jadeo tembloroso.

—Valentina... —murmuró, mi nombre en sus labios como una oración. Sus ojos buscaron los míos, preguntando, rogando y temiendo la respuesta—. Acabas de joder todos mis planes de venganza.

Alcé las manos a su pecho, sintiendo el latido salvaje de su corazón bajo la piel. Después las deslicé por sus hombros.

—Deja tu venganza para mañana —susurré, mi voz temblando de deseo—. Esta noche fóllame hasta que me desmaye.

Él gruñó, un sonido que nació en lo más profundo de su alma, y me levantó en brazos con una facilidad que me hizo jadear. Mis piernas se enredaron en su cintura, mi cuerpo encajando contra el suyo como si hubiéramos sido diseñados para esto.

Me llevó al cuarto sin dejar de besarme. No me dejó caer en la cama; me sostuvo, mirándome como si fuera la primera y última mujer en el mundo.

—Eres preciosa —murmuró—. Tan jodidamente hermosa que duele.

Me depositó en la cama con una delicadeza que contrastaba con la urgencia de sus manos. Se arrodilló entre mis piernas, sus dedos trazando un camino lento por mis muslos, subiendo con una reverencia que me hizo temblar.

Besó la curva de mi cuello, sus dientes rozando la piel sensible bajo mi oreja, arrancándome un gemido bajo. Sus manos recorrieron un camino lento por mis costados y se detuvieron justo antes de llegar a mis pechos. Apartó sus manos de mí un momento y casi gruñí de frustración.

Entonces me di cuenta de que tenía una pistola en la mano, que se había sacado de la parte de atrás de su pantalón. La colocó en mi mano y me tomó de la muñeca para apuntarse al pecho.

—Si quieres que pare vas a tener que dispararme —me advirtió.

Sus palabras y la forma en que las había dicho, como si yo lo hubiera vuelto un animal salvaje, incendiaron mis entrañas.

Las manos de Marco se llenaron de mí, conteniendo mis pechos y pellizcando mis pezones con una adoración que era casi

religiosa. Me arqueé bajo él, mis uñas clavándose en sus hombros, mi cuerpo exigiendo más.

Sus labios siguieron el camino de sus dedos, besando cada centímetro de piel expuesta, y cuando su boca atrapó uno de mis pezones, la humedad y el calor me enloquecieron.

—Marco, por favor... —jadeé, mis caderas alzándose, buscando fricción y su calor.

—¿Por favor qué, mi pequeña pesadilla? —murmuró contra mi piel—. Dímelo. Quiero escucharte.

—Te necesito —susurré, mi cuerpo temblando—. Te necesito dentro de mí. Ahora.

Marco gruñó, perdiendo el último hilo de control. Sus pantalones desaparecieron, sus manos quitando mis bragas de encaje con una urgencia que hablaba de meses de deseo reprimido.

Se posicionó sobre mí, sosteniéndose en sus antebrazos, sus ojos fijos en los míos, mientras se alineaba en mi entrada. El momento se estiró, cargado de electricidad, de promesas no dichas.

—¿Por qué siempre tienes que ganar? —dijo, no como una pregunta, sino como una verdad innegable.

—¿Eres mío, entonces?

Marco emitió una risa seca.

—Patéticamente tuyo.

—Pruébalo —lo reté, mis piernas rodeándolo, atrayéndolo más cerca.

Con una lentitud que era tortura y bendición, Marco se hundió en mí. Ambos gemimos, fascinados por la sensación de estar conectados.

Se quedó quieto, dejándome adaptarme, temblando por el esfuerzo de contenerse.

—¿Un poco más? —comprobó.

—¿Estás de broma? ¿No está todo dentro ya?

Marco se carcajeó.

—Soy un tipo grande, cariño, debiste intuirlo.

Me reposicioné de una forma en la que pudiera abrir más las piernas.

—De acuerdo, veamos cómo de grande —dije, alzando las caderas.

Marco se hundió incluso más en mí.

—Dios mío —jadeé, mis uñas marcando su piel cuando comenzó a mover sus caderas dentro y fuera, con una lentitud que me dejó notar cada fricción de forma aislada.

—Vamos —lo incité, tomándolo de las caderas cuando la presión en mi bajo vientre comenzó a crecer.

Marco aceleró y solté un grito que tuvo que escucharse hasta en la recepción.

—Joder... nunca te he visto bailar, no sabía que podías mover las caderas así —aprecié entre jadeos, tratando de seguirle el ritmo.

—Este baile sí lo he practicado —tuvo la audacia de decirme.

Sin pensar, le di una bofetada, motivada por los celos.

Marco me sujetó la muñeca y me miró con los ojos muy abiertos.

—Y yo intentando ser delicado contigo... —gruñó, y colocó el brazo que tenía atrapado por encima de mi cabeza. Hizo lo mismo con el otro y una sola mano le bastó para sujetar mis dos muñecas, dejándome indefensa.

—Me has hecho imaginarte con otras mujeres —traté de explicarme.

—Otras mujeres... —repitió Marco con tono de que había dicho una estupidez. Comenzó a envestirme con más fuerza, abandonando toda delicadeza. La mano que tenía libre se coló entre nuestros cuerpos y dibujó círculos sobre mi clítoris sin ninguna piedad—. No hay nadie más en este jodido mundo para mí, jefa... Pasar tiempo contigo hizo que se volvieran todas borrosas y aburridas, pero desde que he visto tus tetas y has abrazado mi polla con tu maravilloso coño apretado, no queda nadie en la faz del planeta.

No pude más. Sus palabras, la fricción de las arremetidas, las oleadas de placer que nacían desde mi clítoris. Todo se combinó para arrastrarme a un orgasmo imposible de frenar e increíblemente intenso.

—Dios... Marco —grité, sacudida por las intensas descargas casi eléctricas que se extendieron como cables de tensión por todo mi cuerpo. Mi mente fue barrida por un sentimiento de éxtasis que desplazó todo lo demás.

—Joder, Valentina... quería que esto durara —jadeó, acelerando aún más—. Pero me aprietas así...

Marco enterró su rostro en mi cuello, mordisqueando la piel mientras sus caderas se movían con una intensidad que me tenía al borde del abismo.

Alzó una de mis piernas sobre su hombro, cambiando el ángulo hasta que cada embestida era un rayo de placer puro. Sentí la tensión creciendo por segunda vez, ardiente, inevitable. Mis músculos se tensaron, mi respiración se cortó, y cuando Marco me tocó exactamente donde lo necesitaba, presionando con dedos expertos mientras mantenía el ritmo, me rompí. Grité su nombre, mi cuerpo convulsionando en otra oleada de éxtasis que me dejó temblando.

Marco me siguió, su clímax arrancándole un rugido mientras se derramaba dentro de mí, nuestros cuerpos fusionándose en un instante de perfección absoluta.

Nos derrumbamos juntos, temblando, respirando con dificultad, nuestros corazones latiendo al unísono. Marco rodó a un lado, atrayéndome contra su pecho, sus dedos enredándose en mi cabello.

—Chiara me dijo una vez que eras bueno... —comenté con el aliento entrecortado—. Joder, se quedó corta.

—¿Chiara Lombardo? —preguntó acariciándome la espalda despacio y enviando cosquillas placenteras por todo mi cuerpo.

—Sí.

—¿Por eso la despediste?

—Lo siento.

Marco se carcajeó.

—Voy a mejorar —le prometí entonces. No podía evitar pensar en todas las mujeres con mucha más experiencia con las que había estado.

—¿Qué?

—No he hecho esto mucho, pero voy a mejorar con la práctica —le aseguré, con la determinación con la que hacía todo en la vida.

—¿Quieres matarme? —Marco parecía entre horrorizado y divertido.

—Gracias —murmuré entonces. Sabía que lo había dicho para que me sintiera mejor.

Marco apartó su barbilla de mi cabeza y se echó hacia atrás para poder mirar mi rostro.

—Lo digo en serio, Valentina —aseguró, mirándome a los ojos—. Si mejoras en algo vas a matarme.

Me reí encantada de ver la seriedad en sus ojos y que el brillo de la pasión no se había extinguido en absoluto.

—Siento haberte pegado —dije entonces y le di un beso en la barbilla.

—Puedes hacer lo que te dé la jodida gana conmigo, y yo lo disfrutaré todo como un maldito perro obsesionado con su ama.

—Joder, ¿por qué dices esas cosas? —respondí sin aliento. Sentía que me iba a explotar el pecho.

—Porque no pienso callarme nada de lo que se me pasa por la cabeza a partir de ahora. Vas a tener que escuchar todos y cada uno de mis retorcidos pensamientos sobre ti.

Sonreí porque sus amenazas me sonaban a gloria.

El silencio que siguió era cálido, completo, como si hubiéramos encontrado un refugio en medio de la guerra.

Tracé las cicatrices de su pecho, cada marca una historia de batallas compartidas.

—¿Y ahora qué? —murmuré contra su piel.

Marco besó mi coronilla, su voz suave pero firme.

—Ahora me aguantas para siempre.

Alcé la mirada, mis ojos brillando con una vulnerabilidad que nunca había mostrado.

—¿Y si todo se complica más?

Él sonrió, lento, devastador.

—Mi pequeña pesadilla, me da igual ir al infierno. Contigo, vale la pena quemarse.

Y nos quemamos entre las sábanas del hotel, tres veces más antes de que el amanecer llegara para joderlo todo.

Capítulo 19

Me ajusté el abrigo, el frío romano mordiéndome las mejillas hasta que crucé las puertas del hotel.

Debería haber vuelto victoriosa de mi reunión a medianoche por haber conseguido un aliado más, pero me sentía más extorsionada que otra cosa. El Círculo del Este quería aprovecharse de mi momento de debilidad y eso no era un acuerdo entre iguales. Ni una buena forma de empezar una nueva asociación, pero eran momentos desesperados.

Cuando entré en la suite, Marco estaba en el salón, sentado en una butaca de cuero, las piernas abiertas, el torso inclinado sobre informes. Su cabello húmedo de una ducha reciente, la camisa blanca remangada hasta los codos, jodidamente sexy.

Sus ojos, oscuros y afilados, podían arrancar confesiones de un cadáver. No había dormido; las ojeras y la tensión en sus hombros lo delataban. Me había esperado, preocupado, aunque nunca lo admitiría.

—Tienes que ir a buscar a Kim Jae-woon —dije sin rodeos.

Marco alzó la vista lentamente, como si le hubiera pedido saltar a un nido de víboras.

—¿Perdona?

—El Círculo del Este quiere que lo protajamos. Es el precio por su apoyo y contactos en Asia.

Sus ojos se oscurecieron, dejando los informes con un movimiento demasiado controlado.

—¿Has hecho un acuerdo para cuidar de ese cretino engreído? —gruñó.

Arqueeé una ceja, saboreando su reacción.

—No es momento para celos, Marco.

—¿Tengo que quedarme en Roma para custodiarle? —preguntó, su mandíbula tensa.

—No, no está seguro aquí. Nos lo llevamos a Nápoles.

—¿Disculpa? —escupió—. ¿Vas a meter a ese tío en nuestra casa?

Suspiré, segura de que, si el señor Kim no fuera tan atractivo, Marco no estaría montando ese numerito.

—Es la mejor forma de protegerle. —Me quité el abrigo con deliberada lentitud, dejando que el movimiento atrajera su mirada—. No es negociable. Si queremos hacer frente a Giovanni cuando esto explote, necesitamos al Círculo del Este.

Marco se levantó, acercándose con la gracia de un lobo.

—No me gusta —murmuró.

—No te tiene que gustar, solo tienes que obedecer —indiqué, alzando una ceja para desafiarlo a protestar otra vez.

—Yo me encargaré de él.

—No, lo hará Elena.

—¿Elena? —Marco se carcajeó—. Tu hermana no va a hacer de niñera.

—Hará lo que yo le diga —aseguré en tono autoritario—. Se te olvida con quién estás hablando.

Marco se quedó mirándome, con la boca abierta y la punta de la lengua acariciando sus dientes, como si evaluara si responderme o no. Tenía que ponerlo en su sitio y que entendiera de una vez por todas que seguía siendo la jefa. Ser una mujer no cambiaba eso.

—Sí, jefa —respondió entonces, con un brillo en los ojos que delataba todo lo que se estaba callando. Dio varios pasos hacia mí, hasta que casi nos tocamos—. Pero recuerda: tú das las órdenes, y yo decido cómo ejecutarlas.

La tensión sexual crepitó como un cable vivo. Sentí mi pulso acelerarse, pero mantuve mi fachada fría.

—Entonces ejecuta: encuentra al señor Kim y tráelo vivo. —Me giré hacia la mesa, abriendo el mapa de Gina, fingiendo que su mirada no me quemaba.

El silencio vibró, cargado de deseo y frustración.

—Está bien —cedió Marco, su voz ronca—. Pero si intenta algo, lo mato.

—Marco... —le advertí, girándome.

—En defensa propia —añadió con media sonrisa—. Si no toca nada mío, no habrá problemas.

Negué con la cabeza, una sonrisa traicionera curvando mis labios.

—Tráelo intacto. ¿Entiendes? Sin un rasguño, Marco —repetí marcando cada palabra—. Lo necesitamos.

—Lo que necesitas —dijo, acercándose hasta que su calor me envolvió— es recordar que anoche dijiste que eras mía. Y yo no comparto.

Rozó mi mejilla con los nudillos, un gesto tierno que contrastaba con la ferocidad de sus palabras.

—Esta es precisamente la razón por la que no te conté que era una mujer —espeté, apartando su mano—. Te he dado una orden, soldado.

Marco asintió de mala gana y salió de la suite.

Y yo suspiré, preguntándome qué cojones iba a hacer con él.

Capítulo 20

Era mucho pedir tener un poco de paz al volver a casa. Acababa de cruzar el umbral de la puerta cuando Elena salió a mi encuentro con una expresión sombría.

—Tenemos un problema —declaró sin saludar siquiera.

—La clase de bienvenida que me gusta —ironicé, vestida de Alessandro— ¿Qué ocurre?

—Mejor hablamos en mi despacho —respondió Elena y le echó una mirada peculiar a Marco—. Solos tú y yo, Alessandro.

Fruncí el ceño y le hice un gesto de asentimiento a Marco.

—Lleva al señor Kim a su habitación —le indiqué.

Kim Jae-woon paseó la mirada por el patio hasta detenerla en mi casita. Debió deducir que era ahí donde dormiría una mujer que se hacía pasar por un capo de la mafia porque dijo:

—¿No crees que debería alojarme contigo? —tanteó con una sonrisa que formó un hoyuelo sexy en su mejilla—. Para estar más seguro.

Marco colocó la mano sobre la pistola que descansaba en su cinturón.

—¿Quieres que te haga el hoyuelo que te falta en el otro lado? —lo amenazó.

Eso hizo reír al coreano.

Suspiré.

—Jae, te recomiendo que no pongas a prueba la paciencia de mi segundo al mando —le dediqué una mirada de advertencia.

—Uff, disfrazada y dando órdenes así... me pareces muy interesante —respondió Jae, ignorando los consejos—. Podemos jugar a tantas cosas.

—Solo me interesa jugar a mantenerte con vida —concluí—. Eso incluye intentar que mi segundo al mando no te haga más hoyuelos en la cara.

Jae esbozó otra sonrisa traviesa y se inclinó sobre mí para hablarme al oído.

—Pero es tan divertido verle saltar, no me puedo resistir.

—El caso es que su gatillo también salta fácil —le susurré a mi vez.

Jae se carcajeó y Marco nos acribilló con la mirada.

—Vamos, sé bueno y ve a tu cuarto.

—Sí, mamá —respondió y me guiñó un ojo.

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta para que Marco no me viera sonreír.

—¿Quién es? —preguntó Elena en cuanto comenzamos a caminar.

El momento de explicarle a mi hermana que tendría que hacer de niñera de un coreano travieso se aproximaba. Y no me moría de ganas, precisamente.

—Es guapo, ¿no crees? —decidí irme por las ramas.

—No, pero él sí que lo cree.

Me reí, echando la cabeza hacia atrás, pero Elena solo correspondió con una sonrisa fugaz y distraída.

Estaba realmente preocupada.

—¿Qué ocurre? —insistí cuando cerró la puerta de su despacho.

—Tengo una buena noticia y una mala —comenzó, dejándose caer en la silla giratoria que sería la envidia de cualquier *gamer*. Las cuatro pantallas que tenía instaladas en su ordenador arrojaron luces azules sobre su rostro cansado—. La buena es que he encontrado a Lucía. La mala es que Giovanni no mentía, sí que la hemos secuestrado nosotros.

—¿Qué? —la incredulidad me agudizó la voz— ¿De qué estás hablando?

—Lo que escuchas. —Elena giró una de las pantallas hacia mí y clicó el ratón para sacar el ordenador de su estado de hibernación. La pantalla mostró la imagen a tiempo real de una cámara de

seguridad. En un cuarto había una joven esposada a una cama—. Es uno de las habitaciones del ala oeste, y esa es Lucía Torette.

Observé la imagen perpleja durante unos instantes.

—¿Cómo cojones ha llegado hasta ahí?

—Enzo —dijo Elena, respirando hondo.

—¿Enzo ha secuestrado a Lucía? —repetí, incrédula.

Elena asintió y toqueteó el ordenador durante un rato, hasta mostrarme una grabación donde se veía a Enzo en el mismo cuarto ofreciéndole agua a Lucía, mientras ella se la escupía en la cara.

—¿En qué coño estaba pensando al meterla en mi casa? —me enfurecí.

—En que no nos íbamos a enterar —explicó Elena—. Están en la planta baja del ala oeste, la que está desatendida. Manipuló las cámaras para que mostraran la misma grabación vacía durante todo el día, pero encontré el fallo técnico y descubrí lo que está haciendo.

—Joder —mascullé. El secuestro de Lucía le daba la excusa perfecta a Giovanni para atacarme sin represalias por parte de las demás familias—. Voy a matarle.

Saqué mi móvil.

—No llames a Marco —sugirió mi hermana.

—¿Por qué no?

—Enzo es su primo...

—¿No estarás insinuando que Marco es un traidor? —Mi voz salió más aguda de lo que solía permitirme. Dejar de tomar la testosterona empezaba a afectarme.

—Marco lo trajo a esta casa, aunque no sepa que Enzo nos ha traicionado... es su responsabilidad por meter a alguien que no es de confianza —razonó mi hermana.

Suspiré, mientras Elena se ponía de pie y me tomaba del hombro.

—No digo que le acusemos de nada, solo que pienses con detenimiento qué vas a decirle. La información es poder.

Mi hermana tenía razón. No podía dejar que mis sentimientos por él me nublaran la mente, tenía que actuar con la cabeza fría. Medité durante unos instantes y entonces levanté la vista.

—Convoca a Marco a mi despacho en diez minutos —le ordené—. Y envíame esa grabación.

Elena asintió y salí de su despacho preparada para la guerra.

Marco llegó puntual, sin la sonrisa ladeada que había sido su sello desde que nos acostamos, hacía dos noches. Cerró la puerta con un chasquido seco, quedándose de pie, las manos en los bolsillos, su postura un equilibrio entre deferencia y desafío. Sus ojos oscuros me escanearon, sentada tras el escritorio de caoba, el respaldo de cuero negro dándome un aire de reina implacable.

—¿Qué pasa? —fue directo, su voz tenía un deje de diversión—. Si mandas a Elena a buscarme, es que estoy en problemas.

Lo miré seria, sin corresponder la ligereza en su voz.

—Tenemos un problema —respondí—. Con tu primo.

Marco arqueó una ceja, su rostro endureciéndose.

—¿Qué ha hecho Enzo ahora? ¿Destrozar otro coche?

—Filtró información sobre el almacén de los Chen a Giovanni —solté sin rodeos, observando cada microexpresión en su rostro. No estaba segura de que Enzo fuera el topo, pero necesitaba ver su reacción.

Marco se quedó inmóvil, como si la acusación lo hubiera golpeado en el pecho. Luego rio, un sonido amargo, sin humor.

—Muy graciosa.

—¿Crees que bromeo? —repliqué, sin suavizar el tono.

Él frunció el ceño, la incredulidad transformándose en furia. Se acercó lentamente, sentándose en el sillón frente al escritorio, sus manos apretadas en los reposabrazos.

—¿Por qué crees eso? Es mi primo, Valentina.

—Lo sé —dije, cortante—. Por eso estás aquí.

El asombro en su rostro se convirtió en puro ultraje.

—¿Crees que tengo algo que ver? —gritó, su voz cargada de indignación, sus ojos brillando con un dolor que me atravesó—. Joder, Valentina... Creí que sabías que moriría por ti.

Suspiré, luchando por mantener la cabeza fría. Mis sentimientos por él eran un torbellino, una grieta en mi armadura que amenazaba con derrumbarme.

—Es tu familia —expliqué, mi voz razonable pero tensa—. Compartís sangre.

—Me importa tres cojones la sangre —rugió, levantándose, incapaz de contener la tormenta dentro de sí. Se pasó una mano por el cabello, desordenándolo, mientras caminaba de un lado a otro como un león enjaulado.

—Tú y yo no compartimos sangre, pero hemos sangrado juntos. Eres más que familia. Joder... No puedo creer que pienses que te traicionaría.

De pronto, se detuvo, su rostro desencajado por una decisión repentina. Dio tres pasos hacia mí, rodeando el escritorio con una intensidad que hizo vibrar el aire.

—Desenfunda —gruñó.

—¿Qué? —pregunté, confundida y con el corazón acelerado.

—Desenfunda tu jodida arma y pégame un tiro ahora mismo, Valentina.

Tomó su pistola de la funda en su cintura y la colocó en mi mano, como había hecho la otra noche antes de hacerme el amor. Presionó el cañón contra su propio pecho, justo donde su corazón latía frenético.

—Puedo vivir con tus mentiras, con tus secretos. Pero no viviré sabiendo que no confías en mí. Uno de nosotros tiene que ser sincero para que este maldito amor sobreviva. Así que, si dudas de mí, dispara. Ahora. Antes de que vea lo único puro y hermoso en este mundo morir por falta de confianza.

Me quedé helada, atónita ante la seriedad en su rostro, la determinación en sus ojos oscuros. No había engaño, solo verdad cruda y expuesta como una herida abierta. El silencio era ensordecedor, roto solo por nuestras respiraciones agitadas.

No pude resistirme. Tiré de las solapas de su chaqueta, atrayéndolo hacia mí, y lo besé como si fuera el último acto de mi vida. Nuestros labios se estrellaron, un choque de necesidad y desesperación, nuestras lenguas encontrándose en una danza feroz que sabía a rabia y amor. Marco gruñó contra mi boca, sus manos encontrando mi cintura, atrayéndome con una fuerza que me hizo ahogar un grito.

Nos separamos, jadeando, nuestras frentes pegadas, el aire entre nosotros cargado de electricidad. Me levanté, empujándolo hacia la silla con una autoridad que no admitía discusión. Él se dejó caer, sus ojos oscuros devorándome, su pecho subiendo y bajando con respiraciones entrecortadas.

—No vuelvas a dudar de mí —murmuró Marco, su voz ronca, mientras me inclinaba sobre él, mis manos deslizándose por su pecho, sintiendo el latido salvaje de su corazón.

Mis dedos encontraron el cinturón de sus pantalones. Con un movimiento rápido, lo desabroché, el sonido del cuero y el metal resonando en la sala. Marco me miró, sus pupilas dilatadas, un gruñido bajo escapando de su garganta mientras liberé su erección y mis manos se movieron con una seguridad que contrastaba con el temblor de deseo en mi cuerpo.

Me bajé los pantalones y me subí a su regazo, mis rodillas a ambos lados de sus caderas. No había tiempo para delicadezas, no en este mundo de traiciones y balas. Solo había urgencia, un hambre que nos consumía. Lo guié hacia mi entrada, mi ropa interior apartada con un movimiento impaciente, y me hundí en él con un gemido que resonó en la sala.

Marco gruñó, sus manos aferrándose a mis caderas con una fuerza que rozaba el dolor, sus dedos clavándose en mi piel como si temiera que desapareciera.

—Valentina —jadeó, su voz quebrada, mientras comencé a moverme, un ritmo rápido, intenso e impaciente.

Cada embestida era una reclamación, cada roce una promesa de que, pese a las dudas, éramos el uno del otro.

Eché la cabeza hacia atrás, mis uñas marcando su cuello, el placer creciendo como una ola que amenazaba con romperme.

Marco mordió la curva de mi cuello, sus dientes dejando un rastro ardiente, su lengua calmando el escozor mientras sus caderas se alzaban para encontrarse con las mías, el ritmo frenético y desesperado.

—Eres mi mundo, Valentina —gruñó contra mi piel, sus manos subiendo por mi espalda, enredándose en mi cabello corto, tirando de él para exponer mi garganta.

—Eres todo lo que siempre he querido —jadeé, mis movimientos volviéndose erráticos, el calor en mi vientre expandiéndose como pólvora encendida—. Por eso me cuesta tanto creerlo.

Lo besé de nuevo, nuestros labios chocando con una urgencia que era casi violenta, nuestras lenguas luchando por el control mientras el placer nos llevaba al borde.

El clímax nos golpeó al unísono, un estallido que me arrancó un grito ahogado y a Marco un rugido. Temblé en sus brazos, nuestros cuerpos fundidos, el sudor mezclándose en nuestra piel mientras el mundo se reducía a ese instante, a la silla, a nuestras respiraciones entrecortadas.

Marco me sostuvo y acarició mi espalda con suavidad, casi ternura.

Nos quedamos así, jadeando, nuestras frentes pegadas, el silencio roto solo por el latido de nuestros corazones. Alcé la mirada, encontrando sus ojos, y por un momento, la barrera que había erigido se desvaneció.

—Confío en ti —susurré.

Marco sonrió, una sonrisa lenta, devastadora.

—Supongo que tendré que follarte cada vez que se te olvide —dijo, en tono burlón.

Me aparté para mirarlo a la cara.

—Fíjate bien en nuestras posturas, Santangelo —puntalicé, poniendo voz de jefa de nuevo—. Soy yo la que te he follado a ti.

Marco ríó, un sonido suave que aligeró el aire, y me colocó el cabello detrás de la oreja en una caricia deliciosa.

Pero la realidad volvió como un golpe.

—Enzo —dije, mi voz endureciéndose—. Es él quien ha secuestrado a Lucía.

Marco parpadeó, su mandíbula tensándose.

—Eso no tiene sentido.

—Pero es la verdad —repliqué, levantándome y recolocándome la ropa antes de tomar la tablet de encima de la mesa y mostrarle la grabación.

Marco se inclinó sobre el escritorio, estudiando la grabación, sus manos apretándose hasta que los nudillos se volvieron blancos.

—No lo entiendo —murmuró para sí mismo.

—Eres mi segundo al mando —dije, tomándolo por los hombros—. No puedes permitirte pensar con el corazón cuando la seguridad de esta casa está en juego.

Marco inspiró hondo, su pecho subiendo y bajando como si contuviera un huracán. Sus manos se apretaron contra el escritorio, la madera crujiendo bajo la presión.

—Haré lo que tenga que hacer —me aseguró mirándome a los ojos.

Asentí y Marco salió del despacho con paso firme.

Y yo me quedé allí, preguntándome si acababa de salvar mi imperio... o de condenar al hombre que amaba.

Capítulo 21

La orden de aislar a Enzo se había extendido por la mansión Rosetti como pólvora, una chispa que amenazaba con consumir la frágil confianza que mantenía unida la casa. La había dado esa mañana, confiando en que Marco, mi segundo al mando, obedecería sin rechistar.

Pero cuando Jae irrumpió en mi despacho con una sonrisa de satisfacción que me resultó irritante, supe que algo había salido mal.

—Tu chico no sigue las reglas —anunció, apoyándose en el borde del escritorio con una familiaridad que me puso en guardia.

—No es mi chico —repliqué, alzando la vista de los papeles. Su mirada me recorrió despacio, como si pudiera leer cada pensamiento que intentaba ocultar—. ¿Qué ha hecho?

—Lo pillé paseando por el ala oeste. Ya sabes, donde tienes al traidor encadenado.

Dejé el bolígrafo a medio trazo. El silencio se volvió espeso, cargado de electricidad.

—¿Cómo entraste? Necesitas una llave y solo la tiene mi herma...

—Yo. —Me interrumpió, sacando la dichosa llave y haciéndola girar entre sus dedos con una destreza que no pude evitar admirar.

Me recosté en mi silla y lo estudié. Había algo en la forma en que ocupaba el espacio, en cómo sus ojos nunca dejaban de evaluar cada detalle, que me ponía nerviosa.

—Mi hermana no es idiota. ¿Cómo se la quitaste?

—Tuvo un momento de... distracción —murmuró, con cierta diversión.

Marqué el número de Elena, sin apartar los ojos de él.

—Ven a mi despacho. Ya —ordené cuando ella contestó.

—¿Por eso tanto interés en ver las cámaras esta mañana? —
La voz de Elena resonó desde la puerta. Entró con pasos que martilleaban el parqué, sus ojos verdes echando chispas—. Me quitaste la llave cuando me besaste.

Jae se encogió de hombros, imperturbable.

—Multitarea.

—Eres un cabrón—escupió Elena, cruzándose de brazos—. Tendría que haberme dado cuenta.

—Estabas concentrada en mis labios.

Elena hizo una mueca, pero capté el rubor que intentaba ocultar.

—Ya te dije que no me pareces guapo. Me van los italianos, no los ojos rasgados —replicó, acercándose para recuperar la llave con una actitud que rozaba la violencia.

Jae se la entregó de buena gana, fingiendo miedo con una sonrisa burlona.

Los observé en silencio. La tensión entre ambos era palpable. Jae tenía una confianza que rayaba la arrogancia, pero no podía negar que ese mismo rasgo lo hacía jodidamente atractivo. Cada movimiento era una declaración de poder, y si era verdad que le había birlado la llave sin que Elena se percatara...

—Puedo enseñarte un par de trucos, si quieres —se ofreció, mirándome a mí.

Elena abrió la boca, sin duda para mandarlo a la mierda, pero la corté.

—En realidad no es mala idea.

La expresión de incredulidad de mi hermana me hizo sonreír.

—Elena, piensa en lo útil que sería saber hacer desaparecer cosas. Ninguno de mis hombres tiene ese entrenamiento.

—Pues que entrene a alguno de ellos.

Vale, convencerla no iba a ser fácil.

—Eso me lleva al siguiente tema —comencé, armándome de valor—. Vas a entrenarlo.

Elena parpadeó como si le hubiera pedido adoptar una cobra.

—¿Entrenarlo en qué exactamente?

—Krav Magá. Y tiro. El señor Kim está bajo nuestra protección, y necesito que sepa defenderse. La Heuksa lo busca para divorciarlo de su cabeza, así que necesito a la mejor para protegerlo.

El silencio vibró entre nosotros, tenso como una cuerda de violín.

Jae sonrió, y esta vez había respeto en su mirada.

—Joder, estás sexy dando órdenes —murmuró, enfocándose con esos hoyuelos.

Elena soltó un bufido, pero noté cómo se le tensaba la mandíbula. ¿Por qué se dejaba provocar por él? Normalmente tenía nervios de acero.

—Haré lo que digas, como siempre —claudicó Elena finalmente—. Pero si vuelve a tocarme, yo misma lo entrego a los coreanos.

Jae tuvo la desfachatez de reírse.

—Esto va a ser divertido.

—Lárgate, me estoy hartando de verte —le espeté, señalando la puerta.

—Hay muchas cosas que podemos hacer con los ojos cerrados —sugirió él, sin moverse.

Saqué mi Koch VP9 del cajón y apunté al coreano.

—Tres... dos...

Jae se encogió de hombros y se largó, no sin antes dejarnos embobadas contemplando cómo se le marcaba el culo en esos pantalones ejecutivos tan ajustados.

Las dos fingimos no habernos fijado.

—Te odio por esto —murmuró Elena, dirigiéndose también hacia la salida.

—¿De verdad no te parece guapo? —No pude resistirme.

—No. —Elena ni se giró.

—Mentirosa.

Mi hermana me respondió enseñándome el dedo medio, y me carcajeé. Hasta que recordé por qué Jae había venido a verme y se me borró la sonrisa.

Con un suspiro, me levanté. Era hora de lidiar con Marco.

Capítulo 22

Marco y yo avanzamos por el pasillo del ala este, donde el aire estaba viciado y cargado de polvo. Él caminaba medio paso atrás, con la mandíbula tensa y los hombros cargados de culpa.

—¿Vas a contármelo o tengo que adivinarlo? —pregunté, harta del silencio.

—¿El qué?

—Que te colaste a ver a Enzo. —Me giré a tiempo de pillar la sorpresa en su rostro—. Jae es como un fantasma cuando quiere. ¿Cómo entraste sin llave?

—No entré. Nos comunicamos por notas, usando las rejillas de ventilación.

Arqueeé las cejas, impresionada a mi pesar.

—Esto huele a traición —declaré, aunque no creía de verdad que Marco estuviera confabulado con Giovanni.

Marco suspiró, derrotado.

—Quería escuchar su versión. Pero no has dejado que nadie se le acerque.

—Es psicología básica —expliqué—. Aislamiento total durante un día: sin comida, sin agua, sin contacto humano. Su cabeza empieza a preguntarse qué vendrá después, y eso lo hace más fácil de quebrar. Pero tú has jodido mi estrategia.

—Podrías habérmelo explicado.

—O podrías haber obedecido a tu jefa.

Marco asintió y bajó la cabeza, aunque por la diferencia de altura seguía mirándome desde arriba.

Recordé las palabras de Gina Morelli sobre tener que trabajar el triple para hacerse respetar por ser mujer.

—Iba a informarte de todo —ofreció, buscando mis ojos.

—Luego hablamos de eso.

Metí la llave en la cerradura del cuarto donde Enzo había estado ocultando a Lucía Toretto, pero la voz de Elena me detuvo.

—Ale.

Mi hermana se acercaba por el pasillo, seguida de Jae, que se deslizaba observando las paredes como si paseara por el Louvre.

—¿Qué pasa?

—Él —Elena señaló al coreano con la barbilla—. Dice que hay algo raro.

—¿Raro de qué? —me impacienté.

—De Lucía Toretto.

—¿De Lucía?

Jae se adelantó y se colocó a mi lado, tan cerca que pude sentir el calor de su brazo.

—Aquí hay gato encerrado, nunca mejor dicho —bromeó, riéndose de su propia ocurrencia.

Marco se giró hacia él, la agresividad apenas contenida.

—¿Y tú qué coño sabes, coreano?

Jae se metió las manos en los bolsillos, sonriendo como si contara un chiste privado.

—Sé que no os habéis molestado en investigar a vuestra prisionera. Resulta que la señorita Toretto no es precisamente una damisela en apuros. Cinturón negro de karate, competidora nacional, y según los rumores, mandó a dos rivales al hospital.

Arqueeé una ceja, pero él siguió.

—En 2018 fue sospechosa del robo de unas joyas en Milán que nunca se recuperaron. Y mi parte favorita: en 2021 se fugó de una cárcel de máxima seguridad en Palermo. Su celda apareció vacía y las cámaras "fallaron" milagrosamente esa noche.

Se encogió de hombros, pero sus ojos brillaban maliciosos.

—He estado viendo las grabaciones con tu hermana. Hubo varias ocasiones en las que Rapunzel podría haber escapado de Enzo. Pasillos sin vigilancia, puertas sin cerrar... pero no lo hizo.

Se inclinó hacia mí, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo íntimo que me erizó la piel.

—Así que la pregunta no es para qué la atrapó... sino por qué cojones ella se dejó atrapar.

Abrí la boca, pasmada por lo que sugería.

—Es cierto —corroboró Elena—. Vi todo eso cuando la investigué para encontrarla.

—No debes ser muy lista si seguiste creyendo que era una víctima —comentó Jae, tocando la frente de Elena con el dedo índice.

Elena saltó sobre él como un resorte. Lo estampó contra la pared y usó el antebrazo para presionarle la garganta.

—¡Te dije que no volvieras a tocarme!

—¿Sigues dolida porque el beso no fue de verdad? —la provocó él, sin perder la sonrisa.

Elena presionó más hasta que él tosió.

—El Círculo del Este te quiere vivo, pero no ha dicho nada del estado de tus piernas —lo amenazó, clavándole la rodilla en el muslo.

Jae hizo una mueca de dolor, pero no apartó los ojos de los suyos.

—Me gusta jugar duro. La pasta arrabiata es mi favorita —susurró con la voz estrangulada—. Pero si te mueves un poco a la izquierda creo que nos divertiremos más.

Elena se apartó de golpe, y Jae sonrió triunfal.

—Ya basta —ordené—. Vamos a hablar con Lucía y ver si el señor Kim tiene razón.

La chica estaba sentada en una cama de hierro, esposada a la pared con cadenas que Elena había considerado "apropiadas". Su pelo castaño caía en mechones desordenados, pero cuando alzó la vista, sus ojos no mostraban miedo. Había cálculo en ellos, una inteligencia fría que me hizo detenerme, con la sensación de entrar en la jaula de una depredadora.

—Hola, Lucía. Soy Alessandro Rosetti —la saludé, estudiando su expresión.

Jae tenía razón. La chica no estaba asustada. Más bien parecía estar midiendo cada palabra, cada movimiento.

—¿Qué eres: Rapunzel o la bruja? —preguntó Jae, evaluándola con esos ojos demasiado inteligentes.

Lucía alzó la mirada hacia él, y sentí un escalofrío. Sonrió, un gesto sutil que confirmaba las sospechas de Jae.

—Eres más listo que Enzo —comentó con voz impasible—. Por cierto, ¿dónde está? No ha venido a traerme el desayuno.

—¿Lo echas de menos? —murmuré, ganando tiempo para ordenar mis pensamientos—. No me digas que tienes el síndrome de Estocolmo.

Lucía se rio, un sonido suave pero cortante como una navaja.

—Debería habérmelo follado para pasar el rato, pero no pensé que os llevaría tanto tiempo atar cabos.

Intercambié una mirada con Marco. Él seguía queriendo desestimar a Jae, pero todas las piezas encajaban.

Me senté en los pies de la cama, levantando una nube de polvo.

—Entonces, querida Lucía, ¿te dejamos en tu casa o prefieres otro sitio? —pregunté con el tono cordial de dos amigas planeando el fin de semana.

—Déjame en la celda de Enzo para estrangularlo antes de irme.

Una sombra de duda me cruzó el rostro. ¿Sabía la chica que Enzo estaba preso porque tenía algún modo de ver lo que pasaba en la casa, o solo deducía?

Lucía debió leerme el pensamiento porque se carcajeó.

—Tranquilo, Alessandro. Solo me imaginé que ya sabríais que él os vendió con la información sobre el almacén de los Chen y que lo tendríais retenido en otro agujero como este.

Suspiré, tomando nota mental de revisar toda la casa en busca de micrófonos.

¿Cómo se le había ocurrido a Enzo traer a semejante enemiga a mi hogar?

—Por cierto —continuó Lucía—, vestida de hombre estás para echarte parmesano y comerte despacio. Si mi tío no me lo hubiera

contado, no habría sospechado que no llevas lo que me gusta entre las piernas.

Me quedé helada. ¿Giovanni le había contado a su sobrina lo mío? ¿A quién más pensaba decírselo?

El tiempo se me acababa.

—Dejadla en algún parque cerca de su casa —ordené, levantándome.

—¡Venga ya! —gritó Lucía a mi espalda, con la voz cargada de burla—. Al menos deja que Enzo me lleve. Esta ha sido la cita más larga que he tenido.

Me alejé sin mirar atrás, pero pude sentir la mirada de Lucía clavada en mi nuca como un hierro candente.

Capítulo 23

El cuarto de aislamiento estaba iluminado solo por una bombilla desnuda que parpadeaba como un corazón moribundo, proyectando destellos intermitentes sobre las paredes desconchadas. El aire olía a humedad y a metal oxidado.

Enzo estaba sentado en una silla atornillada al suelo, las manos esposadas al respaldo, el cabello revuelto y una sombra de cansancio bajo los ojos. Cuando Marco y yo entramos, alzó la cabeza, su mirada un cóctel de alivio y miedo.

No perdí tiempo en cortesías.

—Di lo que tengas que decir —exigí.

Enzo soltó una carcajada amarga.

—Me esperaba un balazo en lugar de una oportunidad de hablar —murmuró—. Supongo que le debo esta concesión a mi primo.

—Me importa una mierda de quién seas primo —lo contradije, sacando mi pistola y apoyándola en una cómoda polvorienta—. Solo quiero toda la información antes de presentarte a mi amiga.

Enzo asintió, resignado.

—Tiene a mi madre, Alessandro. La tiene encerrada en algún agujero, y me envía fotos para recordarme que respira porque él lo permite.

Marco apretó la mandíbula, su silencio más elocuente que cualquier palabra. Lo observé de reojo, calibrando cada gesto de Enzo.

—Podías haber venido a mí —repliqué, sin aceptarlo como excusa.

—¿Para qué? ¿Para que Giovanni la matara en cuanto oliera mi traición? —gruñó Enzo, inclinándose hacia adelante, las esposas tintineando—. No todos somos intocables, Alessandro. No todos importamos.

Incliné la cabeza, reconociendo la lógica retorcida de su razonamiento, pero no su excusa.

—Así que me traicionaste sin más.

—No se suponía que era una traición —me corrigió—. Le di la información del almacén, pero también cacé a uno de sus hombres, lo hice parecer un accidente y usé su teléfono para enviar el mensaje que Elena interceptó y que supierais lo que planeaba Giovanni.

Entendí su plan, pero le miré impasible para que no creyera que iba a convencerme tan fácilmente.

—Lucía Toretto ya no está aquí —anuncié, cambiando de tema.

Enzo se tensó, su rostro palideciendo.

—¿Qué?

—No debiste traerla. Era un riesgo dentro de la casa —le recriminé.

—Ahora ya no tengo forma de proteger a mi madre —protestó, con el rostro contraído—. Lucía era mi única garantía.

—Eso es lo que crees. Ni siquiera sabes lo peligrosa que era tu "presa".

Enzo pareció confuso por esa declaración y la ironía con que había pronunciado la última palabra.

—¿De qué hablas? La secuestre yo mismo, la traje aquí y la metí en un cuarto. No hubo peligro en ningún momento.

Marco arqueó una ceja.

—¿Cómo la atrapaste exactamente?

Enzo se recostó, arrogancia pura a pesar de las cadenas.

—Siente algo por mí. No lo admite, pero lo sé. La trabajé despacio, gané su confianza... y cuando bajó la guardia, atacué.

La risa de Marco no tenía ni una pizca de humor. Mantuve mi expresión neutra, dejando que Marco se encargara de explotar la pompa de su primo.

—Te equivocas, Enzo —dijo, sin más demora—. No la atrapaste tú. Ella te atrapó a ti.

El silencio fue un mazazo. Los ojos de Enzo se abrieron, el desconcierto reemplazando su arrogancia.

—¿Qué estás diciendo?

—Lucía se dejó capturar para infiltrarse —expliqué, dando un paso hacia él, mi sombra proyectándose como una sentencia—. Todo ese juego que creías controlar... ella lo dirigía. Eres el ratón que pensó que cazó al gato. Supongo que la primera vez que la viste, fue porque ella apareció en tu mundo.

Enzo pareció buscar en su memoria y por su expresión, estaba en lo cierto.

—No... eso no puede ser —balbuceó, la realidad golpeándolo como una ola. Sus puños se apretaron, las esposas chirriando contra el metal. Parecía herido. Suponía que eran su orgullo y su ego los que estaban sufriendo.

Marco dio un paso al frente, su voz dura.

—Ella jugó contigo, primo. Es una Torette, al fin y al cabo. Lo evalué unos segundos, mi mente calculando riesgos.

—Vamos a sacarte de aquí —dije finalmente—. Para rescatar a tu madre.

Enzo alzó la vista, desconfianza y esperanza luchando en sus ojos.

—¿Por qué?

—Porque, aunque me hayas jodido, eres familia —respondí, mi tono seco pero firme—. Pero recuerda que nunca doy segundas oportunidades.

De vuelta en mi habitación, colgué el abrigo en el perchero, mis movimientos metódicos. Cada botón que desabrochaba en mi camisa era un intento de controlar el caos que bullía en mi interior.

Me quité toda la ropa, fingiendo que no notaba la mirada punzante de Marco. Me puse una bata de seda negra y la cerré con un nudo firme.

Marco siguió cada movimiento, apoyado en el marco de la puerta, sus ojos oscuros casi una caricia física sobre mi piel.

—Sigues enfadada —afirmó en voz baja.

—No, Marco. Estoy concentrada —lo corregí, sentándome en el sillón junto a la chimenea.

Crucé las piernas, la bata cayendo justo por encima de la rodilla, revelando la curva de mi muslo. Sabía exactamente qué estaba haciendo.

—La próxima vez que desobedezcas una orden directa, me lo pensaré dos veces antes de mantenerte como mi segundo.

Él dio un paso hacia mí, su presencia llenando la habitación de algo denso y oscuro.

—No fue por falta de lealtad —dijo en un susurro áspero, buscando mis ojos.

No respondí, mi mirada fija en las llamas que bailaban sobre la leña. Sentía el calor de él a metros de distancia, más fuerte que el de la chimenea.

Marco aguardó un instante para ver si cedía.

No lo hice. En su lugar, le di órdenes.

—Descubre dónde tienen a la madre de Enzo.

—Ya estamos trabajando en ello —respondió.

—Asegúrate de que Jae y Elena no se maten durante la noche, o mientras no estoy en la casa.

—Puedo matarlo yo mismo —propuso Marco—. Eso solucionaría el problema.

Le eché una mirada de advertencia. Necesitaba a todos mis aliados más que nunca.

—¿Algo más? —preguntó entonces, con un matiz de desafío, a punto de marcharse.

Alcé la vista, mis ojos brillando con una mezcla de autoridad y deseo.

—Sí.

Marco se detuvo, una ceja arqueada.

—¿Sí?

—Ven y ponte de rodillas —ordené, con la misma autoridad con que había dado las demás indicaciones.

Él sonrió, esa media sonrisa insolente que tanto me gustaba.

—¿Es una orden de jefa?

—Sí.

Marco se aproximó y se arrodilló frente a mí, su mirada nunca abandonando la mía, un desafío silencioso en sus ojos oscuros.

Descrucé las piernas lentamente, colocando una sobre su hombro. El aire se cargó de electricidad y el nudo de la bata se aflojó, dejando entrever el hecho de que no llevaba ropa interior.

Marco inhaló, sus ojos se posaron sobre la unión de mis piernas y un relámpago cruzó su mirada.

—¿Estás insinuando algo? —murmuró, con la voz ronca y los ojos vidriosos por el deseo.

—Sabes exactamente lo que quiero que hagas.

Marco no esperó más. Sus manos encontraron mis muslos, sus dedos fuertes pero reverentes trazando la piel suave, subiendo lentamente hasta el borde de la bata. La abrió del todo con un movimiento deliberado, exponiendo mi intimidad. Su respiración se aceleró, pero sus ojos seguían fijos en los míos, una promesa silenciosa de devoción absoluta.

—¿Quién soy yo para negarme a tus deseos, jefa? —susurró, mientras se inclinaba, sus labios rozando la piel sensible de mi muslo interno, arrancándome un suspiro.

Besó un camino lento, torturante, sus dientes rozando apenas, dejando un rastro de fuego que me hizo arquearme en el sillón. Mis manos se aferraron a los reposabrazos, las uñas clavándose en el cuero mientras él llegaba casi a mi centro. Jadeé, mi cuerpo tensándose ante la anticipación. Marco me miró, sus ojos oscuros brillando con una mezcla de adoración y hambre.

—Vas a correrte en mi boca —gruñó, antes de hundir su lengua en mí.

El primer roce fue un relámpago, un placer tan intenso que eché la cabeza hacia atrás, un gemido escapando de mis labios. Marco era implacable, su lengua trazando círculos lentos, deliberados, explorándome con una precisión que me llevaba al borde de la locura. Sus manos sujetaban mis caderas,

manteniéndome en mi lugar mientras me retorció, mi respiración convirtiéndose en jadeos desesperados.

—Marco... —gemí, mis dedos enredándose en su cabello, tirando de él mientras el placer crecía, una ola ardiente que amenazaba con romperme.

Él gruñó contra mi piel, el sonido vibrando en mi centro, intensificando cada sensación. Su lengua se movió más rápido, más profunda, encontrando cada punto que me hacía temblar, mientras sus dientes rozaban apenas, un contraste que me hacía arquearme contra él.

Sentí la tensión acumularse, mi cuerpo tensándose como una cuerda de violín.

—No pares —jadeé, mis caderas moviéndose instintivamente contra su boca, buscando más.

Marco obedeció, su lengua implacable, sus manos apretando mis muslos con una posesividad que era puro dominio. Pero fue la succión lo que terminó conmigo. El clímax me golpeó como una explosión, un grito ahogado escapando de mi garganta mientras mi cuerpo convulsionaba, el placer recorriéndome en oleadas que me dejaron temblando.

Marco no se detuvo, prolongando cada sensación hasta que me derrumbé en el sillón, mi respiración entrecortada, mi piel brillante de sudor.

Él alzó la cabeza, sus labios húmedos, sus ojos oscuros brillando con una satisfacción primal. Se incorporó lentamente, besando un camino por mi abdomen, entre mis pechos, hasta llegar a mi cuello, donde mordió suavemente, arrancándome un último suspiro.

Lo miré, mis ojos aún nublados por el placer, pero con una chispa de mi autoridad habitual.

Marco se inclinó para besarme, pero le empujé del pecho.

—Ahora ya puedes retirarte, soldado —dije, viendo cómo su expresión mutaba de la pasión a la frustración—. Ya has terminado por hoy.

Si pensaba que iba a perdonarlo así de fácil, lo llevaba claro.

Marco soltó una risa seca, que sonó casi a bufido.

Se echó hacia atrás y se puso de pie con una dignidad que solo un hombre de su tamaño y con su aspecto podía lograr en una situación así.

—Llámame si necesitas cualquier otro... servicio, jefa —dijo, con un tono cargado de insinuación y una mirada incendiaria que pretendía hacer caer todas mis defensas.

Tuve que tragar saliva para que no se me notara lo tentada que estaba de pedirle que se quedara en ese mismo instante. Necesitaba retomar el poder dentro de la relación laboral y eso suponía sacrificar ciertos "momentos" de la parte personal.

Cuando Marco alcanzó la puerta, me echó un último vistazo de decepción que casi me hizo sonreír. No lo hice.

—Buenas noches, jefa. Que duermas bien.

—Gracias a ti, voy a hacerlo —le dije antes de verlo desaparecer por el resquicio.

Sonreí satisfecha a varios niveles.

Capítulo 24

El portero del Rosé privé filtraba a los clientes con la determinación del que guarda las puertas del Edén. Los neones rosados y la mezcla de olor a champán Dom Pérignon y a perfume femenino anunciaban que era un lugar pensado para complacer a las mujeres de alto poder adquisitivo. Mesas de cristal negro reflejaban luces tenues, sillones de terciopelo rosa y cortinas de seda blanca. El escenario circular, en el centro, era un altar para fantasías modernas, un refugio para mujeres ricas que celebraban despedidas de soltera, cumpleaños opulentos o escapadas donde los hombres eran solo accesorios... o presas.

Sofía Toretti estaba junto a la barra con un aspecto de muñeca plastificada que debía haberle costado mucho dinero. Su cabello negro, recogido en un moño elegante, enmarcaba un rostro que había sobrevivido atemporal. Las joyas en su cuello y muñecas brillaban poderosas.

—Alessandro Rosetti —me saludó con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos ámbar—. Qué sorpresa... inesperada.

Le devolví una sonrisa cargada de diplomacia. Mi traje Armani disimulaba mis curvas, el reloj Patek Philippe en mi muñeca sellaba la ilusión. Aunque ahora que Marco lo sabía, cedí a la tentación de no usar la barba postiza.

—Me han hablado muy bien de tus servicios —respondí, con mi voz grave y ensayada—. Me gustaría entrar en este negocio.

—¿Así que has venido a robarme ideas? —espetó Sofía con una sonrisa helada.

Me reí. La risa grave de Alessandro que había practicado durante años.

—No te preocupes, mi idea es para un público muy concreto.
—Usé un tono cordial para que creyera que venía en son de paz y señalé a Jae—. ¿Has escuchado hablar del K-pop? Lo asiático está muy de moda en cuanto a entretenimiento para mujeres. Pero no todas esas clientas potenciales pueden costearse un viaje a Corea del Sur. Planeo traerles un poquito de esa cultura a Europa.

Jae le guiñó un ojo a Sofía.

Ella ladeó la cabeza, divertida. Era bien sabido que los hombres eran su vicio y que nadie en Nápoles pondría la mano en el fuego porque los cinco hijos que tenía con Silvio Toretto, el hermano de Giovanni, fueran todos de él.

—Interesante concepto, yo misma iré a tu club para curiosar cuando lo abras —admitió y nos guio a una mesa junto al escenario.

Elena se sentó a mi lado, y abrió el portátil sobre la mesa, supuestamente para tomar notas y apuntar ideas.

—Tal vez tu chico puede enseñarnos un adelanto —propuso Sofía, ojeando las mesas donde había grupos de mujeres celebrando una noche de chicas—. No tengo nada preparado para los siguientes veinte minutos.

Me tensé y deslicé los ojos discretamente hacia Jae. No había contado con que Sofía pidiera una demostración. Había traído al coreano para robar su móvil por un rato y que Elena pudiera hackearlo. Las investigaciones de mi hermana apuntaban a que la madre de Enzo estaba bajo el cuidado de Sofía. Se me había ocurrido la coartada de que Jae era un *performer* y que había ido porque estaba pensando en abrir un local para mujeres. Pero ahora Sofía quería que Jae se pusiera a bailar.

Mi mente trabajó a toda prisa para buscar una excusa válida, pero Jae me sorprendió poniéndose de pie.

—¿Dónde me quieres? —le preguntó a Sofía con una sonrisita provocativa.

—Habla italiano —celebró la mujer. Enroscó su brazo con el de Jae y parpadeó como si quisiera levantarle el flequillo con el aire de sus pestañas postizas—. En el escenario, querido. Veamos cómo reacciona mi clientela a lo que traes de oriente.

Apreté los dientes. Si Jae no hacía una actuación medio decente, iba a quedar en ridículo o, peor, Sofía iba a sospechar que había algo raro en la visita.

—Vamos, te enseñé el vestuario —le dijo, antes de darse la vuelta y arrastrarlo con ella—. Sabes, nunca he sido de fijarme en asiáticos, pero tienes unos hoyuelos adorables.

Jae desapareció detrás de la cortina del escenario con Sofía.

Solté un taco en cuanto me quedé a solas con mi hermana.

—¿Qué tiene en la cabeza ese idiota? ¿Por qué no se ha negado?

—Porque es un capullo arrogante que piensa que puede hacer todo bien —respondió Elena con tono de "ya te lo dije".

Un camarero con el torso desnudo y cubierto de purpurina, se acercó a nosotras con dos cartas.

—Soy Michelangelo y voy a ser vuestro camarero esta noche —se presentó, guiñándole un ojo a Elena, pero su mirada se desvió hacia mí con un brillo de interés. Mi versión masculina, a menudo atraía la atención de hombres gays, así que estaba acostumbrada.

—La hamburguesa de queso y bacon —pedí lo primero que vi al abrir el menú.

Elena se tomó más tiempo, como si de verdad hubiera ido para cenar y pasar el rato.

—El risotto Nueva York, tengo curiosidad —dijo, devolviéndole el menú.

Michelangelo asintió y se alejó sin apuntar nada.

—Espero que no nos envenenen la comida —murmuró Elena, regresando la atención a la pantalla de su portátil.

Las luces cambiaron de rosa a rojo sangre. La música estalló, un trueno de batería tribal y sintetizadores que golpeaban el pecho. Jae apareció en el escenario, y el aire se detuvo. Chaqueta de cuero negro abrazando sus hombros, nada debajo, dejando su definido pero esbelto torso a la vista, pantalones delineando cada músculo.

El público, mujeres con coronas de plástico y copas de cristal, gritó como si el mismísimo diablo hubiera bajado a bailar.

Abrí la boca cuando Jae usó un trozo de tela como látigo en el aire, después se la colocó entre los dientes y se abrió de piernas

moviendo las caderas como si le hiciera el amor al aire y bajando al ritmo de la música. Cada movimiento era una provocación, una coreografía que mezclaba la energía del K-pop con una sensualidad que cortaba el aliento.

La chaqueta cayó en un giro imposible, revelando músculos tallados como mármol.

Con pasos felinos, bajó del escenario. Se detuvo junto a una mesa ocupada por cinco mujeres en plena despedida de soltera. Les dedicó un movimiento de cadera lento, calculado, que hizo que una de ellas soltara un grito ahogado antes de que él les regalara una sonrisa cómplice.

Luego avanzó hacia Sofía Toretto, que lo recibió con un alzamiento de ceja y una media sonrisa de experta. Jae la rodeó despacio, el cuerpo a escasos centímetros del suyo, girando con la música mientras sus manos parecían no tocarla... pero rozaban lo suficiente para distraerla.

Presté atención a sus manos, pero ni así logré ver si había birlado el móvil de Sofía.

Sin interrumpir el ritmo, se alejó de Sofía y vino directo hacia Elena. Vi la tensión en la mandíbula de mi hermana cuando él se colocó frente a ella, inclinándose lo justo para que sus rostros quedaran a pocos centímetros. Movié la cadera en un vaivén lento, casi hipnótico. Pero no se detuvo ahí. Se inclinó hacia ella, su cuerpo moviéndose al ritmo de la música, un baile sensual que era solo para mi hermana. Sus caderas ondularon a centímetros de su rostro, sus manos rozando el aire como si acariciaran su piel.

—Para ti, arrabiata —murmuró, entregándole el teléfono con un guiño.

Elena se puso rígida y sus mejillas enrojecieron. Le temblaron los dedos al tomar el dispositivo.

—Suficiente —masculó, pero su voz carecía de convicción, sus ojos atrapados en los de él.

Jae le dedicó una sonrisa insolente y retrocedió con una reverencia.

Sonrojada, Elena bajó la vista y manipuló el teléfono para conectarlo a su ordenador. Lo ocultó bajo la mesa y empezó a

teclear.

Ya de vuelta en el escenario, Jae se dejó caer de rodillas, arqueando la espalda, las caderas rodando con una promesa obscena.

Tragué saliva.

—¿Por qué cojones baila como si hubiera actuado en Magic Mike? —murmuré anonadada.

Jae se puso en posición de hacer flexiones, pero en lugar de subir y bajar los brazos, serpenteó sus caderas como si estuviera follándose a alguna mujer invisible debajo de él.

Entonces levantó la mirada hacia mí.

No, noté. No exactamente hacia mí. Estaba mirando a Elena, fijamente, con un brillo descarado, como si imaginara que era esa mujer invisible bajo sus brazos tensionados y su activa entrepierna.

Mi hermana tenía los labios entreabiertos y los ojos fijos en Jae. Sus dedos estaban quietos sobre el teclado, tensos.

—Concéntrate, Elena —carraspeé y oculté una sonrisa cuando ella dio un respingo como si la hubiera pinchado con un alfiler.

Elena tecleó con furia, hackeando las comunicaciones de Sofía en lo que duró el espectáculo de Jae.

—Listo —susurró Elena—. Tengo acceso a sus mensajes, ubicaciones y cuentas.

Jae terminó su baile con un salto que lo llevó del suelo al aire, aterrizando en una posición de reverencia.

Sofía aplaudió, sus ojos brillando con una aprobación febril.

Después de terminar la cena y de que Jae le devolviera el teléfono a Sofía sin que esta se percatara, salimos pitando del club.

La noche nos envolvió con lluvia fina. Marco esperaba contra un BMW negro, el motor ronroneando impaciente. Me deslicé en el asiento del copiloto. Elena y Jae subieron atrás, ella abriendo de nuevo su portátil para continuar repasando los mensajes de Sofía.

—¿Qué tenemos? —preguntó Marco, arrancando hacia las calles empedradas.

—Dame un momento —pidió Elena, sin apartar la vista de la pantalla.

Condujimos en silencio, mientras Elena leía y Jae se recostaba sobre su lado para leer con ella.

—La madre de Enzo está en una villa de Sofía en las afueras.

Marco resopló, sus nudillos blancos en el volante.

—Vamos a por ella.

—Aún no —negué—. Tenemos que prepararlo bien.

—Creo que la villa la usa Lucía —comentó Elena que seguía leyendo mensajes.

—¿Lucía? —comprobé. Era hija de Sofía y Silvio y tenía sentido que estuviera inmiscuída en lo de la madre de Enzo.

—De puta madre —murmuró Marco con marcado sarcasmo—. ¿Cómo vamos a sacar a mi tía de una casa vigilada por Barbie Ninja?

—Usaremos una de sus debilidades —comenté.

Marco me echó un vistazo rápido antes de volver a concentrarse en la carretera.

—¿Qué es...?

—Tu primo.

Mi segundo al mando soltó una risa seca.

—¿Estás de coña? Enzo ya demostró que es un desastre con Lucía.

Le lancé una media sonrisa. Había algo que las mujeres hacíamos mucho mejor que los hombres y era percibir ciertas sutilezas.

—Yo no estaría tan segura —dije—. Antes de soltarla, mencionó a Enzo demasiadas veces. Tal vez se acercó a él para engañarlo, pero creo que cayó en su propio juego.

—¿Tú crees? —replicó él con curiosidad.

—No perdemos nada por intentarlo.

En el asiento trasero, Jae miraba la pantalla por encima del hombro de Elena. Ella le echó un vistazo fugaz y se apartó al notar su cercanía.

—Buen trabajo hoy, Jae —elogié al muchacho. Sus habilidades continuaban sorprendiéndome—. ¿Cómo es que sabes bailar así?

—Me entrené para ser ídolo k-pop durante unos años.

—Vaya, eres una caja de sorpresas.

—Cuando quieras te ofrezco un show privado —respondió él, guiñándome el ojo por el espejo retrovisor.

—¿Un qué? —preguntó Marco, con el ceño fruncido.

—Elena —cambié de tema—. Dile a Rico y a Salvatore que investiguen. Quiero planos de la villa al amanecer.

—De acuerdo.

—Y tú habla con tu primo, Marco —continué—. Dile que vaya pensando cómo puede tentar a Lucía a salir de su villa.

Nos quedamos en silencio mientras una lluvia repentina golpeaba el parabrisas.

Capítulo 25

La lámpara de latón dibujaba sombras doradas sobre los planos de la villa de Lucía Torretti, extendidos como un mapa del infierno sobre la mesa de caoba.

Observé a Enzo desde el alféizar de la ventana, estudiando cada gesto, cada micro expresión. Se balanceaba al borde de la silla de cuero como una fiera enjaulada y yo sabía exactamente por qué. Los antebrazos tensos bajo la camisa negra, las venas marcándose en su piel morena mientras sus manos temblaban traicionando esa fachada de acero que tanto le costaba mantener. Los ojos hundidos, la barba de dos días y esa mirada perdida clavada en el mármol del suelo lo pintaban como lo que era: un hombre al borde del precipicio.

Y yo necesitaba empujarlo en la dirección correcta.

—No pienso acercarme otra vez a esa zorra —gruñó entre dientes.

“Típico,” pensé. El orgullo masculino siempre era el primer obstáculo que sortear en esos casos.

Marco se plantó frente a él con los brazos cruzados, haciendo exactamente lo que yo esperaba.

—No tienes opción, primo. Es tu única oportunidad de ver a tu madre viva.

Enzo alzó la cabeza con el orgullo herido brillando en sus pupilas. Podía leer su dolor desde aquí, y me serví de él sin remordimientos.

—¿Quieres que me arrastre como un perro? ¿Que coquettee con una mujer que me usó como peón en el tablero de Giovanni?

Marco se inclinó hacia delante, apoyando los nudillos en la mesa. Sus ojos oscuros se clavaron en los de Enzo con esa intensidad que yo había visto doblar voluntades más fuertes que la suya.

—Exacto. Porque bajo todo ese orgullo que te está matando por dentro, sabes que Lucía siente algo por ti.

Ahí estaba. Mi teoría saliendo de labios de Marco como si fuera suya. Había plantado esa semilla días atrás, después de analizar cada interacción entre Enzo y Lucía en las grabaciones que me proporcionó Elena. La química era innegable, solo había que saber cómo explotarla.

Una carcajada amarga se escapó de los labios de Enzo.

—¿Sentir algo? Tendría que tener corazón para eso, pero está más vacía que un esqueleto.

El puño de Marco golpeó la mesa con tal fuerza que los planos saltaron.

—Entonces hazlo porque tu jefe te lo ordena —espetó, la voz ronca de furia contenida—. Y tienes que ganarte su confianza otra vez.

Enzo se hundió en la silla, exhalando exhausto. Por un momento, su máscara se resquebrajó dejando ver esa grieta de vulnerabilidad.

—Aunque lo intente, Lucía no va a caer en mi trampa.

—Sí lo hará —le aseguró Marco, repitiendo mis palabras—. Siente algo por ti, créeme.

Algo brilló en los ojos rotos de Enzo.

—Hubo momentos... —murmuró, como si las palabras quemaran al salir—. En Milán, después de una pelea, me curó un corte en la ceja. Le temblaban los dedos mientras me tocaba. No entiendo cómo alguien puede fingir de esa manera. Pensé... que había algo real.

—Y lo hay —intervino Jae desde el sofá de cuero negro donde estaba repantigado como un gato—. Solo que no lo suficiente como para que dejaras de ser una misión.

Me gustaba que Jae fuera directo. Sin rodeos, sin mentiras piadosas. Enzo lo fulminó con la mirada.

—Pero podemos trabajar sobre ello —continuó Jae, incorporándose con esa seriedad que reservaba para los momentos importantes—. La llama está encendida, solo tienes que avivarla hasta convertirla en un incendio.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo propones que lo haga?

Jae se levantó con movimientos fluidos y calculados. Me acomodé mejor en el alféizar para disfrutar del espectáculo.

—Estrategia, hermano. Sé de mujeres como ella. Y sé cómo hacer que una te mire como si fueras su maldito mundo.

—No necesito lecciones de un stripper —gruñó Enzo.

—Entonces acepta lecciones de un ladrón —corrigió Jae sin ofenderse—. Uno que sabe cómo entrar en lugares donde no le quieren.

Sin esperar respuesta, se giró hacia Elena.

Yo había estado observando a mi hermana durante la conversación, viendo cómo fingía estar distraída mientras trabajaba en el portátil. El bufido que había soltado cuando Jae habló de embaucar mujeres la había delatado completamente.

—Levántate —le ordenó Jae con esa sonrisa que tanto irritaba a Elena.

—¿Perdona? —replicó ella, frunciendo el ceño.

Oh, esto iba a ser mejor que el teatro. Me incliné hacia delante, sin perderme ni un detalle.

—Necesito un ejemplo práctico —dijo Jae, acercándose con pasos lentos y deliberados—. Voy a mostrarle cómo seducir a alguien que te odia.

—Ni en tus fantasías más húmedas —escupió Elena.

—¿Tienes miedo, arrabiata? —la provocó él.

Elena soltó otro bufido y se puso de pie, toda desafío y fuego contenido.

Jae comenzó a rodearla sin tocarla, como un tiburón evaluando a su presa. Me quedé fascinada observando su técnica. Se inclinó hasta que su aliento rozó la concha de su oreja, y vi el escalofrío involuntario que recorrió la columna de mi hermana.

—Relaja los hombros, preciosa. No soy un escorpión —susurró—. Mírame aquí.

Señaló sus ojos, atrapando la mirada esquiva de Elena en una red invisible. El aire entre ellos se espesó.

—No es solo lo que dices —explicó a Enzo sin romper el contacto visual con Elena—. Es cómo la haces sentir con tu lenguaje corporal. Cada gesto cuenta.

Enzo soltó un bufido, pero no apartó los ojos de la demostración.

—Mírala como si fuera la culpable de que estés a punto de perder el control —continuó Jae, su voz bajando hasta convertirse en un ronroneo peligroso. Dio varios pasos hacia ella, obligándola a recular—. Mírala como si fuera responsable de que el caballero que llevas dentro esté a punto de rendirse ante la bestia que ella ha despertado.

Elena tragó saliva cuando su espalda dio contra la pared y yo sonreí para mis adentros. Sus labios se apretaron en una línea fina mientras su respiración la traicionaba, acelerándose cuando Jae deslizó una mano por su antebrazo con una lentitud tortuosa. Sus dedos apenas rozaban su piel, pero el contacto era tan cargado de electricidad que hasta yo podía sentirlo desde aquí.

—Observa como cambia su respiración —murmuró Jae, sus ojos clavados en los de Elena como dagas—. Como se le dilatan las pupilas. El cuerpo no miente nunca.

—Eres un capullo integral —Elena lo empujó, pero el rubor teñía sus mejillas.

Jae sonrió como un demonio, inclinándose sobre ella hasta que sus pechos casi se rozaron. Su boca quedó a milímetros del oído de Elena, tan cerca que podía ver cómo se le ponía la piel de gallina.

—Castígame —le susurró.

Elena lo empujó de nuevo con más fuerza de la necesaria y se refugió detrás de su portátil.

Marco y yo intercambiamos una mirada divertida.

Un silencio denso se instaló en la sala mientras Elena tecleaba furiosa, tratando de ignorarnos a todos.

El móvil de Enzo vibró contra la mesa, cortando la tensión.

Miró el nombre en la pantalla y su rostro se transformó en una mueca de pánico puro.

Sabía quién era antes de que abriera la boca.

—Es Giovanni —informó, mirándome directamente.

—Cógelo —ordené desde mi posición en el alféizar, manteniendo la voz firme aunque por dentro ya estaba calculando todos los escenarios posibles.

Enzo descolgó y activó el manos libres.

—¿Qué coño quieres? —rugió, aunque el miedo se filtraba en cada sílaba.

La voz de Giovanni sonó fría y cortante a través del altavoz. Esa voz que había aprendido a odiar con cada fibra de mi ser.

—He oído que te han soltado —comentó con cierta guasa—. Y mi sobrina está sana y salva en su casa. ¿Sabes lo que significa eso?

—¿Que cancelamos la fiesta de pijamas? —bromeó Enzo sin una pizca de humor.

—Significa que vuelves a estar en una situación muy jodida, Enzo —celebró Giovanni con tono amenazante—. Vuelves a estar metidito en mi bolsillo, como una moneda sucia.

Se oyeron ruidos confusos, como si algo se arrastrara, y después la voz quebrada de una mujer.

Mi corazón se aceleró.

—Enzo, cariño... No le hagas caso a este cabrón —la voz se cortó en un gruñido ahogado, como si la estuvieran amordazando otra vez.

Enzo apretó la lata de coca-cola que tenía en la mano hasta que el aluminio crujió como huesos rotos. Podía ver cómo se le tensaba cada músculo del cuerpo, cómo la furia y el terror luchaban por el control de su rostro.

—Quiero a Alessandro Rosetti muerto en veinticuatro horas. Sin excusas ni demoras —ladró Giovanni—. O tu madre deja de respirar para siempre.

Enzo palideció hasta parecer un cadáver, el móvil temblando en su puño cerrado.

—Si le tocas un pelo, te juro por todos los santos que...

—Tú decides, chico —cortó Giovanni—. Tic, tac.

La llamada se cortó con el pitido siniestro de la línea muerta.

El silencio que siguió era tan denso que podría haberse cortado con cuchillo. Todos los ojos estaban clavados en mí, esperando órdenes, esperando que tuviera una solución mágica.

Me incorporé del alféizar y me incliné sobre la mesa, clavando mi bolígrafo en el mapa de la villa de Lucía como si fuera una daga. La tinta se extendió sobre el papel.

—No tenemos elección —declaré con firmeza—. Sacaremos a tu madre esta noche.

Enzo asintió, tragándose su orgullo.

—Haré lo que sea. Lo que haga falta.

Marco asintió también, aunque sus ojos decían que le preocupaba acelerar el plan. A mí también me preocupaba, pero ya no había vuelta atrás. Giovanni había forzado nuestra mano y ahora tendríamos que jugar todas nuestras cartas de una vez.

Miré el reloj de la pared. Las cuatro de la tarde. Las manecillas se movían y el tiempo se nos escurría entre los dedos.

Veinticuatro horas para salvar una vida.

Veinticuatro horas para que Enzo volviera a jugar con fuego.

Y esta vez, yo me aseguraría de que no hubiera red que pudiera amortiguar la caída de Giovanni.

Capítulo 26

La furgoneta Mercedes Sprinter descansaba bajo la sombra protectora de dos olivos centenarios, a exactamente dos calles de la villa de Lucía Torretti. Las letras doradas de "Delizie di Roma. Catering de Lujo" brillaban bajo las farolas.

Desde mi posición en el asiento del copiloto, supervisé cada detalle del interior: bandejas de plata cargadas, copas, botellas y canapés. Todo tenía que ser perfecto porque no tendríamos una segunda oportunidad.

Observé a Jae ajustarse la chaqueta de camarero. Sus dedos revisaban el equipo escondido en la funda de cubiertos.

—Última oportunidad para echarte atrás, arrabbiata — murmuró a Elena.

—Deja de llamarme así o te clavo un tenedor en la mano — replicó, ajustándose el traje negro que la hacía parecer una supervisora de catering implacable. El moño alto y las gafas de montura fina completaban la ilusión. El auricular en su oreja vibraba con datos mientras sus dedos bailaban sobre el portátil, controlando las cámaras externas de la villa.

Elena había heredado la misma obsesión por los detalles que me había convertido en lo que era.

—Me gusta cuando te pones violenta —susurró Jae, acercándose demasiado, su aliento rozando el oído de mi hermana.

Elena le dio un codazo para apartarlo.

—¿Estáis listos? —preguntó Marco desde mi izquierda, escudriñando la villa con prismáticos.

A través de las ventanas se veían las siluetas de los invitados bailando tras las cortinas de seda. Una fiesta perfecta para camuflar

una infiltración.

—Los guardias van en traje, sin chalecos visibles, pero podéis distinguirlos porque están un poco más tiesos y tienen pinganillos — continuó Marco, pasándome los prismáticos.

Eché un vistazo rápido. Conté al menos seis hombres que encajaban con la descripción, estratégicamente distribuidos por el perímetro. Lucía Torretti no se andaba con tonterías cuando se trataba de seguridad.

Jugué con mi cigarrillo electrónico sin encenderlo, un hábito nervioso que había desarrollado desde que dejé de fumar tres años atrás. Los nervios del último mes me habían hecho desenterrar el artilugio de un cajón de mi oficina, como si fuera un talismán contra la ansiedad.

—Tened cuidado —les dije a Elena y Jae antes de que salieran de la furgoneta.

Los ojos de mi hermana encontraron los míos por un segundo, verde contra verde, y vi mi propia determinación reflejada en ellos. Era mi hermana pequeña, pero esta noche era también mi mejor baza.

—Tranquila, jefa —susurró—. Conozco el plan.

Claro que lo conocía. Lo habíamos repasado mil veces.

Unos instantes más tarde, el ping del intercomunicador vibró en mis auriculares.

—En posición —dijo Jae, usando un tono profesional—. Empieza el espectáculo.

Los vi a través de los prismáticos mientras la verja de hierro forjado se abría con un zumbido, invitándolos al peligro. Jae y Elena avanzaron por el sendero de mármol, empujando un carro de servicio cargado con botellas y bandejas. Dos guardias revisaron la lista con ojos de halcón, sus manos descansando cerca de pistolas camufladas.

Contuve la respiración hasta que les dieron paso.

—Estamos dentro —susurró Elena al micrófono de su solapa.

La fase uno estaba completada. Ahora venía la parte realmente difícil.

Enzo apareció por el sendero, un Brioni oscuro moldeando su figura como una segunda piel. Cada paso era calculado, pero yo podía leer la ansiedad enterrada bajo esa fachada de arrogancia.

—El verdadero show empieza ahora —murmuró Marco, los prismáticos fijos en su primo.

Lucía Torretti emergió en el ventanal del segundo piso. El mono turquesa realzaba cada curva de su cuerpo, y su cabello suelto recién planchado le daba un aspecto sexy. Sus ojos encontraron los de Enzo a través del cristal justo cuando los agentes de seguridad lo detenían.

Este era el momento de la verdad. Contuve el aliento esperando la reacción de la anfitriona. ¿Rechazaría ver a Enzo o le podría la curiosidad por saber qué quería?

Los segundos se estiraron como horas hasta que finalmente Lucía bajó las escaleras de mármol con el aura de una diosa descendiendo del Olimpo.

Enzo se congeló, atrapado en su órbita.

—Esto va a salir mal —gruñó Marco, bajando los prismáticos.

—Ha decidido hablar con él —respondí, sin apartar la vista de la escena—. Eso dice mucho.

Mi teoría sobre los sentimientos de Lucía hacia Enzo se estaba confirmando por momentos.

Lucía se detuvo a un metro de Enzo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, su voz baja pero audible a través del micrófono de Enzo.

—¿Pensaste que no me volverías a ver? —replicó él con esa dureza que usaba como armadura.

—Tenía esas expectativas, sí —Lucía sonrió de medio lado, una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Lo cierto es que creía que Alessandro, ¿o debería llamarle Valentina?, te lanzaría a los tiburones.

—¿Valentina? —Enzo frunció el ceño con confusión genuina.

Lucía se carcajeó, un sonido cristalino y cruel.

—Ni siquiera sabes quién es tu jefe —se burló.

—¿Te refieres a que es una mujer? —preguntó Enzo, no muy sorprendido.

¿Es que Marco de lo había contado? Le eché un vistazo ceñudo pero él negó con la cabeza.

—Entonces sí que lo sabes.

—Sé que la redondez de sus caderas no es típica de un hombre y que mi primo está enamorado hasta las trancas de su "jefe". Créeme, conozco a Marco y sé que no es gay.

Marco y yo intercambiamos una mirada.

—Pero no sabía su verdadero nombre —continuó Enzo.

Lucía ladeó la cabeza, sus labios curvándose apenas.

—No eres tan tonto como creía.

—¿Te divierte jugar conmigo?

—No juego contigo, Enzo. Tú eres el que siempre viene a buscarme... y ahora que sabes que puedo destruirte, empiezas a parecer masoquista.

—¿Destruirme? —la risa seca de Enzo cortó el aire como una cuchilla. Dio un par de pasos hacia ella—. No tienes ni idea de lo que hace falta para destruirme.

Ella no se movió. Solo lo miró desafiante.

Enzo dio otro paso hacia adelante, alzando la voz.

—Hace falta mucho más que una zorra sin corazón para romper mi coraza.

En lugar de retroceder o responder con más veneno, levantó la mano y lo tomó por el brazo.

—Shhh... —susurró—. No montes un espectáculo aquí fuera.

Y sin soltarlo, lo guió hacia las puertas dobles de la villa. Los guardias se apartaron sin intentar interponerse entre ellos.

—Bueno, por lo menos la está distrayendo —comentó Marco, tenso.

Mantuve la mirada en la entrada un segundo más, hasta que las figuras de Enzo y Lucía desaparecieron tras el umbral. Entonces dejé escapar un suspiro contenido y me giré hacia las pantallas de vigilancia que mostraban los ángulos de Jae y Elena moviéndose entre los pasillos interiores.

—Cambio de foco —ordené, sintonizando el auricular al canal de mi hermana—. Sigamos a nuestros infiltrados.

En las pantallas, vi a Jae y Elena moverse como sombras profesionales, sirviendo copas de champán y bandejas de canapés mientras tomaban nota mental de cada acceso. Cuando el murmullo de la fiesta quedó a sus espaldas, doblaron un pasillo lateral.

—Houston, tenemos un problema —crepitó la voz de Jae en el auricular—. Hay un guardia plantado frente a la entrada que necesitamos... y una cámara apuntando directo a la puerta.

Elena evaluó la escena en segundos.

—Mantente en posición, voy a crear una distracción —dijo.

La vi llenar dos copas rebosantes y fingir un tropiezo, empapando al guardia.

—¡Dios mío, lo siento muchísimo! —su tono era tan mortificado que el hombre aceptó el pañuelo sin más, dándole tiempo para acercar la muñeca a la cámara.

El dispositivo del brazalete parpadeó verde... y luego rojo.

—Tarda más de lo previsto —susurró Elena—. Necesito diez segundos más.

—No los tienes —advirtió Jae, porque un segundo guardia acababa de aparecer al final del pasillo.

Vi cómo Elena evaluaba la situación en una fracción de segundo. El nuevo guardia ya estaba demasiado cerca y su mirada había caído hacia la puerta prohibida.

Lo que pasó después me pilló completamente por sorpresa.

Elena se giró hacia Jae, le sujetó del cuello de la camisa y lo besó.

No fue un beso casto. Fue urgente, profundo, un choque de labios que lo pilló por sorpresa pero que él correspondió sin un segundo de duda. Sus manos se apoyaron en su cintura, arrastrándola más cerca, como si de verdad llevaran semanas buscando un rincón para esto.

El guardia se detuvo a dos pasos, carraspeó y sonrió con una mezcla de complicidad y fastidio.

—Volved al trabajo, tortolitos —dijo, y siguió su ronda.

Elena se apartó bruscamente.

—No vuelvas a mencionar esto nunca —murmuró entre dientes.

—¿Se lo dices a tu cerebro, arrabiata? —susurró Jae, con un deje burlón en la voz.

El brazalete emitió un pitido suave: la cámara estaba fuera de servicio.

Sin perder un segundo, Jae abrió la puerta y se deslizaron dentro.

La señal se cortó. No había cobertura en esa zona, así que dejé de escucharlos por un momento. Me mordí las uñas, preguntándome si mi hermana estaría bien y si merecía la pena ponerla en peligro por la madre de un traidor.

—Estás nerviosa —observó Marco, echándome un vistazo.

Alargó la mano para colocarla sobre mi hombro y masajearlo. El agradable calor de su mano y la presión que ejercía en mi cuello casi me hizo ronronear. La tensión acumulada durante horas comenzó a deshacerse bajo su toque.

—¿Ayuda?

—Quizá esto ayude más —murmuré justo antes de tirar de su camisa para atraerlo hacia mí.

Lo besé con ardor y la desesperación. Mi mano fue directa a su entrepierna

Marco gruñó cuando metí la mano por dentro de sus calzoncillos, y me sorprendió gratamente descubrir que ya estaba duro para mí.

Me rodeó con sus brazos para levantarme y colocarme sobre su regazo. El cuero del asiento crujió bajo nuestro peso.

—Vas a arrugar mi traje —jadeó contra mi boca.

—Te lo quito si quieres —ofrecí, colando mi mano entre los botones de su camisa para apreciar el relieve de los músculos de sus pectorales.

El mundo exterior desapareció por un momento. Solo existíamos Marco y yo, y la adrenalina de la misión creando una mezcla explosiva.

—Objetivo asegurado —dijo Jae en nuestros auriculares—. La madre de Enzo está con nosotros. Salimos en treinta segundos.

Me aparté de Marco con rapidez, volviendo a mi asiento mientras él encendía el motor.

Jae y Elena aparecieron corriendo con la madre de Enzo entre ellos. La mujer se tambaleaba, pero estaba de una pieza. Se veía mayor de lo que esperaba, con el cabello gris y las mejillas hundidas. Giovanni no la había tratado bien.

—¿Y Enzo? —preguntó Marco, mientras evaluaba el perímetro de la casa.

Me llevé los prismáticos a los ojos y escaneé la fachada de la villa, buscando algún signo de nuestro infiltrado.

Lo que vi me dejó sin palabras.

En una sala lateral, Enzo y Lucía habían chocado contra la pared. Al principio parecía que estaban peleando, intercambiando golpes y llaves, pero entonces sus figuras se confundieron de una manera que me hizo ajustar los prismáticos.

Las manos de Lucía estaban enredadas en el cabello de Enzo, y las de él sobre el trasero de la joven. Se besaban con furia.

—Vámonos —ordené.

—¿Qué? —chilló Marco—. Cuando descubran que la celda está vacía, van a matarlo.

—No lo hará —negué, convencida.

La madre de Enzo lloraba en silencio, aliviada pero rota.

—¿Mi hijo está ahí dentro? —se alarmó.

—Vamos a sacarte de aquí —respondí—. Enzo sabe cómo cuidarse solo.

Mientras la furgoneta arrancaba y la villa se hacía más pequeña en el retrovisor, no pude evitar preguntarme si acabábamos de rescatar a la madre de Enzo... o de entregar al hijo en manos de su mayor debilidad.

Capítulo 27

En menos de veinticuatro horas conseguí convocar a todos los capos de Nápoles.

La mesa ovalada de ébano en la sala privada del segundo piso del Palazzo di Sangue albergaba a los quince capos más peligrosos del sur de Italia. Sus escoltas, sombras armadas con trajes de mil euros, vigilaban desde la periferia con las manos descansando casualmente cerca de sus pistolas, mientras el murmullo de conversaciones tensas vibraba en el aire.

Avancé por el pasillo de mármol de Carrara llevando puesto el último traje masculino que me pondría en mi vida. Mis manos, normalmente firmes como el acero, temblaban casi imperceptiblemente. El sudor comenzaba a perlar mi frente bajo el maquillaje masculino.

“Es ahora o nunca”, me repetí mentalmente. “Si voy a caer, que sea con dignidad”.

Marco me seguía con paso firme. Para los que no lo conocían, aparentaba la calma de siempre, pero yo sabía leer los detalles microscópicos que delataban su nerviosismo: la forma en que sus dedos se flexionaban ligeramente cada tres pasos, cómo su mandíbula se tensaba de manera casi invisible, el modo en que sus ojos escaneaban la habitación buscando amenazas con una intensidad mayor a la habitual.

Mi guardaespaldas. Mi segundo al mando. Mi...

No podía permitirme pensar en lo que Marco era para mí. No ahora.

—Gracias por aceptar mi invitación —dije, forzando el tono grave que había usado durante años para Alessandro. Cada palabra me costaba un esfuerzo sobrehumano. Sabía que Giovanni tenía planeado desenmascararme durante esa reunión como un gato

jugando con un ratón herido, pero si iba a caer, quería hacerlo a mi manera.

Respiré hondo y me adelanté a los acontecimientos.

—Antes de discutir territorios y porcentajes, debo aclarar algo personal, aunque fundamental para todos nosotros.

Los capos intercambiaron miradas cargadas de curiosidad morbosa y desconfianza.

Don Raoul, el patriarca anciano que había sobrevivido a cuatro guerras entre familias, se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos de águila analizándome. La Signora Benedetta, matriarca de la segunda familia más poderosa y la única otra mujer en la sala, entrelazó sus dedos enjoyados, su expresión oscilando entre la fascinación y el reconocimiento de algo que tal vez llevaba décadas sospechando.

Giovanni, estratégicamente sentado a la derecha de la mesa como si fuera el co-anfitrión, giró su vaso de whisky Macallan con una expresión cada vez más contrariada. Podía ver la frustración creciendo en sus facciones. No sabía qué esperar, y esa incertidumbre lo estaba matando lentamente.

Apoyé las manos en la superficie pulida de la mesa, sintiendo cómo el frío del ébano se filtraba a través de mis palmas sudorosas. Por un momento me sentí como si estuviera a punto de saltar desde un acantilado sin saber si había agua o rocas esperándome abajo.

—Por años, el nombre 'Alessandro Rosetti' ha representado a esta familia en cada negociación, en cada declaración de guerra, en cada momento crucial —comencé, sintiendo cómo cada palabra me desnudaba un poco más—. Pero el verdadero Alessandro murió hace cinco años en un accidente de coche que algunos de ustedes recordarán.

El silencio se espesó. Algunos rostros parpadearon con confusión, otros comenzaron a procesar las implicaciones.

Me enderecé con toda la dignidad que pude reunir, permitiendo que la luz dorada de las lámparas de araña esculpiera completamente mis rasgos femeninos.

—Soy Valentina Rosetti, la hermana menor de Alessandro e hija mayor de Domenico Rosetti, heredera legítima de este imperio

—cada palabra salía de mi garganta como si estuviera vomitando cristales rotos—. Durante los últimos cinco años, he dirigido personalmente cada operación, y celebrado cada victoria que ustedes han atribuido a un fantasma masculino que solo existía en papeles y en su imaginación.

El aire en la habitación se volvió tan denso que respirar se convirtió en un esfuerzo consciente. Don Raoul se quedó con la boca ligeramente abierta, procesando años de interacciones bajo una luz completamente nueva. Dos capos más jóvenes intercambiaron miradas de incredulidad pura.

Benedetta, por su parte, comenzó a sonreír. No era una sonrisa de alegría, sino de reconocimiento absoluto, como si finalmente hubiera resuelto un rompecabezas que la había estado molestando durante años.

Giovanni, por otro lado, parecía estar pasando por varias emociones conflictivas a velocidad de vértigo. Podía ver la molestia casi infantil porque le había arrebatado la oportunidad de desenmascarme él mismo, de ser el protagonista de mi humillación pública. Pero, por otro lado, sus ojos brillaban con una excitación sádica anticipando las reacciones negativas de los demás capos.

—Lo que he hecho durante estos años no ha sido una estafa ni una manipulación desesperada —continué, sintiendo cómo el sudor me corría por la espalda bajo el traje—. Es la prueba irrefutable de que he jugado exactamente vuestro mismo juego, con vuestras reglas despiadadas, con los mismos riesgos mortales, y he ganado más veces de las que he perdido.

Comencé a caminar alrededor de la mesa con pasos medidos. Cada capo por el que pasaba reaccionaba de manera diferente: algunos desviaban la mirada con incomodidad, otros me seguían con los ojos como si fuera un espécimen fascinante en un museo, algunos apretaban los puños con una ira creciente.

Los murmullos indignados brotaron como pequeños incendios alrededor de la mesa.

—Impossibile —masculló uno.

—Una femmina —siseó otro con desprecio.

Pero otros permanecían en silencio absoluto, dándome la oportunidad de continuar, de convencerlos, y eso era más esperanza de la que había tenido en semanas.

Marco, mientras tanto, se había convertido en una estatua, cada fibra de su ser preparada para la violencia. Sus ojos no paraban de moverse, catalogando amenazas potenciales, calculando ángulos de escape, contando armas.

—La pregunta que todos ustedes deben hacerse ahora es muy simple —dije, deteniéndome y clavando mi mirada en cada rostro uno por uno—: ¿quién de ustedes se atreverá a negarme el respeto y reconocimiento por lo que ya he demostrado con sangre y victoria?

En ese preciso momento, un portazo resonó al final de la sala.

Todas las cabezas giraron al unísono, y mi corazón se detuvo completamente.

“No. No puede ser”.

Allí estaban: Enzo y Lucía Torretti.

Juntos.

Capítulo 28

La entrada no había sido planeada, y la sorpresa me golpeó como un puñetazo en el estómago. Enzo había estado en paradero desconocido desde la noche anterior, cuando literalmente lo habíamos dejado en manos de su enemiga más peligrosa. Marco había vuelto a la villa por la mañana para buscarlo, arriesgando su propia vida, pero ni él ni Lucía estaban allí. Solo habitaciones vacías y sábanas revueltas que olían a sexo y traición.

Mierda. Mierda. Mierda.

Enzo caminaba con esa confianza natural que siempre había tenido, pero algo en sus ojos estaba diferente. Había una tensión en sus hombros, una rigidez en su mandíbula que no sabía cómo interpretar.

Lucía, por su parte, era una sinfonía de seducción letal. Su traje rojo se amoldaba a cada curva como si hubiera sido pintado directamente sobre su piel, y caminaba con una sensualidad hipnótica.

—Espero no interrumpir nada importante —dijo Lucía con una sonrisa traviesa, pero sus ojos estaban fijos en mí.

Zorra calculadora.

—Llegas justo a tiempo para la parte más interesante —replicó Giovanni, y la forma en que lo dijo hizo que mi estómago se hundiera hasta mis pies. Como si hubiera orquestado toda la entrada, como si cada segundo hubiera sido planificado por él.

Malas noticias. Muy malas noticias.

Evalué la escena con la desesperación de un general viendo cómo se desmoronaba su última estrategia. Enzo me había traicionado finalmente, vendido por las promesas de Lucía.

La forma en que evitaba deliberadamente mi mirada lo confirmaba.

Marco parecía una bomba humana a punto de explotar. Sus músculos estaban tan tensos que podía ver las venas marcándose en su cuello. Sus ojos estaban clavados en Enzo con una mezcla de incredulidad, furia y dolor que era casi doloroso de presenciar.

La traición le dolía el doble porque Enzo era su primo, su sangre.

Lucía se acercó a la mesa.

—Ya que estamos teniendo esta conversación tan... reveladora... sobre Rosetti —dijo con una dulzura falsa—, pensé que sería el momento perfecto para añadir mi propia pequeña contribución a la discusión.

—¿Y qué tienes que aportar, sobrina querida? —la alentó Giovanni con entusiasmo.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula. Estaba completamente acabada. Las siguientes palabras de Lucía, pronunciadas en un momento tan delicado, serían la última puñalada necesaria para destruir no solo mi autoridad, sino probablemente mi vida.

Con un gesto que fue como una bofetada visual, Lucía enlazó su brazo con el de Enzo y comenzó a acariciarlo con una intimidad posesiva que me revolvió el estómago. Era un gesto calculado para mostrar dominación, conquista.

Maldito traidor. Maldito cobarde. Maldito...

Pero antes de que pudiera completar mis pensamientos de odio, Lucía abrió la boca y las palabras que salieron fueron como pólvora esparcida sobre una llama:

—Quería que todos supieráis que sus propios hombres más cercanos ya la han traicionado, incluso antes de descubrir que es una mujer. Imaginad lo que harán cuando se enteren todos de que han estado siguiendo órdenes de una farsante...

Los murmullos se volvieron inmediatamente venenosos. Las voces se alzaron en indignación, confusión, ira.

Todo se había acabado.

Luché por mantener mi rostro impasible, aunque por dentro la humillación y la rabia amenazaba con destruir todo lo que quedaba de mi cordura.

Abrí la boca, preparándome para intentar salvar algo que ya sabía que era imposible de arreglar.

Pero no tuve la oportunidad.

En ese momento, con un movimiento tan rápido que casi pareció una ilusión óptica, Enzo hizo un giro de hombros que soltó el brazo de Lucía del suyo. En el mismo movimiento fluido, una navaja de acero apareció en su mano y la hoja se posicionó contra la garganta pálida de Lucía.

Sus ojos se agrandaron con una mezcla de *shock* absoluto.

—Nunca traicionaría a los Rosetti —declaró Enzo con una voz que cortó el aire como un disparo de cañón—. Solo he fingido que lo hacía para conseguir acceso a la mansión privada de Giovanni y obtener esto.

Con su mano libre, sin apartar ni por un segundo la presión de la navaja del cuello de Lucía, Enzo lanzó sobre la mesa de ébano un sobre de manila que se abrió al impactar contra la superficie pulida, esparciendo fotografías.

El contenido hizo que varios capos encogieran la cara instintivamente. Don Raoul, que había visto torturas, ejecuciones y atrocidades durante seis décadas en este mundo, palideció visiblemente.

Las imágenes mostraban a Giovanni en situaciones que no dejaban lugar a dudas sobre sus preferencias más oscuras y depravadas: niñas que claramente no podían tener más de doce años, con uniformes escolares desgarrados, en actitudes y posiciones que hicieron que mi estómago se revolviera violentamente.

Giovanni se había puesto de un color ceniza enfermizo, sus ojos saltando entre las fotografías con una mezcla de terror y furia. Sus manos temblaban tan violentamente que el vaso de whisky se le escurrió entre los dedos, estrellándose contra el suelo.

—Esa es la verdadera razón por la que Valentina ha tenido que esconderse detrás de la figura de un hombre durante todos estos años —explicó Enzo—. Para mantenerse fuera del alcance de las garras asquerosas de este pederasta de mierda. Y como ella fue

la única víctima que logró escapársele cuando era menor de edad, Giovanni está tratando de destruirla de cualquier manera posible.

Sentí como si alguien acabara de quitarme un peso de cincuenta kilos de los hombros. Por primera vez en años, alguien había verbalizado la verdad que me había perseguido como una sombra. Mis ojos se llenaron de lágrimas que me negué a derramar.

Marco miraba a su primo con una mezcla de admiración absoluta y alivio. La traición que había creído ver se transformó en la jugada más brillante que había presenciado jamás.

El silencio que siguió fue absoluto y denso. Era el tipo de silencio que precede a los terremotos, a las revoluciones que cambian el mundo para siempre.

Y en ese silencio cargado de electricidad pura, vi con una claridad cristalina cómo todo el tablero de ajedrez se reorganizaba completamente a mi favor.

Pero Giovanni no es el tipo de hombre que se rinde fácilmente.

Un chasquido metálico cortó el aire.

Desde las sombras entre los escoltas, un sicario emergió, su Beretta equipada con silenciador profesional apuntando directamente a mi corazón.

El tiempo se fracturó en pedazos de cristal.

Ya estaba girando, mi cuerpo moviéndose con la gracia letal de una bailarina y la urgencia desesperada de una guerrera que sabe que cada milisegundo cuenta. Mis músculos se tensaron, mi mente calculó ángulos, distancias, probabilidades...

Pero no fue lo suficientemente rápido.

Marco se interpuso entre la muerte y yo sin un nanosegundo de duda, sin un pensamiento para su propia supervivencia. Su Glock 19 salió de la funda con una velocidad que desafió las leyes de la física humana.

Dos disparos precisos y el sicario se arqueó hacia atrás. Su arma patinó por el suelo con un sonido que pareció durar una eternidad.

Marco permanecía con el brazo extendido, sus ojos convertidos en brasas encendidas que prometían una muerte lenta a

cualquiera que se atreviera a amenazarme.

—El próximo hijo de puta que se atreva a levantar un arma contra mi mujer no tendrá la suerte de morir tan rápido como este cabrón —rugió.

Le lancé una mirada que duró apenas un segundo. Por un instante, no era la jefa temida de una familia criminal, sino simplemente una mujer que acababa de comprender que alguien estaba dispuesto a morir por ella sin pensarlo dos veces.

Giovanni, aprovechando el caos como el oportunista nato que era, se levantó de su silla con la desesperación de un hombre que ve cómo su mundo se desmorona.

—¡Espero que ninguno de ustedes sea tan estúpido como para creer las calumnias de esta mujer histérica! —gritó—. Esas fotografías son falsificaciones.

Pero su pánico era tan evidente, su desesperación tan palpable, que sus palabras sonaron huecas.

Tres capos se levantaron casi simultáneamente, alineándose físicamente con Giovanni en un gesto que dividió la habitación como una grieta en el suelo.

—No voy a respaldar a una niña que se disfraza de hombre para engañarnos —declaró uno de ellos, Don Carmine, con el desprecio goteando de cada palabra—. Esto es una blasfemia contra todo lo que representamos.

Imbéciles tradicionalistas. Era de esperarse.

Pero antes de que el miedo pudiera extenderse, Benedetta se puso en pie y caminó hasta colocarse físicamente junto a mí, su presencia irradiando poder y autoridad acumulados durante décadas.

—Los números no mienten, y yo no tengo paciencia para imbéciles que no saben leerlos —declaró con determinación—. Bajo el liderazgo de Valentina, los territorios Rosetti se han triplicado. Los ingresos se han druplicado. Sus enemigos no solo han sido eliminados: han sido borrados de la existencia como si nunca hubieran nacido.

Don Raoul, el patriarca más anciano y respetado, se alzó lentamente, apoyándose en su bastón de ébano con incrustaciones

de plata. El sonido de la madera golpeando el mármol resonó como un martillo de juez dictando sentencia.

—En sesenta años en este negocio sangriento —dijo con una voz que había ordenado miles de muertes—, he visto caer imperios enteros dirigidos por hombres que se creían invencibles. Me importa un bledo lo que cualquiera tenga entre las piernas. Lo único que me interesa es alguien que entrega resultados medibles y mata eficientemente a nuestros enemigos.

Su bastón golpeó el suelo una vez más, como un sello final.

—Y esta mujer ha demostrado que puede hacer ambas cosas mejor que la mayoría de algunos nosotros.

Sentí un atisbo de esperanza expandiéndose en mi pecho. No era victoria todavía, pero era posibilidad. Era una grieta en el muro que podría convertirse en una puerta.

Marco se colocó más cerca de mí. Enzo, que aún mantenía la navaja en el cuello de Lucía, asintió casi imperceptiblemente hacia mí, un gesto que decía más que mil palabras de lealtad.

Mi equipo. Mi familia elegida.

—Las cartas están sobre la mesa —declaré finalmente—. Cada uno de ustedes debe tomar una decisión que definirá no solo su futuro, sino su supervivencia. Elijan su bando cuidadosamente, porque les prometo por la sangre de mi padre que no habrá segundas oportunidades para nadie.

El aire se espesó con tensión eléctrica. La guerra civil acababa de comenzar oficialmente, y todos en esa habitación sabían que antes del amanecer, algunos de ellos estarían muertos.

Capítulo 29

La mesa de ébano se había convertido en mi campo de batalla personal. Las voces de esos cabrones resonaban como martillazos en mis oídos: unos me acusaban de fraude, otros querían ver a Giovanni fuera de allí de una patada en el culo.

Mantuve la mirada fija, como si fuera la única que conservaba la cordura en este manicomio. Mis dedos se cerraron sobre el borde de la mesa hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Joder, cómo me costaba no sacar la pistola y silenciar a esos gilipollas de un tiro. Podía sentir los ojos de Marco clavados en mí, esa mirada protectora que me hacía sentir como si pudiera conquistar el mundo y a la vez como si fuera de cristal. Sabía que se avecinaba una mierda gorda. Y no me equivoqué.

Riccardo, uno de mis hombres, irrumpió como un huracán, empapado en sudor y con sangre manchándole la manga. Sus ojos me buscaron desesperados.

—Alessandro —jadeó, doblándose por la mitad—. Il Paradiso está ardiendo. El almacén del Trastévere, perdido. El puerto... aguanta, pero están por todas partes.

Se me cayó el alma a los pies, pero ni de coña iba a dejar que me vieran doblegada. Cada palabra era una puñalada directa al corazón, cada local perdido un pedazo de mi vida que se desvanecía. Giovanni se echó hacia atrás con una sonrisa que deseé borrar a golpes.

—¿Esos son tus famosos resultados? —se mofó, fingiendo sorpresa—. El imperio Rosetti se va a la mierda. ¿Será el castigo por seguir a una impostora?

Marco se tensó. Sabía que tenía la mano en la Glock, que estaba imaginándose vaciarle el cargador a Giovanni en la cara. El

aire se espesó con su violencia contenida, y joder, qué sexy estaba cuando se ponía así de peligroso.

Le toqué el brazo, un roce suave pero firme. Se contuvo, aunque pude sentir cómo cada fibra de su ser gritaba por destrozar a Giovanni.

—¿Vas a salir corriendo a llorar, Valentina? —se burló uno de los capos más jóvenes.

Mis ojos se volvieron de hielo. Por un momento, dejé que vieran a la auténtica Donna Rosetti: letal e implacable.

—No —mi voz cortó el aire como una cuchilla—. Voy a defender lo que es mío. El que quiera irse con Giovanni, que se vaya. Los que prefieran seguir forrándose conmigo, ya sabéis dónde encontrarme cuando limpie esta ciudad de ratas.

Me giré hacia Marco y Enzo. Por un segundo, se me resquebrajó la máscara. Marco vio el miedo que escondía, la incertidumbre que me carcomía por dentro. Y eso, en lugar de alejarle, pareció hacer que me amara aún más.

—Vámonos.

Salimos del palacio con la tensión pegada a la piel. Fuera, Nápoles rugía con sirenas y humo. Nuestra ciudad se desintegraba ante nuestros ojos.

Me dejé caer en el asiento trasero del Maserati, permitiendo por primera vez que la máscara se aflojara un poco. Marco me siguió, y pude sentir su mirada clavada en mí, hipnotizado.

Enzo arrancó con las manos temblándole ligeramente. Cuando aceleró hacia el puerto, el silencio explotó como una bomba.

—¿Te has vuelto loca? —gruñó Marco, agarrándome la muñeca con esa fuerza contenida que me ponía la piel de gallina—. Te has expuesto ante quince capos sedientos de sangre, has revelado tu identidad y has dejado que te dispararan. ¿Es que quieres morir?

Su contacto me quemó la piel, despertando sensaciones que no podía permitirme sentir en medio de esta guerra. Pero ahí estaba él, siempre ahí, siendo mi ancla cuando todo se iba a la mierda.

Liberé mi muñeca de un tirón, pero mis ojos no pudieron evitar clavarse en sus labios, en cómo se le había acelerado la

respiración.

—No quiero morir, Marco —mi voz se suavizó un poco—. Pero Giovanni iba a destruir mi tapadera igualmente. He preferido ser yo la que lo soltara. Tengo que vivir con la verdad, nos guste o no.

Tragó saliva, la furia temblándole en el rostro, pero sus palabras destilaron miedo puro.

—Vas a matarme un día de estos...

Nuestros ojos se encontraron y el tiempo se paró. En esa mirada leí años de devoción silenciosa, de noches en vela protegiéndome, de un amor que había enterrado bajo capas de profesionalidad. Marco vio en mis ojos el peso del liderazgo, la soledad del poder, y el deseo ardiente que luchaba por escapar.

—No tienes que protegerme de todo —susurré, llevando mi mano a su mejilla con una ternura que contrastaba con la violencia de nuestro mundo—. Déjame ser tu compañera y luchar a tu lado.

Sus defensas se desplomaron. Me atrapó entre sus brazos, sus labios rozando los míos con una urgencia desesperada.

—Te amo, Valentina —gruñó contra mi boca—. No puedo evitarlo. Te protegeré con mi vida vayamos donde vayamos. No porque seas mi jefa, sino porque no pienso vivir ni un segundo sin ti.

El beso fue una explosión. Hambre y guerra en cada roce, como si quisiéramos devorarnos antes de que la muerte nos separara. Sus manos recorrieron mi cintura con adoración desesperada, subiendo bajo mi camisa.

Lo atraje hacia mí, gimiendo contra su boca, mi cuerpo encendiéndose con una pasión que el peligro solo intensificaba. Mis uñas se clavaron en sus hombros, marcándolo como mío. El aire se llenó de respiraciones agitadas, de suspiros que hablaban de años de deseo contenido.

Por el espejo retrovisor vi a Enzo observándonos y traté de recomponerme, justo cuando él frenaba bruscamente.

—Hemos llegado —informó.

Salimos al puerto. Una docena de mis hombres resistían tras las grúas, disparando contra las oleadas de soldados de Giovanni.

Respiré profundo, transformándome de nuevo en la Donna implacable. Marco cargó su Glock, su sonrisa una mezcla de amor

recién confesado y oscuridad letal.

—Juntos hasta el infierno, Donna Valentina —murmuró.
Le devolví la sonrisa, feroz y hermosa.

Las llamas de los contenedores dibujaban montañas de fuego contra el cielo negro. Las grúas retorcidas parecían esqueletos amenazantes bajo ese resplandor anaranjado que me recordaba al infierno. El aire apestaba a pólvora, gasoil y sangre, se me pegaba a la garganta como si quisiera asfixiarme.

Corrí con la pistola empuñada y la chaqueta de Alessandro arrugada. El sudor me empapaba la frente y el peso del liderazgo me aplastaba los hombros. Cada hombre caído, cada gota de sangre derramada, era mi puta responsabilidad.

Rico disparaba a mi lado desde un contenedor oxidado, sus movimientos letales pero cansados. Su respiración irregular traicionaba esa fachada de acero que siempre mantenía. Tres de mis leales lo cubrían, pero el miedo asomaba en sus ojos como una sombra.

—Están por todas partes —rugió Rico, recargando con movimientos automáticos—. Giovanni ha vaciado los malditos túneles.

Sentí el mapa del puerto grabado en mi mente como una cicatriz. Cada callejón, cada rincón. Giovanni nos había acorralado como ratas. Cada esquina era una emboscada y en cada sombra se escondía un cañón.

Un disparo cortó el aire con un silbido mortal. Rico cayó.

Su cuerpo se arqueó mientras soltaba un grito gutural y la sangre empezó a brotar de su pecho como una fuente macabra. Sus ojos oscuros encontraron los míos, aún cargados de esa lealtad ciega que me había dado durante años.

—No te rindas... jefa —jadeó con esfuerzo—. Ha sido un honor. Dominico estaría orgulloso.

Su mano temblorosa manchó la mía de rojo. El calor de su sangre me quemó la piel.

—Rico, no... —se me quebró la voz como cristal.

Sus ojos se quedaron fijos en el cielo ardiente. Una sonrisa fantasmal curvó sus labios antes de apagarse para siempre.

Mordí mi labio hasta saborear mi propia sangre, la rabia congelándome el pecho. Rico era como un padre para mí, todo lo que me había quedado de mi familia aparte de Elena. La furia me recorrió como adrenalina pura.

Una granada estalló y Lorenzo Mancini voló por los aires, estrellándose contra un contenedor. Su rostro quedó destrozado, un rastro de sangre marcando su caída. Sus hombres retrocedieron, el pánico quebrando su temple.

—¡Mantened las posiciones! —grité, pero sabía que los estaba condenando a muerte. Los cabrones de Giovanni nos superaban en número. Necesitaba un puto milagro para salir de esta mierda.

Entonces irrumpió Gina Morelli. Tres furgones blindados rugiendo tras ella como bestias de acero. Sus mujeres descendieron, rifles escupiendo fuego, derribando a los hombres de Giovanni en una danza macabra. Gina, vestida para el combate, avanzó hacia mí disparando a diestro y siniestro.

—¡No estás sola, Rosetti! —me gritó desde detrás de un contenedor—. Cumplo mi parte del trato.

Asentí, aunque la desconfianza me royó las entrañas. En este mundo de mierda, los aliados pueden volverse víboras en un parpadeo. Pero ahora era Gina o la muerte.

El fuego creció hasta convertirse en un infierno mecánico. Por cada enemigo que caía, tres más emergían de los túneles como demonios del averno.

Una bala silbó cerca de mí, lanzándome tras un barril. Otra estalló, tirándome al suelo, el pitido ensordecedor llenándome los oídos. Sangre y pólvora me inundaron la boca.

Escuché el crujido de botas sobre la grava ensangrentada. Lo siguiente que sentí fue un fusil golpeándome la mandíbula, el dolor explotando como un relámpago que me atravesó el cráneo.

—¡Tenemos a la impostora! —rugió una voz desconocida.

Me arrastraron, mi cara raspando la grava, los brazos retorcidos hasta que pensé que se me iban a romper. Joder, qué ganas tenía de matar a estos cabrones con mis propias manos.

Capítulo 30

MARCO

El humo me araña los pulmones mientras corro entre contenedores en llamas. Siento el costado húmedo, una bala me ha rozado, pero no va a detenerme. No cuando he perdido el rastro de Valentina.

—¡Valentina! —rujo, desbordado de furia y miedo.

Detrás de mí, Enzo me sigue implacable. Dispara a cualquier sombra que se atreve a cruzarse en nuestro camino. Entre los dos bailamos una danza mortal que hemos aprendido desde niños.

Unos metros a la izquierda, distingo a Elena encajada tras un contenedor oxidado, el metal carcomido por la sal del mar. Jadea como animal herido, el sudor pegándole el pelo a la frente.

Jae está a su lado, recargando la pistola con la calma que le caracteriza, la manga de su camiseta negra empapada de sangre que gotea constante sobre el asfalto agrietado.

—Estás herido —grita Elena, que aún no se ha percatado de nuestra llegada.

—No es nada —miente Jae, el destello de dolor que atraviesa su rostro lo delata. Baja la voz, con un timbre áspero que casi no alcanzo a oír por encima del rugido ensordecedor de las balas—. Quédate aquí. Protege el perímetro. Puedo manejar esto solo.

Elena lo mira como si quisiera matarlo allí mismo, con sus propias manos. Escupe al suelo, un salivazo mezclado con sangre, limpiándose el sudor con el dorso de la mano temblorosa.

—¿Me vas a proteger tú a mí? ¿Después de insistir en que sea tu niñera?

Jae la agarra por los brazos de pronto, con una firmeza desesperada, mirándola como si no existiera nada más en todo el

universo.

—No tienes que protegerme —susurra él con intensidad—. Si mueres esta noche, alguien se va a quedar jodidamente solo en Nápoles. Y aburrido...

Elena parpadea, con los labios entreabiertos como si fuera a decir algo que podría destruir el mundo, pero al final opta por soltar un bufido y sacudir la cabeza.

Aparto la vista, no hay tiempo para sus malditos dramas, no cuando Valentina está en alguna parte de este infierno, posiblemente muriendo mientras pierdo segundos preciosos observando confesiones de amor mal disimuladas.

Avanzo por el pasillo entre contenedores a ciegas. De pronto, el humo se abre por un instante, como si el mismo destino hubiera apartado las cortinas del infierno.

Y allí está.

En lo alto de la plataforma metálica, rodeada de llamas. Valentina cae de rodillas. Maniatada y ensangrentada, pero con la barbilla alzada en desafío. Giovanni está de pie frente a ella, su maldita sonrisa iluminada por el resplandor anaranjado del fuego, como si fuera el mismísimo diablo reclamando su alma.

La visión me arranca del mundo, me saca de mi cuerpo y me lanza a un lugar donde solo existen ella y mi necesidad desesperada de protegerla. Todo lo demás se vuelve ruido lejano.

—¡Valentina! —grito, con la garganta desgarrada, apretando el gatillo una y otra vez hasta que el metal se calienta en mis manos.

Uno de los hombres de Giovanni se desploma sobre las planchas de acero, otro cae con un disparo certero en la garganta, ahogándose en su propia sangre. Avanzo como un huracán, ciego de ira, el dolor de la herida ya olvidado en algún rincón perdido de mi consciencia.

Enzo me sigue, disparando a cada sombra que intenta cerrarnos el paso. Elena cubre nuestras espaldas, furiosa, sola, disparando con un odio que ruge tanto como las llamas que devoran el puerto.

—¿Dónde está Jae? —grita Enzo sin resuello.

—No lo sé —escupe Elena, con los ojos desorbitados, la voz cargada de veneno—. Creo que nos ha dejado tirados.

No contesto. No puedo.

Solo veo a Valentina, caída a los pies de Giovanni.

Sus ojos encuentran los míos a través del infierno. Incluso desde la distancia, puedo ver que no hay miedo en esa mirada verde que me ha enamorado desde casi el primer encuentro. Solo hay amor, un amor feroz y salvaje que arde más brillante que todo el fuego que nos rodea.

—Mira cómo ha caído la gran Donna Rosetti —se burló Giovanni, paseándose alrededor de ella como un buitre—. La princesita que creía que podía jugar en el mundo de los hombres.

—Vete a tomar por culo, Giovanni —dijo Valentina antes de escupirle.

Él la abofeteó con tanta fuerza que una ira roja me llena la visión, tiñendo el mundo de sangre y venganza. Mis dedos se cierran alrededor de la empuñadura de mi arma con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

—Siempre tan bocazas —murmuró Giovanni, limpiándose la cara—. Pero ahora vas a pagar por todas las molestias que me has causado.

—¡Valentina!

Giovanni siguió mi voz y se giró hacia mí.

—Ah, el perrito guardián viene a rescatar a su ama —se carcajeó—. Qué tierno.

Pero yo vi el destello de preocupación en sus ojos. Yo no era cualquier sicario. Era la muerte personificada cuando se trataba de proteger a mi mujer.

Y estaba muy, muy cabreado.

Capítulo 31

VALENTINA

Caí de rodillas en esa plataforma de metal que parecía el escenario perfecto para mi funeral. Estaba cubierta de sangre propia y ajena, con la ropa y la moral hechas trizas. Giovanni me miraba desde arriba con esa sonrisa que había aprendido a odiar desde niña, su traje impecable como un insulto a todo el caos que nos rodeaba.

—La emperatriz travesti ha caído —anunció, su voz cargada de un veneno dulce que sabía a victoria anticipada—. Tu imperio de humo se acaba esta noche, *cara mia*.

Escupí sangre a sus zapatos de cuero italiano.

—Disfruta el trono mientras puedas, bastardo —siseé—. No te durará ni una semana.

Se rio, un sonido que helaba la sangre.

—Los muertos no se pueden vengar, *puttana* —susurró, saboreando la palabra como si fuera vino añejo—. Y tú vas a estar muy, muy muerta.

Levantó la mano como si fuera un emperador romano, y varios fusiles de los Toretto me apuntaron directamente al pecho.

Cerré los ojos, sintiendo el peso del fracaso aplastándome. Todos los que habían muerto por mí... Rico... Lorenzo... Todos por nada.

Cuando los abrí, vi a Marco emergiendo del humo como un arcángel vengador. Debía de estar soñando esa mirada cargada de un amor que nunca creí que podría conocer. Aunque fuera una fantasía de mi mente en *shock*, me llenó de una paz extraña.

Un disparo cruzó el aire.

Un Toretto cayó con un agujero redondo en la frente, la sorpresa pintada en sus ojos cuando se desplomó. Giré la cabeza, el

corazón galopándome como un caballo desbocado.

Marco estaba allí de verdad. Había disparado, tambaleante pero implacable, la camisa empapada en sangre fresca. Su Glock humeaba en su mano temblorosa, pero sus ojos permanecían fijos en mí.

—¡Valentina! —gritó, disparando de nuevo.

Otra bala lo alcanzó en el muslo, haciéndolo tambalearse, pero siguió arrastrándose hacia mí como si fuera lo único que importara en todo el universo. La sangre dejaba un rastro rojo, pero no se detuvo.

Elena y Enzo irrumpieron desde los flancos, disparando en perfecta sincronía. Sus balas encontraban carne, pero incluso yo podía ver la matemática cruel de la situación.

No había nada que hacer. Íbamos a perder. Y eso me destrozaba. No por mi muerte, sino por no haber podido proteger a mi familia de este monstruo que había llenado mi infancia de pesadillas.

De pronto, el suelo tembló. Una explosión subterránea sacudió la plataforma como un terremoto, y los túneles que Giovanni había usado para sorprendernos comenzaron a colapsar. El sonido era ensordecedor, como si el mismo infierno se abriera bajo nuestros pies.

La cara de Giovanni se puso blanca, su sonrisa desvaneciéndose por primera vez, los ojos girando con pánico hacia el humo negro que se alzaba desde las entrañas de la tierra.

Aproveché la distracción para cortar mis cuerdas con la daga que siempre llevo escondida en el muslo. Me puse de pie blandiendo el cuchillo, la sangre goteándome entre los dedos.

—No verás amanecer, *figlio di puttana* —rugí, lanzándome sobre él con el puñal directo a su corazón.

Pero entonces cambió todo otra vez. Una oleada humana emergió como una plaga: hombres de Giovanni con cascos negros y calaveras blancas, ametralladoras rugiendo como bestias. Había subestimado completamente su preparación.

Giovanni sonrió con esa satisfacción diabólica.

—¿Qué decías, pequeña Valentina?

Las balas llovieron sobre nosotros. Marco gritó mi nombre con una desesperación que atravesó el rugido de las armas. Elena y Enzo retrocedían, completamente superados.

Pero lo que me partió el corazón fue ver rostros familiares entre las filas enemigas. Algunos de mis antiguos aliados estaban allí, hombres que durante la reunión habían bajado la mirada cuando revelé mi identidad. Ahora me apuntaban con sus armas.

Giovanni se agachó como una araña, sus dedos fríos sujetándome la mandíbula con una fuerza brutal, obligándome a mirarlo a esos ojos que odiaba.

—¿Dónde está tu corona ahora, Rosetti? —susurró—. ¿Dónde están tus discursos de mujercita empoderada?

Lo miré fijamente sin pestañear. Solo odio puro. Un odio tan helado que ardía más que todo el fuego que crepitaba alrededor.

Se incorporó lentamente y levantó los brazos hacia sus hombres.

—¡Mirad! —bramó—. ¡Esta es la líder a la que habéis confiado vuestras vidas! Una mujer disfrazada, una mentirosa, débil como todas.

Me reí con sangre decorando mis labios.

—Aun así, aquí estás... —siseé—. Necesitando veinte tíos armados hasta los dientes para sujetarme. ¿Quién es el verdadero débil, Giovanni?

Me abofeteó con fuerza. Caí de lado, el sabor metálico llenándome la boca, pero no aparté los ojos de él ni un segundo.

—Apártate de ella. —La voz de Marco rasgó el humo.

Se abalanzó sobre un guardia con desesperación suicida y se plantó frente a mí como un muro humano. Sus ojos, empañados por lágrimas y humo, buscaron los míos.

Se me contrajo el pecho como si el universo se derrumbara sobre mis costillas. Una lágrima escapó, arrastrando ceniza por mi rostro.

—Marco... —susurré, pero sabía que era una despedida.

—¡Matadlos a todos! —gritó Giovanni.

El mundo estalló en fuego blanco. Una bala me atravesó el hombro, haciéndome caer con un grito ahogado. Marco recibió otra

en el brazo, pero se mantuvo frente a mí.

Traté de apartarle, de protegerle yo, cada movimiento un tormento.

Entonces vi a Elena siendo arrastrada por dos montañas de músculos. Giovanni apuntó su pistola a la sien de mi hermana.

—¿A quién más quieres perder esta noche, Rosetti? —rugió—. ¿Cuántos cadáveres más necesitas?

El mundo se detuvo. Mi hermana también iba a morir. Por mí. Por mis decisiones.

Pero entonces un rugido cruzó el cielo. Barcos de casco negro irrumpieron desde los canales como espectros. Cuerdas descendieron y de ellas se deslizaron hombres vestidos de negro, con símbolos del Círculo del Este brillando con el dragón azul.

Y allí, recortado contra las llamas, apareció Jae.

Saltó al puerto con una gracia que desafiaba la gravedad y disparó sin pestañear. Un hombre de Giovanni cayó, luego otro.

—¿Pensaste que te había abandonado? —gritó—. Mujeres de poca fe las Rosetti.

Mi corazón latió con fuerza. No era solo esperanza. Era venganza pura.

Enzo emergió de las sombras, sangrando, pero erguido, y disparó a un traidor.

—Eso fue por mi madre —susurró.

Giovanni corrió hacia la salida como una rata huyendo.

Me levanté a pesar del dolor y la debilidad por la sangre perdida. Corrí tras él y lo alcancé al borde del muelle.

—¡Detente! —rugí, apuntándole.

Se giró con una sonrisa torcida, aunque ahora había miedo en sus ojos.

—Este mundo nunca obedecerá a una mujer —escupió—. Jamás serás más que una puta disfrazada.

No dudé ni un microsegundo. Apreté el gatillo.

La bala le atravesó la frente limpiamente. Giovanni cayó hacia atrás, los ojos abiertos mirando al cielo sin verlo.

El silencio fue absoluto. Solo el crujir del fuego y el agua golpeando los pilotes.

Marco se tambaleó hasta mí, cayendo de rodillas. Me tomó la mano tembloroso.

—Valentina... —jadeó—. Mi pequeña pesadilla has ganado la guerra.

Lo miré, y aunque las palabras se habían escondido en mi garganta, mis ojos dijeron todo. Amor. Gratitud. Perdón.

Cada fibra rugía de dolor, pero me negaba a caer. No delante de mis hombres.

Marco cayó primero. Su cuerpo era un colador. Se desplomó con un golpe que me partió el alma.

Me lancé hacia él, las rodillas estrellándose contra el suelo, mis manos presionando su torso ensangrentado.

—¡Marco! —grité.

Me miró con ojos febriles.

—Prometí que te seguiría hasta el infierno —susurró—. Me temo que voy a adelantarme, *amore mio*.

—No digas eso, joder —gruñí, apretándole la mano—. ¡No te atrevas a dejarme ahora!

Los buitres llegaron entonces. Hombres que se habían aliado a Giovanni, reuniéndose alrededor con murmullos venenosos.

—¿Quién manda ahora? —escupió uno.

—Lucía Torretti —siseó otro.

Elena, con los ojos húmedos pero firme, susurró:

—Haz lo que tengas que hacer. Yo me quedo con él.

Asentí, pero cada paso lejos de Marco era como arrancarme la piel. Caminé hacia los hombres sin jefe, con sangre goteando de mi hombro.

—El trono de los Toretto está vacío —declaré, la voz ronca pero alta—. Giovanni murió como el perro que era. Yo soy Valentina Rosetti, y voy a destrozar a cualquiera que se ponga en mi camino.

Un capo dio un paso al frente.

—No aceptaremos a una mujer —escupió—. Esto lo debe llevar un hombre de verdad.

Caminé hacia él. Hizo amago de desenfundar, pero yo era más rápida. Le disparé sin parpadear. Un agujero en la frente, los sesos salpicando a los que retrocedieron horrorizados.

—¿Alguien más quiere discutir mi autoridad? —rugí.

El silencio fue absoluto. Hasta el fuego contuvo su aliento.

La ausencia de Gina pesaba como una losa. Su desaparición era una traición calculada. Pero ahora Marco era mi prioridad.

Aunque todos esperaran mi próximo movimiento.

Capítulo 32

Vigilaba a Marco desde un sillón de acompañantes que me estaba dejando el culo cuadrado. En los pocos ratos que tenía para descansar, trataba de no moverme demasiado para darle una oportunidad a mi hombro de curarse. Odiaba el dolor punzante de los balazos, pero sabía que en mi línea de trabajo no iba a ser la última vez.

La luz de los ventanales y las vistas a la montaña deberían haber hecho la estancia más soportable, pero Marco parecía un león enjaulado.

—Esto es un jodido aburrimiento —gruñó, apartando la sábana con un gesto que le arrancó una mueca de dolor—. Estoy bien. No necesito quedarme otra noche aquí como un inválido.

—Marco... —suspiré, masajeándome el puente de la nariz donde la tensión y la falta de sueño se acumulaban—. Tienes dos costillas rotas, heridas de balazos por el torso, un muslo perforado y un brazo vendado. No vas a ninguna parte.

—Puedo disparar con la izquierda —replicó, desafiando toda lógica médica—. Llama a esa rata con bata blanca y exígele que me dé el alta.

Elena, sentada en el sofá con las piernas cruzadas, soltó una carcajada seca.

—Este idiota tiene demasiada testosterona, no le deja hueco para el sentido común —se burló mi hermana—. Creo que tengo unas esposas en el coche.

—Pues úsalas para esposarte a tu ídolo k-pop, así tienes excusa para no separarte de él —contraatacó Marco, señalando a Jae que estaba apoyado contra la pared observándonos divertido.

—O también puedes esposarme a la cama —propuso Jae, mirando a Elena con una expresión sincera—. Aunque te advierto que no todas las esposas funcionan conmigo.

Elena puso los ojos en blanco y ni siquiera lo miró.

—Puedo pedirle a Salvatore y a Riccardo que vengan a vigilarlo —me propuso, ignorando completamente a los dos hombres.

Marco se incorporó con un quejido que trató de disimular fingiendo que no estaba muerto de dolor.

—Necesito estar contigo cuando vayas por Gina. No te quiero sola con esa víbora traidora.

—Necesitas eso, o echarte una siesta de una semana —intervino Jae, solo para joderle.

—¿Podéis parar de decirme que repose? —bufó Marco—. ¿Cómo voy a dormir tranquilo mientras Valentina se enfrenta a Morelli?

Lo observé, mi ceño fruncido suavizándoseme en una sonrisa que no pude contener. Esa terquedad suicida y ese amor feroz me habían sostenido en el infierno del puerto. Me incliné, mi frente rozando la suya, su olor mezclado con antisépticos.

—Eres insoportable —susurré, con ternura.

—Pero me adoras —replicó, rozando sus labios contra los míos como si estuviéramos solos.

Elena se tapó los ojos fingiendo horror.

—Basta de cursilerías. Voy a vomitar el café de las últimas doce horas.

Sonreí, un destello de luz en la niebla de la guerra. Por un instante, fui solo una mujer enamorada de un hombre que me amaba de vuelta.

Llamaron a la puerta y entró Enzo. Tenía la muñeca fracturada, moratones en la mejilla y cortes por toda la cara, pero recién duchado y vestido con un traje italiano de primera, parecía un actor de Hollywood.

—Tenemos información —anunció, sin rodeos.

La atmósfera relajada se evaporó. La guerra había vuelto.

—Lo de Lucía está confirmado: ha huido del país —dijo Enzo—. Usó un avión privado hace horas. Destino oculto, pero creemos que Suiza o Francia. Lugares donde el dinero sucio se lava fácil.

—¿Y los hombres de Giovanni? —pregunté.

—¿Los que sobrevivieron al puerto? —me miró serio—. No seguirán a Silvio y a Sofía Torretti. No tienen poder ni cojones. Los supervivientes están divididos, sin líder. Los he traído a la mansión Rosetti bajo bandera blanca. Están esperando tu oferta.

Guardé silencio, el peso del trono vacío aplastándome. Marco apretó mi mano, clavando sus ojos en los míos.

—Hazlos nuestros antes de que Gina se adelante —susurró.

Asentí, las piezas del tablero reorganizándose en mi mente. Los hombres de Giovanni eran fuerza bruta, números y control de calles. Sin ellos, Gina era una forastera sin ventaja.

—Elena, prepara el coche —ordené—. Vamos a la mansión.

—¿Y él? —dijo Elena, señalando a Marco—. ¿Lo dejamos atado?

Marco la fulminó con la mirada.

—Ni se os ocurra. Voy con vosotras —gruñó.

—Santangelo, no te moverás de esa cama hasta que el médico lo diga —le ordené con mi nueva voz de jefa—. Y si me entero de que has amenazado al equipo médico, vas a estar en problemas de verdad.

Jae sonrió divertido.

—Puedo vigilarlo —se ofreció—. Aún tienen que hacerme radiografías.

—¿Radiografías de dónde? —saltó Elena, antes de darse cuenta de que había sonado demasiado preocupada. Carraspeó—. Se supone que tengo que tenerte vigilado.

Jae se rio, atravesándola con la mirada como si pudiera ver a través de su coraza.

—No creo que nadie sepa que estoy en este hospital —respondió, encogiéndose de hombros. Después echó un vistazo al sofá cama—. Aunque si quieres podemos compartirlo. Esperamos a que Marco se duerma y... bueno, como buen ladrón, puedo ser muy silencioso. ¿Qué hay de ti?

—Que te jodan —respondió ella, saliendo del cuarto con toda la dignidad posible.

Marco me miró, frustrado pero rendido.

—Quiero informes cada hora. Si Gina hace algún movimiento, me arrastraré hasta donde estés.

Sonreí y él me agarró de la camiseta para tirar de mí y darme un beso feroz y tierno a partes iguales.

—Todo irá bien —murmuré—. Tengo una ciudad que conquistar.

Los antiguos hombres de Giovanni, una treintena de rostros curtidos, esperaban en el salón de la mansión sentados como un tribunal improvisado. Sus ojos seguían cada movimiento mío de forma inquietante.

Me coloqué frente a ellos con Salvatore, Enzo y Elena flanqueándome.

—Como ya sabéis, Giovanni está muerto y Lucía ha abandonado el país —comencé, la voz firme—. Su imperio se ha desmoronado y yo voy a recoger los pedazos para construir algo nuevo y mucho más fuerte. Podéis ser parte de ese futuro.

Un capo joven, con cicatrices en las manos, se levantó.

—O podríamos gobernarlo alguno de nosotros —declaró, envalentonado por una arrogancia juvenil—. Tú no conoces nuestras calles.

Sonreí, manteniendo una pose serena.

—¿Cómo te llamas?

El joven se humedeció los labios, descolocado por mi templanza.

—Aldo Costa.

—¿Aldo Costa de la zona de...?

—Quartieri Spagnoli.

—¿Y de qué te encargabas?

—Llevo las apuestas —respondió, intentando sonar seguro.

Desvié la mirada hacia un hombre al fondo.

—¿Cuál es tu nombre y de qué te encargabas?

—Conti. Me encargo de la protección de los camiones que descargan en el puerto de Mergellina.

Asentí despacio, como si hubiera previsto la jugada antes de que empezara la partida.

—Aldo, Conti tiene un problema con una de sus rutas. El camionero se niega a pagar la tasa y dice que su cuñado es carabinieri. ¿Cómo lo solucionas?

Aldo abrió la boca, pero no dijo nada. Sus ojos buscaban una salida.

Di un paso adelante, mi sombra cayendo sobre la mesa. Paseé la mirada por todos.

—Primero comprobamos si miente. Seguirlo, vigilar sus llamadas, averiguar dónde vive y a quién visita —me incliné ligeramente—. Si su cuñado realmente es carabinieri, necesitamos saber si es de principios o si tiene deudas. Porque un policía con deudas siempre se convierte en un aliado.

Hice una pausa y el silencio se cargó de tensión.

—Por último —continué—, si es honrado, se le manda un mensaje que no olvide jamás. No al camionero... al cuñado. Para que entienda que ni su placa ni su uniforme pesan más que esta mesa. Si no es honrado, se le hace algún favor. En ambos casos, el camión vuelve a pagar. Y lo más importante, nadie amenaza a los Rosetti.

Me enderecé, mis ojos recorriendo a cada capo como una sentencia.

—Esa es la diferencia entre vosotros y yo. Vosotros conocéis vuestras cartas, yo conozco el tablero. Y por eso, mientras yo esté al mando, Nápoles nunca volverá a arder sin nuestro permiso.

Aldo palideció y se sentó, tragándose la arrogancia.

El siguiente habló con más cautela.

—¿Y qué ofreces?

Crucé los brazos.

—Salario fijo de dos mil quinientos euros al mes para cada soldado raso —dije sin titubear—. Seguro médico privado para vosotros y vuestras familias. Dos meses de vacaciones pagadas. Y lo

más importante... —hice una pausa, helando la voz— un diez por ciento de los beneficios limpios de vuestra zona.

Mis palabras recorrieron la mesa como un terremoto silencioso. Algunos intercambiaron miradas, otros cuchichearon. Luego, uno a uno, se pusieron de rodillas. No todos convencidos, pero el miedo y la ambición hablaron más alto.

Enzo susurró en mi oído:

—Gina está en el sur, visitando a Sofía Torretti.

Asentí, los ojos fijos en el horizonte.

—Contacta con Silvio —le ordené—. Prográmame una cita en algún lugar neutro.

—¿Neutro? —repitió Enzo esbozando una sonrisa diabólica—. ¿Qué te parece en el entierro de su hermano?

Capítulo 33

La iglesia de Santa Maria del Carmine estaba envuelta en crespones negros y velas titilando en un aire cargado de incienso y flores marchitas.

Fuera, en la plaza empedrada, capos y soldados se agrupaban en corrillos cuchicheando. El cabrón de Giovanni Torretti seguía sembrando miedo incluso muerto.

Crucé la nave central, mis tacones resonaron contra el suelo en yiuna sinfonía de celebración y falta de respeto por el muerto. Mi mono negro ceñido no necesitaba joyas para gritar poder, incluso con el hombro vendado. Mi rostro, marcado por la certeza de haber matado al diablo, imponía respeto.

Marco, a mi derecha, se apoyaba en un bastón de ébano, herencia de su abuelo. La pierna y el torso vendados bajo su chaqueta oscura. Cada paso era una mueca de dolor, pero su barbilla alta y su espalda recta gritaban que no era un inválido, sino un guerrero.

—Deberías estar sedado en el hospital —susurré, los ojos fijos en el altar.

—¿Y perderme esta fiesta? —su insulto al monstruo caído me hizo sonreír.

—Se me ha olvidado traer el confeti —murmuré, conteniendo una risa amarga.

Enzo y Elena flanqueaban la formación, ángeles vengadores de luto. Elena, con un vestido negro que rivalizaba con su piel morena, y Enzo con un traje que no disimulaba la pistola bajo la chaqueta. Detrás, Salvatore, Riccardo y tres de los nuevos leales Rosetti. Los había traído para dar un mensaje: "Tus hombres prefieren al enemigo antes que arrodillarse ante ti".

En el altar, Silvio Torretti recibía pésames, sus ojos grises calculando. A los sesenta años, canoso y con manos demasiado suaves para el puesto de capo, había sobrevivido por saber cuándo doblegarse. Sofía Torretti, en primera fila envuelta en luto teatral, destilaba furia bajo su velo negro. Su belleza pasada se había torcido en una máscara de odio.

Me detuve frente al féretro dorado de Giovanni, inclinando la cabeza un instante. Un gesto de respeto sin sumisión. Me giré hacia Silvio con un movimiento elegante pero letal.

—Lamento tu pérdida —dije, en tono plano.

—Una pérdida... irreemplazable —respondió Silvio, midiendo cada palabra.

Sofía rompió el silencio con un susurro airado:

—¿Qué haces aquí, Rosetti? ¿Asegurarte de que está muerto? ¿Bailar sobre su tumba?

Sonreí.

—No, Sofía. Estoy aquí para salvar Nápoles de una guerra civil que no nos beneficia a ninguno.

Silvio entrecerró los ojos.

—¿Qué propones, *donna* Rosetti?

—Que nada cambie para vosotros —dije, la voz calmada—. Mi guerra era contra tu hermano. Podéis conservar vuestros territorios, negocios y porcentajes. Ni un céntimo menos, ni un metro perdido.

Los murmullos de sorpresa estallaron. Nadie esperaba generosidad de la asesina de Giovanni.

—¿Qué ganas tú? —escupió Sofía, desconfiada.

—Estabilidad. Paz —respondí—. Me quedo con los hombres de Giovanni, sus rutas comerciales, sus barcos. Vosotros mantenéis lo vuestro. La guerra no es buena para el negocio y ya hemos perdido bastante.

Silvio me estudió, su mirada un ajedrez mental. Tras una eternidad, asintió.

—Trato hecho.

Sofía apretó los labios, atrapada sin apoyo.

Gina Morelli, dondequiera que estuviera, acababa de perder su última carta.

Retrocedí, mi voz resonando:

—Vuestro apellido ya no importa. Ahora Rosetti es la familia más grande después de Don Raoul.

Los capos se levantaron, algunos inclinando la cabeza, otros arrodillándose, besando mi anillo de esmeralda en un ritual de sumisión. Marco me miró y sus ojos brillaron con una admiración ardiente que me llegó hasta los huesos.

La mansión vibraba con vida renovada. Copas de champán francés destellaban sobre mesas de mármol, contratos firmándose con plumas de oro.

Nápoles respiraba calma, como un enfermo recuperado.

Desde un sofá de cuero, Marco lo observaba todo con los dientes apretados.

—No soy un inválido —refunfuñó, apartando un plato de caldo que una de las sirvientas le ofrecía—. Debería estar en la calle, asegurándome de que no nos traicionen los nuevos.

Arqueeé una ceja, divertida.

—Lo que deberías es cenar tu sopa, dormir doce horas y recuperarte.

—Sopa, dice... La única cena que quiero es tumbarte sobre la cama y que abras las piernas.

Elena le lanzó un cojín a la cara.

—Qué asco —bufó mi hermana, mientras Jae nos observaba apoyado en la chimenea.

—Arrabiata, si esa es tu opinión sobre el sexo oral lo nuestro no va a funcionar —declaró el coreano con expresión de preocupación fingida.

—¿Vosotros dos habéis follado ya? —interrogó Marco, apartando la almohada.

Los miré con curiosidad. Si era así, mi hermana no me había comentado nada.

—Solo en sus sueños —respondió Elena, recolocando las flores de un jarrón que no necesitaban arreglo.

Enzo entró en pantalones chinos grises y camisa negra remangada. Los tatuajes adornaban la piel morena de sus antebrazos hasta la muñeca. Le eché un vistazo de apreciación y Marco me asesinó con la mirada hasta que solté una carcajada.

—Todo cerrado con los Torretti. Sofía y Silvio han firmado — anunció Enzo—. Gina está jodida.

Me dejé caer junto a Marco y le tomé la mano bajo la manta que le cubría las piernas, a pesar de que odiaba que le hiciera parecer un inválido.

—Nápoles es nuestro.

Marco cerró los ojos, el agotamiento venciéndolo.

—Tuyo, *cara mia*. Igual que yo.

Sentí una paz eufórica recorriéndome las venas como droga pura. La guerra había terminado y mi disfraz también.

Era libre. Era poderosa. Y tenía al hombre que amaba a mi lado, herido pero vivo y mío.

Por primera vez en años, Valentina Rosetti podía respirar sin miedo.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —susurré, acariciando su mano con el pulgar.

—¿Qué? —murmuró, sin abrir los ojos pero sonriendo.

—Que ahora puedo besarte cuando se me antoje sin tener que fingir que soy tu jefe.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—*Donna* Valentina Rosetti —murmuró mi nombre como una oración—. Reina de Nápoles y dueña de mi cuerpo y alma.

Joder, me gustaba cómo sonaba eso.

Capítulo 34

La lluvia golpeaba los cristales de mi mansión como balas perdidas, pero no conseguía limpiar la sangre que manchaba las calles de Nápoles. Desde mi trono de cuero italiano, observaba a los nuevos aliados beberse mi whisky con cara de pocos amigos. Sus miradas recelosas me recordaban a perros callejeros: me seguían porque les daba de comer, pero estaban listos para mordirme en cuanto bajase la guardia.

No importaba, había nacido para esto. Y cuando llevaran un tiempo bajo mi poder, se volverían leales.

El humo de los cigarros flotaba entre nosotros como fantasmas, mezclándose con el olor del licor caro y el peso de las decisiones que habían cambiado para siempre el mapa del poder en el sur de Italia. Era mi mapa ahora.

La puerta principal crujió y todos nos pusimos tensos. Joder, después de lo que habíamos pasado, cualquier ruido nos ponía en alerta.

Lucía Torretti entró empapada, con un abrigo gris que le colgaba como una mortaja. Tenía los ojos rojos pero decididos, el pelo rubio goteando charcos en mi suelo. Parecía una ahogada que hubiera vuelto del infierno con ganas de venganza.

El ambiente se calentó al instante. Manos buscando pistolas, cuerpos en tensión. Pero Salvatore ya la apuntaba desde atrás, así que no me moví de mi sitio.

—Dice que viene en son de paz, jefa —anunció Salvatore, aunque por su tono estaba claro que no se lo tragaba—. Pero si quieres que la eche a patadas...

La estudié como un depredador evalúa a su presa. Algo en sus ojos me decía que no venía a por venganza. Al menos no contra mí.

—Relajaos —ordené con un gesto de la mano.

—¿Qué cojones haces aquí? —gruñó Enzo, levantándose como si fuera a saltar sobre ella.

Lucía ni lo miró. Lo ignoró tan completamente que casi me dio pena por él.

—¿Puedo hablar contigo a solas? —me pidió con una voz más suave de lo que esperaba de una Torretti.

—Ni de coña —protestó Enzo.

—Con un guardaespaldas, claro —se apresuró a añadir, mirando a Salvatore—. Solo que no él. —Sus ojos se deslizaron hacia Enzo con una expresión que no supe descifrar.

Mi curiosidad pudo más que mi sentido común. Me levanté, consciente de que todos me miraban como si hubiera perdido el juicio.

—Vienes conmigo, Salvatore.

—No te creas ni una palabra de esa serpiente —rugió Enzo a mi espalda. Vi cómo Lucía se encogía ligeramente, y ese gesto de dolor genuino me pilló desprevenida.

Nos sentamos en el salón pequeño, frente a frente como dos pistoleras antes de un duelo. Salvatore se quedó detrás, con el dedo en el gatillo por si las moscas.

—No sabía lo que Giovanni era —empezó Lucía, casi susurrando.

—¿Te refieres a que era un pederasta? —Fui directa al grano. En este negocio no sirven los rodeos.

Asintió, cerrando los ojos como si las palabras la hubieran abofeteado.

—Más bien, no quería recordarlo. Pero cuando Enzo lo dijo en público, todo volvió como una puta avalancha. —Se tragó las lágrimas—. Hay muchas cosas de mí, de mis... problemas, que no entendía hasta que...

Se mordió el labio. Vi humedad en sus ojos y me recordé a mí misma que estaba ante una Torretti. Habían dominado Nápoles siendo mentirosos profesionales.

—Lo siento —dije, manteniéndome neutral.

Me miró con una expresión tan rota que casi me creí que no era teatro.

—¿A ti llegó a... tocarte? —tartamudeó.

Negué con la cabeza, sintiendo un escalofrío.

—No, mi padre me protegió bien. Siempre desconfió de Giovanni, aunque nunca me explicó por qué.

—Eso es lo que se supone que debe hacer un padre —murmuró, su voz cragada de dolor y reproche.

—Supongo que Silvio y Sofía no sabían nada... —dejé la frase en el aire.

Sin decir nada, se desabrochó el abrigo. Salvatore amartilló su pistola, pero Lucía siguió a lo suyo. Se subió la manga despacio, deliberadamente.

Las cicatrices me golpearon como un puñetazo: las iniciales GT grabadas a navaja en su antebrazo pálido. La piel alrededor estaba descolorida, como si hubiera intentado borrarlas mil veces.

—Me marcó a los ocho años —dijo, mirándome a los ojos sin pestañear—. Mis padres creyeron que era un ritual familiar especial de lealtad. Pero nunca le había hecho eso a ninguno de sus hombres, ni siquiera a mi padre. —Su voz se endureció—. Si fueras mi madre... ¿no habrías hecho preguntas?

La rabia me subió por la garganta como ácido.

—Si fuera tu madre, le habría cortado los huevos y me habría hecho pendientes con ellos.

Lucía soltó una risa seca. Una de las cosas más tristes que había oído en mi vida.

—No eres mi madre —se lamentó—, pero sí eres la princesa que mató al monstruo. Eso me convierte en tu deudora.

El aire se espesó. Me eché hacia atrás para estudiarla mejor, buscando la trampa, la mentira, el fallo en su actuación.

—¿Has venido a darme las gracias por cargármelo?

Me miró directamente, y por primera vez desde que había entrado, vi fuego en sus ojos.

—Quiero trabajar contigo.

Me reí sin humor.

—¿Pretendes que confíe en ti? ¿Después de todo lo que ha pasado? —me burlé—. No sería muy inteligente.

No sonrió. Sin previo aviso, se deslizó del sofá y se puso de rodillas sobre el mármol frío. Salvatore y yo nos quedamos anonadados.

—Lo haré delante de todo el mundo —dijo con voz firme—. Me arrodillaré y te besaré la mano delante de los hombres que seguían mis órdenes. Empezaré desde soldado raso si hace falta, y me ascenderás porque seré la mejor. —Hizo una pausa—. Tal vez a excepción de Elena y ese asiático hijo de puta que robó el teléfono de mi madre.

La mención de aquel día me arrancó una sonrisa.

—Imagina el equipo que podrías montar con nosotros tres —siguió—. Inteligencia, infiltración, y contactos donde otros ni siquiera saben que existen.

La observé tratando de leerla.

—¿Como soldado raso tendrías que seguir las órdenes de Enzo? Y él te odia con todas sus fuerzas.

Lucía suspiró, pero no se movió del suelo.

—Puedo manejar a Enzo.

—Eso era cuando no sabía lo que eras y pensaba con la polla.

Ella soltó una carcajada que no tenía una pizca de humor.

—Valentina, tú y yo sabemos que los hombres nunca dejan de pensar con la polla.

Sonreí de verdad por primera vez en toda la conversación.

—¿Sientes algo por él? —pregunté, picada por la curiosidad.

Me miró sorprendida, como si no esperara esa pregunta.

—¿Importa eso para el trabajo?

—Lo complica. Las emociones en este negocio pueden joderte.

—Supongo que lo sabes por experiencia —replicó, con un brillo incriminatorio en la mirada.

Sonreí sin confirmar ni negar nada. Mi silencio lo decía todo.

—¿Por qué quieres trabajar para mí?

La respuesta llegó sin vacilación:

—Porque te respeto. Porque las dos sobrevivimos en un mundo de hombres que querían controlarnos. Porque no quiero un jefe con polla que me diga qué puedo hacer. Y porque servir a la asesina de mi tío suena como la jodida venganza perfecta. Espero que se retuerza en la tumba cada vez que vea mi lealtad hacia ti.

Le dediqué una sonrisa amplia.

—Tenías que haber empezado por esa última razón. Es la que más me gusta.

Esa noche los reuní a todos en mi despacho. Las llamas de la chimenea proyectaban sombras que bailaban en las paredes, creando un ambiente entre íntimo y amenazante.

Marco estaba presente a pesar de sus heridas, Elena tamborileaba con los dedos sobre la mesa, y Enzo no paraba de mirar entre Lucía y yo como si esperara que una de las dos explotara.

Cuando terminé de explicar que Lucía se unía a nosotros, el silencio fue tan denso que se podría cortar con cuchillo.

Enzo fue el primero en saltar, como había esperado.

—¿Es una broma? —rugió—. Te dije que no puedes fiarte de ella.

—Por eso vas a vigilarla tú muy de cerca —repliqué con calma.

Marco se removió en su silla, todavía pálido pero alerta. Su mano buscó la mía instintivamente, un gesto que todos vieron.

—Val, ¿estás segura? —preguntó—. No dudo de ti, pero...

—Pero nada —lo corté suavemente, apretando sus dedos—. He tomado mi decisión.

Elena se cruzó de brazos, observando con esa frialdad que la caracterizaba.

—¿Cuál es el plan real? —preguntó—. Porque sé que no es caridad cristiana.

Me levanté, rodeando la mesa lentamente.

—¿Os habéis enterado de que hay un fiscal antimafia nuevo en Nápoles? Paolo Ricci ha jurado destruirnos personalmente. Ya

tiene dos jueces en el bolsillo y un equipo que no acepta sobornos. Está investigando nuestras rutas en el puerto, nuestros socios en Roma, y tiene suficiente para jodernos bien. —Clavé la mirada en Enzo y en Lucía—. Necesito ojos y oídos en cada juzgado, en cada periódico, en cada despacho. Tú, Enzo, conoces las calles, tienes contactos en la policía, sabes moverte sin ser visto. Tú, Lucía, conoces los despachos de abogados, los círculos políticos, tienes acceso a información que a nosotros nos costaría años conseguir. Juntos, seréis letales.

—Ni hablar —bramó Enzo—. Antes me arranco la lengua que trabajar con esa zorra mentirosa.

Levanté la mano para callarlo.

—Trabajarás con Enzo —le dije directamente a Lucía—. Nadie desconfía más de ti que él, así que será el vigilante perfecto.

El aire se espesó hasta hacerse irrespirable.

Lucía se levantó despacio y le tendió la mano a Enzo. Le temblaba apenas, pero su voz era firme:

—El odio puede ser útil, Enzo. Bien canalizado, puede mover montañas.

Enzo ni la miró.

—Me corto la mano antes que tocarte.

Lucía sonrió con indiferencia y le dio la espalda.

—No es una petición —sentencié con voz helada—. Es una orden. Eres un Rosetti, Enzo. Aquí no elegimos con quién luchamos. Elegimos ganar. Y ganar significa que mañana por la mañana estaréis en la oficina de Ricci averiguando qué sabe exactamente y cómo planea usarlo contra nosotros.

Enzo apretó la mandíbula hasta que se le marcaron los músculos del cuello. Finalmente se dejó caer en la silla, derrotado.

Lucía se sentó también, consciente de que había ganado la primera batalla de una guerra que apenas empezaba.

Miré alrededor de la habitación, dejando que mis palabras calaran.

—Esta familia no se sostiene con simpatías personales, sino con resultados. El que no lo entienda, puede largarse ahora mismo.

Nadie se movió. Ni siquiera respiraron demasiado fuerte.

Capítulo 35

El silencio del pasillo contrastaba con el rugido de la tormenta. Caminé descalza sobre el suelo frío hacia la habitación de Marco, mis pasos amortiguados por la alfombra persa.

Entré como un fantasma.

Dormía inquieto, su respiración entrecortada por el dolor de las costillas rotas. El vendaje en su costado donde la bala había dejado su marca estaba todavía fresco. Incluso dormido, sus facciones mostraban tensión, como si siguiera luchando batallas por mí.

Me senté a su lado con cuidado de no despertarlo, tomando su mano entre las mías. Estaba caliente, viva, real. Había estado tan cerca de perderlo que el miedo aún me atenazaba el pecho en momentos inesperados.

La luz de la luna se filtraba por las cortinas, dibujando líneas plateadas sobre su torso desnudo. Las cicatrices nuevas se mezclaban con las viejas, un mapa de todas las veces que había arriesgado la vida. Por mí, por nosotros, por esta familia que habíamos construido con sangre y balas.

Pasé los dedos suavemente por el vendaje de su costado, sintiendo cómo su piel se calentaba bajo mi tacto. Incluso herido, incluso vulnerable, Marco seguía siendo el hombre más peligroso y atractivo que había conocido.

—Lo conseguimos —susurré al aire nocturno—. Seremos la familia más poderosa de Nápoles. Juntos.

Como si mis palabras hubieran llegado hasta él, murmuró algo ininteligible. Una leve sonrisa cruzó su rostro magullado y sus dedos apretaron los míos, incluso en sueños.

Me incliné hasta apoyar mi frente contra la suya, permitiéndome un momento de vulnerabilidad total. Por un instante no era la jefa implacable ni la reina del sur de Italia: solo una mujer que había encontrado el amor en medio de la guerra y había estado a punto de perderlo todo.

Sus ojos se entreabrieron, todavía nublados por el sueño y los analgésicos.

—Val... —murmuró, su voz ronca como papel de lija.

—Shh —le susurré, acercándome más—. Estoy aquí.

Su mano libre se alzó para acariciar mi mejilla, el pulgar rozando mis labios con una delicadeza que contrastaba brutalmente con la violencia de nuestro mundo.

—¿Cómo te sientes? —pregunté, aunque por cómo me miraba ya sabía la respuesta.

En lugar de responder con palabras, tiró suavemente de mí hacia abajo. Sus labios encontraron los míos en un beso lento, cuidadoso por sus heridas, pero intensos.

—Mejor ahora —murmuró contra mi boca.

Me aparté ligeramente para mirarlo a los ojos. En ellos vi el mismo fuego que me había conquistado desde el primer día, pero ahora había algo más: una devoción absoluta que me dio vértigo.

—Cuando despiertes del todo —murmuré, mi boca apenas rozando la suya—, el mundo habrá cambiado para siempre. Pero tú y yo... nosotros seremos el mejor cambio de todos.

Me besó de nuevo, esta vez con más fuerza, ignorando el dolor de sus costillas. Sus manos me atrajeron hacia él hasta que pude sentir el calor de su cuerpo atravesando la fina tela de mi camiseta.

—Te amo —susurró contra mi cuello, su aliento caliente enviando escalofríos por mi piel—. Amo la mujer que eres, amo a la reina en la que te has convertido, amo cada decisión brutal que tomas para mantenernos vivos.

Sus palabras me desarmaron completamente. En este negocio, el amor era un lujo peligroso, una debilidad que podía matarte. Pero con Marco se sentía como la única verdad sólida en un mundo de mentiras.

—Yo también te amo —admití—. Por seguirme al infierno, por confiar en mis decisiones incluso cuando parecen una locura, por ser mi ancla cuando todo se desmorona.

Me acurruqué contra él con cuidado, mi cabeza apoyada en su hombro sano. Podía sentir los latidos de su corazón, fuertes y constantes, recordándome que estábamos vivos, que habíamos sobrevivido y que habíamos ganado.

—¿Crees que Lucía es de fiar? —me preguntó, su voz vibrando a través de su pecho.

—Creo que odia a Giovanni más que a nosotros —respondí—. Y por ahora, eso es suficiente.

Sus dedos jugaron con mi cabello, desenredando los nudos que la tensión del día había creado.

—Enzo va a ser un problema —murmuró.

—Enzo siempre es un problema. Pero es nuestro problema.

Marco se ríó suavemente, el sonido resonando en mi pecho.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, Val?

—¿Qué? —pregunté, alzando la cabeza para mirarlo.

—Que nunca finges ser más suave de lo que eres. La mayoría de las mujeres en tu posición tratarían de dulcificar sus decisiones, de justificar la violencia. Tú simplemente aceptas lo que eres y lo que hace falta hacer.

Sus palabras me calentaron por dentro más que cualquier whisky.

—En este mundo, la supervivencia no tiene género —murmuré—. Solo hay depredadores y presas.

—Y tú eres el depredador más hermoso que he visto jamás —susurró, sus labios rozando mi frente y sus dedos acariciando los costados de mis pechos.

Me incorporé para mirarlo, sintiendo cómo el deseo se encendía entre nosotros como siempre hacía, incluso en los momentos más improbables.

—Estás herido —le recordé, aunque mi cuerpo ya estaba reaccionando a sus caricias.

—No estoy muerto —replicó con una sonrisa que conocía demasiado bien.

Sus manos encontraron el borde de mi camiseta, deslizándose por debajo para acariciar mi piel. Incluso con las costillas rotas, sus toques eran seguros, posesivos, recordándome que era suya tanto como él era mío.

—Marco... —susurré, pero ya estaba perdida.

—Shh —murmuró, invirtiendo nuestros papeles—. Deja que te cuide por una vez.

Y por una vez, dejé que alguien más llevara el control.

Observé Nápoles desde mi balcón principal, con una taza de café humeante entre las manos. El Vesubio recortaba su silueta contra un cielo gris, recordándome que algunos poderes trascienden a los hombres y sus ambiciones.

La ciudad despertaba lentamente: vendedores preparando sus puestos, niños camino al colegio, turistas que no sabían que estaban fotografiando una ciudad que había cambiado de manos durante la noche.

Mi ciudad. Mi reino.

Elena apareció a mi lado como un fantasma, las ojeras marcando su rostro habitualmente perfecto.

—Se ha ido —dijo sin preámbulos.

—Lo sé.

—¿Sabías que pasaría?

Tomé un sorbo lento de café, saboreando su amargura.

—No era un arreglo permanente.

—¿Entonces no va a volver?

Miré a mi hermana de armas, mi amiga más leal. En mis ojos había una dureza que Elena conocía bien: la de alguien que ha aprendido que el amor y la guerra no siempre pueden coexistir.

—Creí que estarías aliviada.

Asintió, pero sus hombros estaban tensos.

—Solo quería asegurarme de que se ha ido por voluntad propia y no porque sus enemigos le han encontrado —murmuró—. Mi trabajo era protegerle y no me gusta fallar.

Me reí con sequedad porque no me lo tragaba.

—¿Has intentado contactar con él?

Asintió, y vi vulnerabilidad en su expresión.

—Su teléfono italiano está apagado y no tengo ni idea de cómo contactarle si ha vuelto a Corea —soltó, dejando escapar su frustración—. Si se ha ido voluntariamente, ¿no debería haber avisado?

—Tengo un número del Círculo del Este —ofrecí.

Negó con la cabeza, aunque no parecía convencida.

—Ha hecho la maleta —admitió—. No conozco sicarios que hagan eso.

Puse una mano en su espalda y le di un masaje de apoyo.

—Tal vez es como esos gatos que van y vienen.

—En esta casa no hay gatos, así que, si se le ocurre volver, le pegaré un tiro yo misma —declaró, demasiado afectada.

Decidí cambiar de tema antes de que perdiera el control.

—Gina Morelli ha aceptado el trato. El cincuenta por ciento del territorio de Giovanni, excepto los negocios que pertenecen a Silvio y Sofía.

Elena asintió, distraída.

—Voy a investigar más sobre ese fiscal —murmuró, dirigiéndose hacia la puerta.

—Elena —la llamé—. Quizá te sentirías mejor si reconocieras que sí que te parecía guapo.

Se quedó inmóvil. Ni siquiera se giró para mirarme.

—No sé de quién hablas —murmuró antes de salir.

Suspiré y volví la vista hacia mi reino.

Aunque había ganado la guerra, las sombras nunca desaparecían realmente. Solo cambiaban de forma, se reagrupaban, esperaban el momento perfecto para volver.

Y en algún lugar de la ciudad, entre las brumas del amanecer mediterráneo, nuevas amenazas ya echaban raíces.

Había ganado la batalla más importante de mi vida por el control de Nápoles.

Ahora comenzaba la guerra infinitamente más compleja de mantener lo que había conquistado.

El precio de la corona no era solo la sangre derramada para conseguirla.

Era toda la sangre que tendría que seguir derramando para no perderla jamás.

Y estaba dispuesta a pagarlo. Sin dudarlo. Sin arrepentirme.

Porque algunas coronas valen cualquier sacrificio.

Incluso el alma.

Epílogo

UN AÑO DESPUÉS

Mi mansión había cambiado desde la llegada de Alessandro. Donde antes solo había mapas estratégicos y salas de guerra, ahora había vida doméstica por todas partes: juguetes de madera tallados por artesanos del casco antiguo, mantas tejidas a mano por las mujeres de mis soldados más leales, el aroma dulce a talco mezclándose con el olor a pólvora que nunca se iba del todo de estas paredes.

Me ajusté la bata de seda y me acerqué a la cuna, mis pasos silenciosos sobre el suelo frío.

—Otra vez despierto —suspiré, mi voz cargada de ese cansancio que solo conocen las madres, mezclado con un amor que me sorprendía por su intensidad cada jodida vez.

Alessandro me miraba con esos ojos oscuros que había heredado de Marco, tan intensos que parecían capaces de leerme los pensamientos. Agitaba los puñitos con la determinación de un pequeño dictador.

—Claro que está despierto —dijo Marco desde la puerta, apoyándose en la pared. Iba sin camiseta, luciendo todo ese físico de infarto que me había metido en este lío de la maternidad para empezar—. Es Santangelo y Rosetti. No sabe rendirse. Además, son las tres de la madrugada. La hora sagrada de los Rosetti.

Lo miré con esa mezcla de exasperación y ganas de saltar sobre él que había perfeccionado durante nuestro año de matrimonio.

—Tú deberías estar en la cama —le dije, señalándolo acusadoramente, aunque una sonrisa me traicionaba—. Yo voy a aprovechar mi turno para dormir.

—Yo prefiero aprovecharlo para otras cosas —replicó, cruzando la habitación hasta atraparme entre sus brazos.

Me besó de esa forma que me aflojaba las rodillas y me convertía en gelatina. Joder, un año después y seguía teniendo el mismo efecto devastador en mi sistema.

Pero los ruiditos de bebé nos interrumpieron, recordándonos que ya no éramos solo nosotros dos en la ecuación.

Marco se acercó a la cuna y observó a nuestro hijo con esa expresión de absoluta felicidad que me derretía por completo. Lo alzó con la torpeza cuidadosa de un guerrero acostumbrado a manejar armas pero que ahora debía tratar con algo infinitamente más frágil y valioso. Alessandro se calmó al instante, acurrucándose contra el pecho de su padre como si hubiera encontrado su lugar en el universo.

—Míralo —murmuró Marco, acariciando la cabecita de nuestro hijo—. Ni un año y ya sabe quién manda aquí.

Arqueeé una ceja, una sonrisa jugando en mis labios.

—Claro, su madre.

—En casa soy el jefe —le susurró a Alessandro, como si fuera su cómplice.

—Shh, Ale, no hagas ruido, tu padre está soñando.

La risa baja de Marco llenó la habitación, ese sonido que me había sostenido en los días más oscuros de mi guerra por el poder. Se inclinó hacia mí, besándome suavemente en la frente mientras Alessandro descansaba entre nosotros, nuestro hijo convirtiéndose en el símbolo viviente de todo lo que habíamos conseguido juntos.

El calor de los dos hombres de mi vida me envolvió como una manta. Marco olía a esa mezcla de aftershave caro y peligro que me volvía loca, mientras que Alessandro tenía ese olor dulce e inocente de los bebés que contrastaba brutalmente con el mundo violento en el que había nacido.

—¿Alguna vez pensaste que serías tan feliz? —me preguntó Marco, su voz adquiriendo ese tono íntimo que usaba para las conversaciones profundas.

—No, alguien la está cagando en el cielo —respondí—. No creo que nos merezcamos tanto.

—Habla por ti, yo tengo justo lo que me merezco —bromeó.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es eso?

—Una mujer que me colma en todos los sentidos —declaró, poniéndose serio de repente—. Jefa de éxito, esposa perfecta, amante increíble, madre espectacular... Pero esto último que has creado se lleva el premio, Val. Nadie se ha equivocado en el cielo. Tú eres mi jodido cielo.

Sus palabras me golpearon en el pecho. Le acaricié la mejilla, sintiendo cómo el amor amenazaba con romperme las costillas desde dentro.

Alessandro soltó un pequeño gorjeo justo en ese momento, como si estuviera dándole la razón a su padre, y no pudimos evitar sonreír por la coincidencia.

—¿Ves? —dijo Marco, iluminándose—. Tu hijo opina lo mismo.

Me acerqué más, completando nuestro círculo sagrado. Por la ventana, las estrellas de Nápoles parpadeaban como diamantes, y podía distinguir las siluetas de mis hombres patrullando el perímetro. Un recordatorio constante de que esta paz que habíamos construido tenía un precio, uno que pagaba gustosa cada día.

Marco me rodeó la cintura con su brazo libre, atrayéndome hasta que pude sentir el calor de su cuerpo atravesando la seda de mi bata. Incluso con un bebé entre nosotros, la electricidad seguía ahí, esa conexión física que había sido nuestra perdición desde el primer día.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —susurré, apoyando la cabeza en su hombro desnudo—. Durante años solo soñé con el poder. Con controlar esta ciudad, con ser temida y respetada. Y ahora...

—¿Ahora qué? —preguntó, su aliento caliente contra mi cabello.

—Ahora solo quiero despertar cada mañana junto a vosotros.

Marco me besó la frente con una ternura que contrastaba brutalmente con su reputación de hombre implacable. Sus labios se demoraron contra mi piel, y pude sentir cómo sonreía.

—Lo haremos —prometió—. Te lo juro por mi vida.

Nos quedamos así, los tres unidos en una burbuja de perfección que sabía que era temporal pero no me importaba. En este momento, en esta habitación, éramos invencibles.

Alessandro se removi6 ligeramente, sus manitas agarrándose al pecho de su padre con esa fuerza sorprendente de los bebés. Marco lo mecía suavemente, tarareando una nana italiana que había aprendido de su abuela, su voz grave convirtiendo la melodía en algo casi hipn6tico.

—Papá tiene una voz preciosa cuando no está dando órdenes o amenazando gente —le murmuré a nuestro hijo.

—Solo canto para vosotros —dijo Marco, mirándose con esos ojos que seguían haciéndome sentir como si fuera la única mujer del mundo.

El trono podía tambalearse, los enemigos podían multiplicarse, pero lo que teníamos entre esas paredes era inquebrantable. Me giré en sus brazos y lo besé con una intensidad que hablaba de supervivencia y gratitud.

Sus labios respondieron con la misma hambre contenida, recordándome que por mucho que las circunstancias hubieran cambiado, seguíamos siendo los mismos que se habían encontrado en medio del caos y habían decidido conquistar el mundo juntos.

—Te amo, Marco Santangelo —susurré contra su boca.

—Y yo a ti, Valentina Rosetti —murmuró, su voz ronca de emoción—. Mi reina.

Alessandro eligió ese momento para soltarnos un bostezo que sonó ridículamente adulto para alguien tan pequeño, haciendo que nos riéramos bajito.

—Creo que alguien nos está diciendo que ya vale de cursilerías —dije, acariciando la mejilla de mi hijo.

—Imposible —replicó Marco—. Es hijo nuestro. Está acostumbrado a la intensidad.

Tenía razón. Alessandro había nacido de padres que matarían y morirían por él sin dudarlo un segundo.

—¿Crees que seremos buenos padres? —le pregunté, una pregunta que me rondaba la cabeza desde el día que nació.

—Seremos los padres que necesita —dijo con convicción—. Le enseñaremos a ser fuerte sin perder la humanidad, a ser leal pero no ciego, a amar sin reservas pero sin ser estúpido.

—Le enseñaremos a sobrevivir —añadí.

—Y a vivir —completó él—. Que no es lo mismo.

Nos quedamos en silencio, viendo cómo Alessandro se rendía por fin al sueño entre los brazos de su padre. La escena era tan perfecta que casi dolía: mi marido, medio desnudo y letal como siempre, meciendo a nuestro hijo con la delicadeza de quien maneja diamantes.

—Marco —susurré.

—¿Hmm?

—Cuando lo dejes en la cuna... ven a la cama.

Me miró con esa sonrisa que conocía demasiado bien, la que me prometía que no dormiría en horas.

—¿Órdenes de la jefa?

—Un orden de tu mujer —corregí, mordéndome el labio de forma que sabía que lo volvía loco.

—En ese caso —murmuró, depositando cuidadosamente a Alessandro en su cuna—, será un honor complacerte.

Se acercó a mí como un depredador, y por un momento volví a ser la misma mujer que había caído rendida ante él en medio de una guerra. La misma que había elegido el amor por encima del miedo, la pasión por encima de la prudencia.

Me tomó entre sus brazos y me besó como si fuéramos a morir mañana, recordándome que en nuestro mundo, cada momento de felicidad era un regalo que había que saborear completamente.

—Te amo, Val —murmuró contra mi cuello—. Amo todo lo que eres, todo lo que hemos construido juntos.

—Demuéstramelo —susurré, y él sonrió con esa promesa peligrosa que me enamoró desde el primer día.

Mientras nos dirigíamos hacia nuestra habitación, eché un último vistazo a la cuna donde dormía nuestro hijo. Alessandro, heredero de nuestro imperio. El futuro de los Rosetti y los Santangelo.

Nuestro pequeño príncipe en un reino que habíamos conquistado juntos.

Y por primera vez en mi vida, el futuro no me daba miedo. Lo esperaba con los brazos abiertos

Si te gustó esta historia, por favor,
no olvides dejar una puntuación y reseña.

Gracias por leerme.

Vera Raven